

UN ROMANCE NAVIDEÑO AL PIE DE LAS ROCKY MOUNTAINS

Amor a la carta en Aspen

SCARLETT LEONE

UN ROMANCE NAVIDEÑO AL PIE DE LAS ROCKY MOUNTAINS

Amor
a la carta en
Aspen

SCARLETT LEONE

Copyright © 2024 Scarlett Leone

Todos los derechos reservados

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Amor a la carta en Aspen es una obra de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, es pura coincidencia.

Maquetación y diseño por Ascella Publishing Services

Primera edición.

ISBN: 9798343187618

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

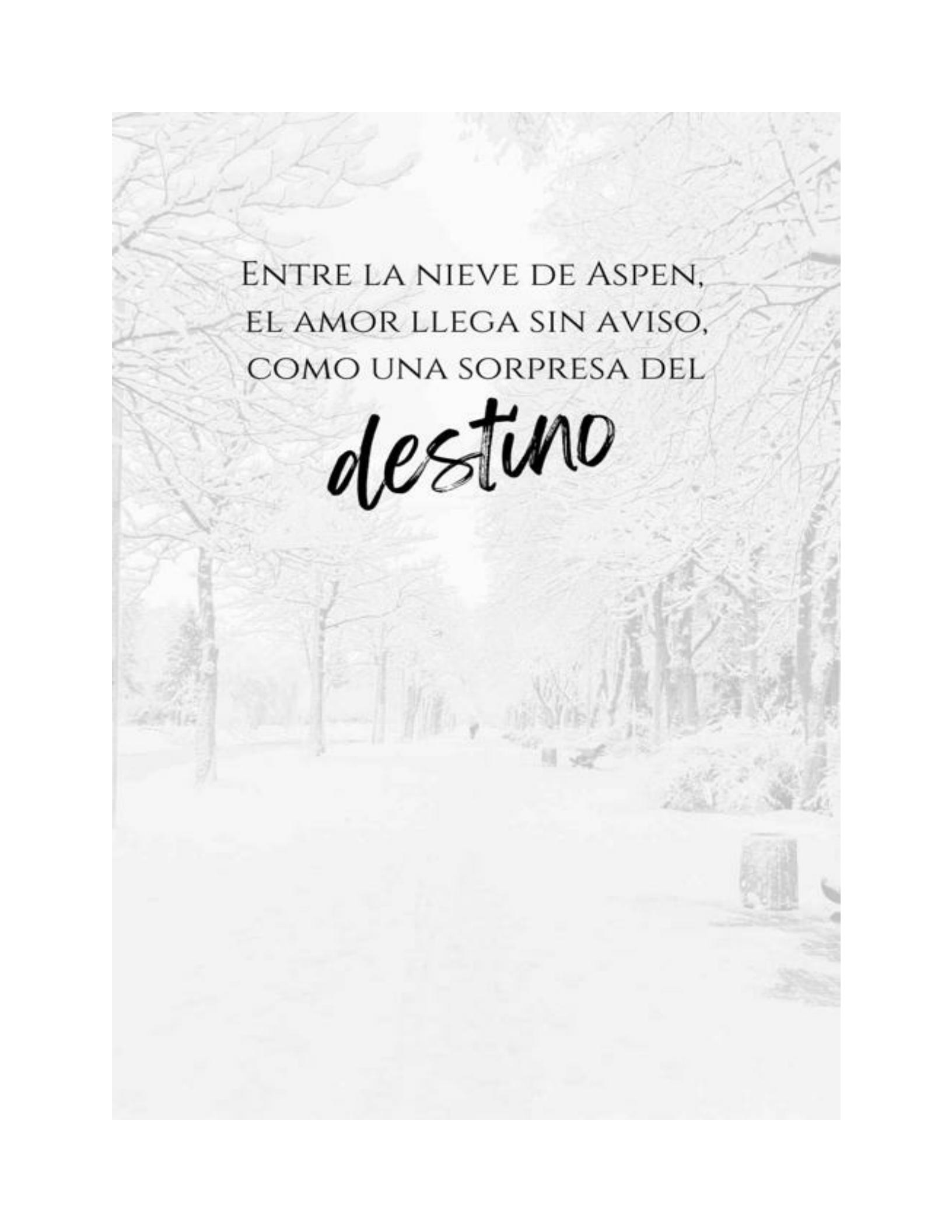
30

31

32

33

34



ENTRE LA NIEVE DE ASPEN,
EL AMOR LLEGA SIN AVISO,
COMO UNA SORPRESA DEL

destino



En una mañana fría pero soleada en Austin, Texas, Zoe se despertó con el sonido insistente del despertador de su teléfono. Con un suspiro perezoso, se estiró en su cama, rodeada de libros y revistas de negocios. Su cabello castaño oscuro, enredado y rebelde, caía sobre sus hombros mientras se levantaba y se dirigía a la cocina de su moderno apartamento, un regalo de sus padres cuando cumplió veinticinco. Mientras preparaba café, Madison, su mejor amiga y compañera de piso, apareció en la puerta, bostezando.

—Buenos días, señorita "Voy a revolucionar el mercado" —saludó Madison con una sonrisa burlona.

Zoe, siempre divertida, le devolvió la sonrisa.

—Buenos días, señorita "Editora de éxitos... en pausa" —respondió entre risas, refiriéndose a su último intento de negocio que, lamentablemente, no había salido como esperaban. Ambas habían fracasado tres veces consecutivas en diferentes emprendimientos.

Después de un desayuno rápido, Zoe se acomodó en el sofá con su laptop abierta sobre sus piernas. Aunque estudió negocios en la mejor universidad de Texas, actualmente se estaba tomando un tiempo para sí misma, reflexionando sobre su próximo gran proyecto, el emprendimiento que, según ella, sería el negocio que revolucionará el mercado. Sus anteriores negocios: una cafetería vegana de élite, una biblioteca y una editorial para autores indie, considerando que Madison se graduó en letras y era editora, habían fracasado, pero eso no la desanimaba.

Mientras escribía notas sobre su nuevo proyecto, su teléfono vibró con un mensaje de voz de su madre.

—Zoe, querida, recuerda no llegar tarde mañana a la cena familiar. Y, por favor, ven vestida apropiadamente. Asimismo, nos agradecería que al fin vinieras acompañada de alguna pareja.

Como bien sabes, esta reunión es esencial. La hemos hecho cada año, con la familia y nuestras amistades más cercanas, antes de partir a Aspen para las fiestas navideñas. Es una tradición, Zoe, algo que va más allá de una simple cena. Espero no tener que recordártelo constantemente, pero como mi hija mayor, deberías ser tú quien marque el ejemplo en estos eventos tan importantes. Francamente, ese rol ha recaído en Savannah, y es ella quien ha sabido llenarnos de orgullo a tu padre y a mí.

Zoe soltó un suspiro y giró los ojos. Sus padres, tradicionales y conservadores, siempre la presionaban para que sentara cabeza, encontrara una relación estable y se casara, como su hermana menor, Savannah, quien tenía lo que todos llamaban el “matrimonio perfecto”. Pero Zoe, con su espíritu rebelde e independiente, no estaba interesada en seguir ese camino. Le encantaba su vida despreocupada y las relaciones pasajeras. Sin embargo, lo que realmente le fastidiaba a Zoe era enfrentar de nuevo las preguntas y miradas inquisitivas sobre su vida amorosa. Desde que se separó de Timothy, el brillante joven empresario, su madre no dejaba de sugerirle que volviera a intentarlo con él, especialmente ahora que viajarían a Aspen. Indiscutiblemente habría proximidad con él, puesto que la hermosa y lujosa casa de vacaciones de la familia Sinclair estaba justo enfrente de la casa de los padres de Timothy.

—Madison, ¿qué tal si contrato un novio falso para la cena de mañana? —comentó Zoe con su amiga, regresando la mirada hacia ella con tono burlesco y sarcástico.

Madison soltó una carcajada tan sonora que casi derrama su café.

—Zoe, ¿alguna vez has considerado una carrera en comedia? Pero, honestamente, déjame decirte que no es una mala idea. Sería divertido ver la cara de tu madre.

Zoe también rio, imaginando lo divertido que sería llegar acompañada de un galán guapísimo y de mucho dinero a casa de sus padres. Ser la hija de un acaudalado y poderoso petrolero representaba vivir bajo la sombra de una familia clásica y estricta, especialmente porque Zoe era la mayor.

Dio un extenuante suspiro y comentó:

—Daría lo que fuera por no tener que ir a esa aburrida cena. Además, como siempre, estarán las amistades de mamá y papá, y simplemente no las soporto. ¿Acaso no tienen otra cosa mejor que hacer que preocuparse por la vida de los demás?

Madison echó a reír.

—Ignóralos y mejor céntrate en el nuevo negocio. Luego ya estarás de regreso en casa y el mal momento habrá pasado.

Zoe asintió, aunque su expresión mostraba claramente su descontento.

—¿Y luego qué sigue? —bufó—. Continuar con la tradición de la distinguida familia Sinclair... y aguantar a todos, absolutamente a todos en Aspen. ¡Qué fastidio!

Madison se adelantó a decir:

—Y para completar el panorama... soportar lo insufrible... tolerar las constantes insinuaciones de tu madre con tu ex.

—Ni me lo recuerdes. —Zoe se levantó y fue a la cocina por otra taza de café—. Timothy y yo nos acoplamos bien como amigos, pero mamá lo arruina todo con su obsesivo afán de que volvamos a estar juntos. Preferiría que no esté en Aspen durante las vacaciones navideñas, pero lo dudo. ¡Joder! —renegó, cuando derramó café sobre sus piernas al tratar de sentarse de nuevo.

Madison levantó la mirada de la revista que hojeaba y trató de contener la risa.

—Y así, señoras y señores, tenemos la comedia navideña de los Sinclair.

Zoe resopló y se dejó caer sobre el sofá.

—La vida sería tan sencilla si no tuviera que lidiar con sus patéticas exigencias. Siento que cometí el peor de los errores al aceptar su apoyo financiero desde que me mudé a vivir sola. Y claro, siempre con la condición de que me comporte como ellos quieren. Pero eso no es lo que más me molesta, tengo que soportar sus constantes reproches por mis fracasos empresariales.

Madison sonrió, dándole un golpecito en el hombro.

—Vamos, Zoe. Eres la reina de los negocios locos. ¿Quién más podría abrir una cafetería vegana de élite en un barrio lleno de carnívoros?

Zoe rio.

—Bueno, fue una experiencia... educativa. Y la biblioteca, ¿recuerdas? Quebramos en tiempo récord.

—¡Exacto! —Madison echó a reír—. Pero lo importante es que no te das por vencida... ambas no nos damos por vencidas. El próximo emprendimiento va a revolucionar el mercado, lo sé.

—Esperemos que así sea. Solo quiero demostrar que quiero hacer algo por mí misma, sin depender de la billetera de papá. —Tras una pausa, Zoe sonrió traviesamente—. Pero mientras tanto, tendré que lidiar con la cena de mañana, y Dios mediante... ingeniar qué haré durante los días que estaré en Aspen.

—Algo se te ha de ocurrir. Y quién niega que tal vez y hasta disfrutas de esos días.

—¿En la compañía de mi adorable familia? ¡Nah!

Madison dio un largo suspiro, dejando de lado su taza de café.

—Como sea. Vamos —exigió, forzando a Zoe a salir del sofá—. Te acompaño a tu habitación y así elegimos el vestido que lucirás mañana.

—¡Qué flojera! —renegó Zoe, llevándose la mano al pecho con gesto teatral, como si estuviera a punto de desmayarse, riendo, mientras se dirigía del brazo de su amiga a su habitación.



Los débiles rayos de luz que en esa mañana nublada de diciembre se filtraban por los grandes ventanales del apartamento, iluminaban el cabello de Zoe, el cual caía formando suaves ondas sobre sus hombros. Sus grandes y agraciados ojos de un marrón profundo desviaron por un instante la mirada de la pantalla de su ordenador y frunció ligeramente el ceño. Zoe estaba concentrada analizando su próximo negocio, pero su mente se distrajo brevemente con el mismo pensamiento recurrente: las aburridas vacaciones de Navidad en Aspen que serían dentro de pocos días, además de la indeseable cena de esa noche.

Tras un extenuante respiro, Zoe se inclinó sobre su escritorio con sus dedos volando sobre el teclado mientras ajustaba sus gafas con el dorso de su mano; debía priorizar su proyecto.

De repente, Madison apareció por el pasillo, vestida con una chaqueta de cuero y una bufanda de colores vivos, y se colocó frente a su amiga.

—¡Hey, empresaria en acción! —dijo Madison con una sonrisa—. Me encantaría acompañarte el resto del día, pero tengo una cita con Lucas. Vamos a ese nuevo café de gatos, a ver si un par de ronroneos mejoran su pésimo estado de ánimo de Grinch.

Zoe levantó la mirada del computador y dejó escapar una risa.

—No te preocupes por mí, ve y diviértanse en mi nombre. —Zoe esbozó una sonrisa forzada—. No me queda de otra que soportar horas de interrogatorio en casa de mis padres.

Madison la miró divertida mientras se acomodaba la cartera al hombro.

—Trata de no permanecer mucho tiempo allí. Ya sabes, a la primera oportunidad, te disculpas con todos inventando lo que en ese momento se te ocurra y huyes. —Madison echó a reír—. Tal vez algo dramático como, no sé, una repentina alergia a la pimienta de cayena en la comida.

Zoe negó con la cabeza, también riendo.

—O mejor aún, una urgencia empresarial. “Lo siento, mamá, pero una clienta necesita un corte de cabello urgente antes de su boda.”

—Esa es buena —dijo Madison, levantando el pulgar—. O podrías decir que tienes que rescatar un gato de un árbol. Suena humanitario y nadie puede decir que no.

Zoe se encogió de hombros, riendo más fuerte.

—Tal vez simplemente les diga la verdad: que prefiero pasar el tiempo con mis amigos y mi próspero negocio imaginario.

Madison arrugó la nariz en una mueca cómica.

—A veces la verdad es tan absurda que resulta creíble. Pero oye, ánimo, y quien sabe, tal vez esta cena familiar sea diferente. Quizá Timothy se caiga en la nieve y todos tengan que ir al hospital.

Zoe soltó una carcajada y levantó una ceja.

—Ahora eso sí sería un milagro navideño. Ten cuidado con esos gatos, y si Lucas resulta ser alérgico, no digas que no te lo advertí.

—Descuida, siempre llevo antihistamínicos. Nos vemos luego, y buena suerte con la cena familiar. —Madison le guiñó un ojo y se fue.

Zoe volvió a mirar la pantalla del ordenador, sonriendo, y pensó en todas las maneras posibles de sobrevivir a la noche en casa de sus padres. Quizás esta vez, con un poco de humor y algo de astucia, lograría disfrutar un poco más de la compañía familiar.



Para la cena familiar, Zoe, rebelde como era, decidió desafiar las exigencias tradicionales de sus padres, especialmente de Hazel, su madre. Llegó vestida de manera casual y moderna, contradiciendo lo acordado: una chaqueta negra con un ligero brillo, una camiseta blanca con un estampado artístico y colorido, jeans ajustados azul oscuro y botas de cuero negras de tacón alto. Su cabello, alisado y suelto, caía de medio lado.

Zoe sabía perfectamente que su look iba a chocar con las expectativas de su madre, pero también sabía que era la manera de expresar su forma libre de ser.

Tocó a la puerta y esperó hasta que la ama de llaves la abriera. Tan pronto como entró al recibidor y la señora Carter la saludó, Hazel apareció por el pasillo.

—¿Zoe! —exclamó, escudriñándola de pies a cabeza con los ojos bien abiertos—. ¿De dónde se supone que vienes vestida de semejante manera? Te anticipé que te arreglaras adecuadamente.

—Hola, mamá. —Zoe, sin inmutarse, le devolvió una sonrisa despreocupada y siguió hacia la sala, donde la familia e invitados ya estaban reunidos—. Buenas noches —dijo, mientras su padre, que estaba sirviéndose un trago en el bar, dejó el vaso a medio llenar y se acercó a ella. Savannah y su esposo Benjamín bebían un cóctel, junto con otras amistades. Savannah miró de reojo el atuendo de Zoe, levantando apenas una ceja como si lo estuviera evaluando, y luego, tras saludarla brevemente, siguió conversando con las esposas de los amigos de su padre.

—¿Qué vas a beber, hija? —le preguntó Weston.

—Un martini, gracias, papá —respondió y se acomodó junto a la chimenea. Apenas se sentó, Hazel apareció a su lado.

—¿Vas a dignarte a responder mi pregunta, Zoe? —dijo su madre, mirándola detenidamente, pero simulando una sonrisa al notar que Camila, su egocéntrica amiga, las observaba de reojo.

Zoe suspiró.

—¿Estás llamando la atención de tus invitados, mamá! —respondió, antes de tomar un largo sorbo de su martini.

—¿Te parece correcto presentarte vestida así en una cena formal?

—Disculpa. Si quieres, me voy y vuelvo a casa —replicó Zoe, disfrutando el momento.

Hazel clavó sus sobresalientes ojos azules en los de su hija.

—No seas sarcástica, Zoe. Sé perfectamente que lo haces a propósito. ¿Qué pretendes con esto?

Zoe le regaló una sonrisa larga y falsa.

—Sabes bien que detesto estas cenas y ver las caras falsas de todas tus amistades. Con tu permiso —dijo, levantándose. Antes de salir a la terraza, rellenó su copa y salió al exterior. Desde allí se distrajo contemplando los extensos jardines que bordeaban la elegante residencia de sus padres, ubicada a las afueras de la ciudad.

—Señorita Zoe —escuchó de repente la voz de Lucille, una de las sirvientas, y se giró—. Su madre me pidió que le avise que la cena será servida.

—Gracias, Lucille, voy enseguida.

Cuando Zoe entró al comedor, todos ya estaban sentados, a excepción de Savannah y Benjamín, que llegaban en ese momento.

—Cuñada... —dijo Benjamín amablemente, apartando la silla para que Zoe se sentara. Zoe le agradeció con una sonrisa y miró a su hermana.

—Mi esposo es un verdadero caballero. Gracias, cariño —comentó Savannah, mientras Benjamín se sentaba a su lado.

La cena consistía en un exquisito menú de cinco tiempos: ensalada de langosta, bisque de cangrejo, sorbete de limón, filete mignon con espárragos y una selección de postres franceses. Y para beber, un *Château Margaux*, de la exclusiva colección de vinos franceses de Weston.

Mientras todos se acomodaban, Margareth, una de las esposas de los amigos petroleros de su padre, no pudo evitar preguntar:

—Zoe, querida, hace tiempo que no sabemos de ti. ¿En qué has estado ocupada últimamente?

Zoe sintió las miradas de todos y forzó una sonrisa.

—He estado muy ocupada con varios proyectos, Margareth.

—¿Proyectos? —intervino Savannah, con una sonrisa condescendiente—. ¿Algo que creas que va a funcionar esta vez?

Zoe ignoró el comentario de su hermana y continuó, dirigiéndose a la intransigente señora Miller:

—Estoy trabajando en algunas ideas prometedoras, Margareth.

Margareth esbozó una sonrisa fingida, mostrando sus relucientes implantes.

—¿Y en cuanto al amor? —insistió—. ¿Tienes a alguien en tu vida? ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta? Ya era hora de que estuvieras felizmente casada, cariño.

Zoe respiró hondo antes de responder.

—El matrimonio no es una prioridad para mí, Margareth. Y sí, de hecho estoy en una relación. Llevamos siete meses juntos y es alguien realmente extraordinario.

Un murmullo de interés recorrió la mesa, y Hazel no tardó en aprovechar la oportunidad de preguntar.

—¡Oh, querida! Qué noticia tan inesperada —exclamó con una deslumbrante sonrisa que le llegó hasta los ojos—. ¿Cuándo tendremos el placer de conocer a ese joven?

—Pronto, mamá, pronto. Estoy buscando el momento oportuno para traerlo a casa —respondió, evitando dar más detalles. Obviamente fue algo que se le ocurrió de momento.

—Pero hija, lo podrías haber traído esta misma noche. ¡Qué mejor ocasión para presentarnos a tu novio!

Zoe sonrió para sí, llevándose un trago de martini a la boca.

Mientras tanto, Benjamín, con su habitual tono arrogante, no pudo resistirse.

—Esperemos que tu novio tenga mejor suerte que tus negocios. ¿Qué fue lo último? ¿Una biblioteca si bien lo recuerdo o algo así?

Las risas forzadas de los demás hizo que Zoe sintiera un nudo en el estómago. En tanto que sus padres, entre bromas, se unieron al ataque:

—Sí, cariño —dijo Hazel—, cuéntanos más sobre tus nuevos proyectos. Esperamos que esta vez hayas hecho una mejor elección.

Zoe tomó un sorbo apresurado de su martini y miró a su madre con el ceño fruncido, tratando de mantener la serenidad.

—Como ya dije, estoy estudiando detenidamente un proyecto excelente. No quiero adelantarme a dar detalles hasta concretar. Será algo revolucionario.

—Tomo tu palabra —dijo su padre en medio de risas burlonas—. Francamente, no quiero malgastar mi dinero en proyectos fantasiosos que más bien resultan un fracaso. Primero fue la cafetería vegana, luego la biblioteca, más adelante la editorial. Por favor, hija mía, solo te pido que esta vez tengas en mente algo razonable para que no te veas en la necesidad de cerrarlo antes de los seis meses.

La mesa estalló en risas, y Zoe, molesta, replicó:

—No te preocupes, papá. Esta vez será diferente.

La cena continuó, con los desagradables comentarios y los patéticos elogios de Hazel sobre Savannah y su “perfecta” vida: ama de casa, esposa, madre y profesional ejemplar.

Zoe, harta de tanta preguntadera y la retafila de honores únicamente a su hermana menor, se levantó de la mesa.

—Disculpen, voy a buscar a los mellizos —dijo y salió del comedor.

Encontró a sus dos sobrinos: Nathan y Nala, dos preciosos y vivaces mellizos de cinco años en el salón de juegos, y se unió a ellos, sintiendo una calma que la ayudó a olvidar, aunque fuera por un momento, el ambiente tóxico de la cena.

De repente, Savannah, desde el comedor, observando intencionalmente hacia la puerta del salón de juegos, no pudo evitar un comentario lo suficientemente fuerte para que Zoe lo oyera.

—A veces me pregunto si Zoe encajará alguna vez.

Benjamín sonrió, brindando con su *Château Margaux*.

—No te preocupes, cariño. No todos nacen para brillar como nosotros.

Zoe apretó los dientes.

«Llegará el día en que tendrán que tragarse sus estúpidos comentarios», renegó, desafiando a su hermana con la mirada.



Zoe despertó algo tarde la mañana del domingo. Después de regresar la noche anterior de casa de sus padres, encontró a Madison en casa y juntas bebieron algunas copas. Madison le comentó la extraordinaria velada que tuvo con Lucas. Ambos mantenían una bonita relación de algo más de un año. Mientras que Zoe se desahogó con su amiga contándole sobre la desastrosa cena familiar.

—Fue como si todos se hubieran puesto de acuerdo para denigrarme —renegó Zoe, indignada. De repente, tocaron a la puerta.

—Ve tú a abrir —dijo Zoe, llevándose un bocado de café a la boca—. De seguro es Lucas.

—Dudo que sea él, me comentó que almorzará con sus padres —dijo Madison, en cuanto se dirigía a la puerta.

—¡Señora Hazel!

Zoe regresó de inmediato la mirada al pequeño y angosto recibidor.

—Buenas tardes, ¡qué gusto verla! —exclamó Madison.

Hazel le devolvió el saludo a Madison y entró, observando todo a su alrededor con la mandíbula tensa y el ceño fruncido. Sus ojos recorrían cada rincón, como si estuviera evaluando la decoración y la disposición de los muebles, emitiendo un juicio silencioso que no dejaba lugar a dudas sobre su desaprobación.

—¿Mamá? No me dijiste que vendrías —apuró Zoe, levantándose del sofá.

—¿Tengo que anunciar con anticipación que vendré?

—No, pero... —Zoe miró a su madre, extrañada y fastidiada a la vez—. Hace tan solo unas horas que estuve en casa.

Hazel apenas sostuvo la mirada de su hija, enfocándose en el desorden del apartamento. Mientras tanto, Madison se adelantó a preguntar:

—¿Se le ofrece algo? ¿Desea un café, quizás un trago?

—Un *manhattan* estaría bien.

—Enseguida le preparo uno. —Madison se apresuró a la cocina.

—¿Cómo pueden vivir en semejante desorden? ¿Acaso no tienen quien les haga la limpieza?

—cuestionó Hazel, apartando de mala gana un cojín de la butaca y tomando asiento.

Zoe vivía en un apartamento pequeño pero acogedor ubicado en una de las mejores zonas de Austin, en el corazón de la ciudad. El espacio, de diseño moderno y funcional pero dinámico, reflejaba su personalidad vibrante y su estilo de vida caótica e independiente. El salón, abierto y luminoso, estaba decorado con un sofá de cuero en tono turquesa y una butaca de terciopelo gris, una mesa de centro de vidrio y una alfombra de diseño geométrico en tonos marfil y negros. Las paredes estaban adornadas con fotografías en blanco y negro, tomadas en sus viajes, mientras que en una esquina, una estantería flotante exhibía una colección de libros y revistas; testimonio de su eterna búsqueda de nuevos proyectos.

—No necesitamos de nadie, mamá. Entre Madison y yo nos damos el tiempo de hacerlo —respondió Zoe, conteniéndose para no ser despótica con su madre.

Hazel levantó ambas cejas con gesto de inconformidad.

—Su *manhattan*, Hazel —dijo Madison, entregándole la copa.

Hazel extendió su mano larga y delgada, colmada de anillos valiosos, y tomó la copa. Bebió un sorbo y dijo, con gesto de aprobación:

—Te agradezco, Madison. —Luego se volvió hacia Zoe—. Necesito hablar a solas contigo.

—Yo les dejo para que puedan conversar a discreción. Que tenga un buen día, Hazel. —Madison tomó su cartera de la mesita alargada del recibidor y salió del apartamento.

Mientras tanto, Zoe fue a la cocina por una cerveza. Regresó a la sala y se sentó frente a su madre.

—Te escucho, mamá.

—Ayer fuiste muy desconsiderada presentándote vestida de esa manera, totalmente fuera de lugar, a la cena, después de que me tomé la molestia de telefonearte. ¿Qué pretendes con esa actitud, Zoe? ¿Acaso tratas de desafiarme?

Zoe rodó los ojos, tomándose su tiempo para respirar profundamente antes de responder.

—No, mamá. Pero bien sabes que tengo mi propia forma de ser. ¿Qué logras exigiendo que acate tus caprichos?

El contorno alrededor de los ojos de su madre se oprimió.

—¡Qué caprichos, Zoe! —espetó molesta—. Hay reglas y etiquetas que uno debe seguir, más aún perteneciendo a una familia de alta sociedad. ¡Qué vergüenza nos hiciste pasar a tu padre y a mí presentándote a la cena en semejantes fachas! Parecía que acababas de salir de una función barata de teatro.

—Tú miras solo por ustedes, mamá. ¿Y el ataque continuo que recibí en medio de burlas y sarcasmo durante toda la velada? De eso sí no tomas interés...

Hazel se levantó repentinamente y caminó hacia el mesón de la cocina. Allí dejó su copa ya vacía.

—Te sientes agredida y ofendida con nuestros comentarios porque sabes que tenemos razón —dijo volteándose y regresó con ella.

Zoe negó con la cabeza, mirando indignada a su madre.

—No es así. Tanto tú como papá únicamente se pasan menospreciando cualquier cosa que hago.

—¿Y qué pretendes? Dime si al menos has acertado en uno de los tantos negocios que bien le dio el nombre tu padre de fantasiosos... Nada. Llevas perdiendo el tiempo, años de tu vida en bobadas que más es un desperdicio de tiempo y dinero. Pero eso no es lo que nos preocupa a tu padre, a mí... y a toda la familia. Ya es momento de que sientes cabeza, Zoe. Toma el ejemplo de Savannah. Con veintisiete años, mira el hogar perfecto que tiene... Un marido ideal, digno de ella y de nosotros, una profesión estable y dos hijos maravillosos.

Zoe giró los ojos. Estaba harta de que siempre su madre le restregara en la cara la vida ejemplar y el matrimonio perfecto de su adorable hermana.

—¡Oh, sí, no podía faltar la vida fabulosa de la distinguida señora Kingslow!

—¡No seas sarcástica, Zoe! —replicó Hazel—. Savannah y Benjamin son el matrimonio perfecto.

Zoe hizo una mueca de desaprobación, frunciendo los labios.

—Lo pensarás tú, mamá, porque a mí Benjamin no me engaña...

Hazel se puso en pie sorpresivamente.

—¡Ya fue suficiente! Tanto Weston como yo queremos conocer a tu novio. Tienes treinta años, Zoe, y aún no has formalizado con nadie. En mal momento que Timothy y tú se separaron —espetó, con un aspaviento de manos—. No entiendo hasta ahora, la verdad, por qué lo dejaste ir, si era el hombre ideal... de buena familia, profesional, inteligente, amable. Ya estuvieras felizmente casada con él.

Zoe se mordió la lengua para no gritarle la verdad, y también se levantó.

—Porque simple y sencillamente jamás tuvimos química, mamá. Nos va mejor siendo amigos. Hazel refunfuñó, negando con la cabeza.

—¿Cómo se llama, a qué se dedica ese tal novio tuyo?

—Eh... —Zoe titubeó, ingeniando a velocidad qué responder—. Se llama Alexander, Alexander Parker. Tiene treinta y cinco años y... pues es ingeniero civil. Trabaja para el Estado.

La expresión de su madre cambió de repente, sus ojos se abrieron con un brillo codicioso y su boca formó una pequeña ‘O’ de sorpresa.

—¿Trabaja para el Estado, dices? —Hazel se inclinó hacia adelante, como si cada palabra que saliera de los labios de Zoe fuera la respuesta a todas sus plegarias.

—Así es. Ahora se dedica a la construcción de puentes.

—¡Oh! —exclamó Hazel, llevándose una mano al pecho, asintiendo, interesada—. ¡Qué apropiado! —Asintió varias veces, como si ya estuviera evaluando el valor de su potencial yerno—. Pienso que necesito otro *manhattan* —añadió, con una sonrisa que no podía ocultar su entusiasmo.

A pesar de su nerviosismo por inventar tal mentira, Zoe rio para sí, festejando su audaz triunfo. Fue a la cocina y preparó el *manhattan* a su madre y un martini doble para ella.

—Háblame más sobre Alexander —dijo su madre, tomando el cóctel de manos de su hija mientras tomaba asiento nuevamente.

—Como lo dije ayer, llevamos siete meses saliendo, y... lo que acabo de decirte, es un ingeniero exitoso, aparte de ser muy guapo y cariñoso conmigo.

Hazel miró a Zoe con atención y detenidamente, dibujando una larga y satisfactoria sonrisa en sus delgados labios pintados de un burgundy tan fuerte como su chaqueta y su pañoleta.

—Perfecto. No comprendo por qué no nos has comentado sobre él, pero es una excelente noticia de todas formas. Hablaré con tu padre hoy mismo llegando a casa. Y desde ya te advierto que quiero que lleves a Alexander a las vacaciones navideñas en Aspen.

—¡¿Qué?! Pero ¿Por qué, mamá? —Zoe se quedó helada, no contaba con que su madre le saliera con eso. ¿Cómo se suponía que iba a llevar a Aspen a pasar las fiestas navideñas a alguien que salió improvisadamente de su imaginación para sobrellevar la conversación del momento, si el tal Alexander ni siquiera existía?

—¿Por qué me miras así, Zoe? Alexander y tú llevan siete meses juntos, es un tiempo prudencial para que lo involucres con la familia. Además, estamos en el derecho de saber con quién te relacionas y mantienes una relación amorosa... quien sabe si él es el indicado y se casan. Aunque insisto en que Timothy es el candidato ideal.

—No creo que Alexander pueda y quiera tomarse casi dos semanas libres. No, no, definitivamente será en otra oportunidad, mamá.

—¡Está decidido! —exigió Hazel, incrustando un aire de advertencia en los ojos de su hija—. No me interesa que tu novio quiera o no tomarse ese tiempo, pero lo queremos contigo en los próximos días en Aspen. De no ser así, no tendrás más nuestra ayuda financiera.

—¿Pero, mamá?

—Nos veremos en una semana en Aspen, Zoe, tú y Alexander. Ahora te dejo para que te pongas de acuerdo con él. Una buena tarde. Y por favor, mantén tu apartamento en orden. — Hazel se levantó, se colocó el abrigo, tomó su cartera de marca y salió del apartamento, haciendo resonar los tacones de sus zapatos Manolo Blahnik, en el piso de madera.

Zoe, con los codos sobre sus rodillas y las manos entrelazadas, dio un sobresalto cuando la puerta se cerró.

—¡Joder, en qué lío me acabo de meter!



M ovida por la presión del momento en la cena familiar de esa noche, Zoe tuvo que ingeniar que estaba en una relación amorosa desde hacía algún tiempo. Lo que jamás imaginó era que aquello traería consecuencias y ahora se encontraba frente a un verdadero problema.

« ¡Estúpida, mil veces estúpida! », se reprochó a sí misma. « ¿Por qué no me detuve a pensar por un momento que mamá buscaría la manera de indagar sobre ello? ». Zoe daba vueltas de un lado al otro por la sala, sosteniendo su taza del café extra fuerte que momentos antes había preparado. Ni siquiera tuvo la oportunidad de comentarlo con Madison porque la noche anterior no llegó a casa.

Zoe ideó a velocidad cómo salir de ello. Su madre fue clara, y cuando Hazel demandaba algo, hablaba muy en serio. Las cosas tenían que darse tal y como ella exigió.

Miles de ideas pasaron por la mente de Zoe, pero ninguna hacía sentido. Tras un extenuante suspiro, dejó la taza de café a medio terminar sobre la barra y se dirigió al perchero. Se colocó una chaqueta gruesa, se enrolló alrededor del cuello la primera bufanda que encontró tirada por ahí, tomó su bolso de mano, las llaves del auto y salió de casa.

Antes de encender su Tesla Model 3, en un moderno y cálido color terracota, le escribió un mensaje de texto a Madison, pidiéndole que fuera a darle el encuentro en la cafetería cerca del museo, donde siempre solían reunirse. Esperaba que llegara con Lucas, porque así, entre los tres, encontrarían la solución más conveniente.

El tráfico matutino de Austin no ayudaba a calmar sus nervios. Mientras esperaba en un semáforo, Zoe se entretuvo mirando a un grupo de turistas que posaban frente a una estatua.

« ¿Será que puedo contratar a uno de ellos para que se haga pasar por mi novio? », pensó, con una sonrisa irónica. Luego, movió la cabeza, dándose cuenta de lo desesperada que estaba,

sonando absurda incluso en sus pensamientos.

Finalmente, llegó a la cafetería y encontró a Madison y Lucas esperándola. Sin siquiera tomarse el tiempo de saludar, Zoe se dejó caer en la silla y soltó:

—Necesito un novio falso. ¡Ahora!

Madison levantó una ceja, mientras Lucas ahogaba una risa.

—¿En qué clase de lío te metiste esta vez? —preguntó Madison, ya acostumbrada a las ocurrencias de su amiga.

—Mi madre. Quiere conocer a mi supuesto novio. Ya —respondió Zoe con un tono dramático.

Lucas sonrió ampliamente.

—Tengo una idea —dijo—. ¿Qué tal si fingimos que eres mi novia y vamos a tu casa? Siempre quise saber como sería una Navidad al estilo Hazel.

Zoe movió de lado a lado la cabeza, riendo por su disparatada salida.

—Lucas, si sobrevives a esto, prometo comprarte café gratis por un año.

—Trato hecho —respondió Lucas entre risas—. Esto será divertido.

Madison también se unió a la risotada.

—Bueno, dejándonos de locuras —dijo, abrazando a Lucas—, ¿qué se te ocurre hacer?

—Ni idea. —Zoe suspiró, alzándose de hombros. El tiempo se le venía encima y debía, pese a no tener muchas opciones, pensar en algo urgente—. Por esa razón les pedí que nos reuniéramos. Mamá está intolerable. Créanme que hasta he pensado en llamar a alguno de mis amigos... pero claro, no es así de sencillo porque involucra llevarlo a Aspen y estar ahí todo ese tiempo. ¿Quién estaría dispuesto a algo así?

Madison frunció los labios.

—¿Y si realmente haces lo que propusiste anteriormente?

—¿Qué? ¿Pedirle a uno de mis amigos? Nah... mis padres los conocen bien, y no se diga Savannah.

—No, boba, hablo de contratar a un novio falso.

Lucas abrió los ojos, asintiendo con la cabeza.

—No suena mal.

—Es una locura —protestó Zoe.

—Te aseguro que no. Ahora eso se da a la orden del día... Representa un lucrativo negocio —insistió Madison.

En ese momento, el mesero se acercó con una bandeja llena de café y sándwiches. Colocó las bebidas y la comida con una sonrisa sobre la mesa.

—Aquí tienen su café y los sándwiches. ¿Algo más que deseen?

Zoe lo miró pensativa por un momento y luego respondió:

—¿Sabes de alguien que se alquile como novio falso?

El mesero parpadeó, sorprendido, pero se rio.

—He oído cosas más raras, créame. Pero no, lo siento. Disfruten su brunch.

Cuando el mesero se alejó, Madison y Lucas estallaron en carcajadas.

—¡Zoe, eso fue épico! —dijo Lucas entre risas—. Pero hablando en serio, podríamos buscar en línea. Hay agencias para todo hoy en día.

Zoe frunció el ceño, dudando aún.

—No sé... ¿y si me descubren? ¿Y si mamá nota que algo no anda bien? Ya saben cómo es de perspicaz y astuta.

Madison la miró fijamente, inclinándose hacia ella.

—Mira, Zoe, ya estás metida hasta la cabeza en un lío. ¿Qué es lo peor que podría pasar? Además, con la cantidad de dinero que tienen tus padres, esto vendría a ser algo así como una inversión para tu paz mental.

Zoe suspiró profundamente. Sabía que Madison tenía razón, pero seguía sintiéndose nerviosa.

—Está bien —dijo finalmente—. Hagámoslo. Busquemos un novio falso. Pero si esto sale mal, ustedes se encargarán de explicárselo a mi madre.

—Trato hecho —respondieron Madison y Lucas, chocando sus manos entusiasmados.

Zoe no pudo evitar reírse. Aunque la situación era ridícula, al menos tenía a sus amigos para apoyarla. Y quién sabe, tal vez esa locura navideña podría resultar una aventura divertida.



Zoe y Madison, con el ordenador abierto en la página de citas en línea, buscaban perfiles para contratar a un novio falso. Zoe, con la fecha del viaje navideño acercándose, exigía a alguien que cumpliera con las características que había dado a su madre: un hombre que aparentara tener treinta y cinco años, elegante, guapo, varonil; y de buen estatus económico, de ser posible. Después de horas de búsqueda minuciosa, Zoe comenzaba a perder la paciencia.

—Esto no está funcionando —refunfuñó, cansada de insistir y de telefonear a un sinnúmero de candidatos.

—No te rindas, Zoe. —Madison, con los ojos brillando de afán, arrastró el ordenador hacia ella como si se tratara de algo de vida o muerte—. Encontraremos al novio ideal, aunque tengamos que pasar la noche entera aquí, sobreviviendo solo a base de café y desesperación... ¡O moriremos en el intento! ¡Pero *sin* novio no te quedas! —añadió luego, con gesto dramático.

Zoe suspiró, con la vista fija en la pantalla del ordenador.

—¿Comida china? —preguntó, desviando la mirada hacia la puerta del refrigerador, donde varios imanes de restaurantes colgaban como trofeos de batalla.

—Buena idea. —Madison asintió con una sonrisa, como si de pronto la noche se hubiera iluminado.

—Haré el pedido entonces. —Zoe se levantó para ir a la cocina y telefonear al restaurante.

—Ya que estás ahí —dijo Madison, sin quitar la vista del ordenador—, trae algo de beber. ¿Qué tal unos mojitos?

—Ay sí, qué rico. Veamos si hay hierbabuena.

Zoe preparó suficiente cóctel en una jarra de cristal, agarró dos vasos y llevó todo a la mesa del comedor, junto con el paquete de nachos.

—Hagamos más entretenida la búsqueda de mi galán. —Zoe se sentó a la mesa, lista para continuar con la misión.

De repente, Madison detuvo el cursor sobre el perfil de un rubio muy guapo.

—Mira este. ¿Qué me dices? —preguntó, mirando de reojo a Zoe con una sonrisa pícara.

Zoe hizo una mueca aprobatoria y asintió, entusiasmada.

—El tal Noah Thorne no está nada mal... reúne mis exigentes expectativas.

Ambas estallaron en carcajadas.

—¿Hago la cita para que se vean mañana mismo? —preguntó Madison.

Zoe se frotó las manos y tomó con ella el control del ordenador.

—Deja que yo me encargue de eso —dijo con una amplia sonrisa que casi se le salía de la cara.

Tras unos intentos, Zoe ya estaba hablando con Noah.

—Buenas noches —se escuchó al otro lado de la línea una voz grave y seductora.

—Hola, ¿hablo con Noah Thorne?

—El mismo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Un gusto, Noah. Mi nombre es Zoe, vi tu perfil y me interesan tus servicios.

Noah soltó una risa suave que hizo que Zoe sonriera.

—Excelente. ¿Qué es exactamente lo que necesitas, Zoe?

Zoe, nerviosa y emocionada, le lanzó una mirada a Madison, quien también estaba pendiente de la conversación, por lo que enseguida le hizo una seña con las manos de: “¡adelante!”.

—¿Estás todavía ahí? —dijo Noah.

—Disculpa. Sí. Eh... ¿Te parece encontrarnos mañana en algún lugar para conversar?

—Por supuesto. ¿Vives en Austin?

—Soy de acá, sí. ¿Qué opinas vernos en *Saddle & Sage Roadhouse*?

—Me parece perfecto. ¿A la una y treinta?

—Excelente.

—¿Cómo hago para reconocerte? ¿Me pasas una fotografía tuya?

—Disculpa, pero no suelo enviar fotografías. En tal caso, yo te encontraré a ti. No te preocupes, solo te pido que seas puntual.

—Estaré esperando antes de la hora acordada, sentado en la barra.

—Perfecto. Quedamos así entonces, Noah. Hasta pronto.

—Una linda noche.

Zoe cerró la llamada y gritó:

—¡Listo! ¡Tengo una cita! Algo me dice que Noah es el indicado y todo saldrá a la perfección... ¡Prepárense, familia Sinclair, que esta vez llegaré con todo! —Zoe estaba más que entusiasmada.

Las dos amigas rieron y chocaron sus vasos de mojito.

—¡A presentarse guapísima a la cita! —dijo Madison, entre risotadas.

Zoe le siguió el juego, colocándose una mano sobre la otra en el pecho mientras gesticulaba con los ojos.

—Lo volveré loco de deseo por mí... —dijo, para luego estallar en carcajadas—. ¡Nah! Los que se quedarán anonadados son mi egocéntrica familia. Estos hombres de catálogo de revista son solo para impresionar. Termina el contrato y chao, papasito, cada quien para su casa.

Madison asintió con una amplia sonrisa, aplaudiendo entusiasmada con gesto teatral.

—¡Que empiece el show!



Zoe se vistió para su cita con un suéter de punto grueso en color crema, que caía suavemente sobre sus hombros, dejando al descubierto un sutil escote en V. El suéter era lo suficientemente ajustado para resaltar su figura, pero lo bastante holgado para mantenerse cómoda y abrigada. Combinó el suéter con unos jeans oscuros de corte ajustado, botas altas de cuero en color camel que le llegaban justo por debajo de las rodillas, añadiendo un toque sexy a su look. Un abrigo largo, estilo *trench coat* en tono marrón claro, ceñido a la cintura con un cinturón que destacaba su silueta, y una bufanda de lana en tono burdeos alrededor del cuello para combatir el frío de esa tarde de invierno. Su cabello semiondulado lo llevó suelto, dándole un aire natural y relajado, perfecto para una cita casual pero con estilo.

Cuando Zoe llegó al restaurante donde había acordado encontrarse con Noah, le indicó a la *hostess* que prefería esperar en la barra antes de que le asignaran una mesa. Escaneó el lugar con la mirada, buscando a Noah, pero él no estaba allí. Frunció el ceño mientras miraba su reloj; habían pasado cinco minutos de la una y treinta. Sin molestarse en disimular su enfado, pidió un mojito en cuanto el bartender le preguntó qué deseaba beber.

A medida que pasaban los minutos, Zoe miraba de reojo la puerta del restaurante, esperando ansiosa la llegada de su “cliente”, aunque su mente no paraba de reprocharle su falta de puntualidad. Trató de calmarse y se concentró en disfrutar su mojito mientras navegaba en su móvil, pero su paciencia se agotó cuando, tras quince minutos de espera, Noah seguía sin aparecer.

De repente, un joven alto y fornido con el aspecto que había descrito en su perfil entró al restaurante. Su cabello rubio cenizo, con esos delicados destellos dorados, peinado de manera casual, dándole un aire despreocupado pero cuidadosamente estudiado; sin duda, tenía que ser

Noah. Lo vio intercambiar unas palabras con la *hostess* antes de encaminarse hacia el interior del lugar.

A pesar de su molestia, Zoe no pudo evitar sentirse halagada por lo que veía. Noah había llegado luciendo un estilo casual pero elegante que realzaba su atractivo natural. Llevaba una chaqueta de cuero negro, perfectamente ajustada. Debajo, un suéter de lana gris oscuro que hacía resaltar sus ojos verdes, combinando a la perfección con su piel dorada por el sol. Sus jeans oscuros se ajustaban de manera impecable a su figura atlética. Definitivamente, sabía cómo vestirse para impresionar sin esfuerzo, pensó Zoe, con una suave sonrisa.

Noah caminó en dirección hacia la barra, claramente buscando a alguien. Zoe, disfrutando de la vista, se tomó su tiempo antes de hacerle notar su presencia. Lo observó de pies a cabeza, asintiendo, fascinada, ante lo que tenía frente a ella. Mientras Noah se acercaba, cada paso suyo estaba lleno de una confianza que rozaba la arrogancia. Tras unos segundos de escudriñarlo detenidamente, Zoe levantó el brazo y llamó su atención. Al verla, el muchacho esbozó una sonrisa deslumbrante, como sacada de un comercial de pasta dental, y se acercó sin prisa.

—Vaya, vaya —dijo él al llegar a la barra, inclinándose ligeramente hacia Zoe—, ahora entiendo por qué te rehusaste a enviarme una foto. ¿Querías sorprenderme, eh?

Zoe lo miró de arriba abajo, sin poder disimular su asombro e interés.

—Noah Thorne, supongo. Llegas tarde, por cierto —respondió, levantando una ceja mientras mantenía una sonrisa en los labios.

—Lo sé, lo sé. —Noah se encogió de hombros con una despreocupación total—. El tráfico, ya sabes, es un desastre. Además, pensé que la anticipación haría que el encuentro fuera más... memorable.

Zoe rio, aunque por dentro luchaba por no dejarse llevar por su encanto.

—¿Memorable? Bueno, si consideras memorable hacerme esperar quince minutos...

—Lo siento, muñeca. La puntualidad nunca ha sido mi fuerte. —Noah se deslizó en el asiento junto a ella y enseguida pidió un whisky.

Zoe lo observó de soslayo, tratando de no dejarse llevar por su cara de ángel.

—Así que... —dijo ella, girándose hacia él para entrar en materia—. Hablemos de negocios. Quiero que finjas ser mi novio. Pero no cualquier novio. Uno perfecto, de esos que hagan que mi familia se trague cada una de sus palabras.

—Suena divertido —dijo Noah, tomando un sorbo de su whisky—. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos? ¿Dos meses? ¿Tres?

Zoe sonrió con un toque de malicia.

—Siete. Y ha sido un romance de película. Eres de Austin, pero nos conocimos en una conferencia sobre inversiones sostenibles en San Francisco, y desde entonces no hemos podido separarnos.

—Siete meses, ¿eh? —Noah se frotó la barbilla, como si estuviera evaluando los términos—. Eso es bastante tiempo para mantener una mentira, pero puedo manejarlo. ¿Y quién soy exactamente en esta película?

—Te llamas Alexander Parker. Tienes treinta y cinco años, eres ingeniero civil y trabajas para el gobierno diseñando puentes. Toda una joya.

Noah soltó una carcajada.

—Ingeniero civil, nada menos. Nunca me habían dado un papel tan importante. Pero dime, Zoe, ¿por qué tanta formalidad? Pareces bastante capaz de conseguir un novio auténtico.

Zoe suspiró, notando que el tema se desviaba.

—Lo último que necesito es un drama real. Mi familia es un nido de serpientes, y la Navidad es su temporada de caza. Quiero que durante esas dos semanas te comportes como un caballero, que impresiones a mi madre y que mantengas a mi hermana, la reina del matrimonio perfecto, con la boca cerrada.

—Ah, así que es una misión de supervivencia —comentó Noah con una sonrisa pícar—. ¿Y cuánto vale tu supervivencia?

—No te preocupes por eso. —Zoe se inclinó un poco más cerca—. Te pagaré bien. Muy bien —dijo, manteniendo su tono firme—. Y considerando lo que te pido, sé que vale cada centavo.

Noah entrecerró los ojos, observándola con una mezcla de interés y cálculo al notar la seguridad con la que Zoe hablaba de dinero.

—¿Papá petrolero, dijiste?

Zoe asintió, manteniendo la calma.

—Sí, y mamá socióloga con delirios de grandeza. Así que, en vista de que el dinero no es un problema, asegúrate de que mi inversión valga la pena.

—Mira, Zoe... —Noah se inclinó hacia ella, su tono cambió a algo más serio; al igual que su expresión—. No suelo aceptar trabajos que me comprometan tanto tiempo, y lo que me pides no es un simple acompañamiento. Estás hablando de todo un espectáculo.

—Lo sé. —Zoe cruzó los brazos, mirándolo a los ojos—. Y por eso te pagaré lo que pidas. Necesito que este espectáculo sea perfecto.

—Perfecto cuesta caro, cariño —dijo Noah, recostándose en su asiento con una sonrisa reluciente.

Zoe asintió, sabía que estaba lidiando con un tipo astuto.

—Eso sí... —continuó Noah—, debes saber que no tolero errores. Si en algún momento me doy cuenta de que no puedes seguir mi ritmo, me retiro. ¿Y cuánto piensas pagarme por este “trabajito” tan elaborado?

—Te daré tres mil dólares —respondió Zoe rápidamente. Todo lo tenía calculado.

Noah la miró en silencio durante unos segundos, luego levantó ambas cejas, mordiendo su labio con suspicacia.

—¿Tres mil? —repitió, inclinándose hacia adelante con una sonrisa sarcástica—. Tres mil dólares por un par de semanas de actuación perfecta, enfrentando a tu familia de serpientes... — De pronto, sus palabras se cortaron en seco. El aire parecía volverse más denso mientras sus ojos, fijos en ella, permanecían inmóviles, como si estuviera evaluando la reacción de Zoe. Finalmente, Noah esbozó una sonrisa desdeñosa—. No me hagas reír.

Zoe frunció el ceño, sin dejarse intimidar.

—¿Cuánto quieres entonces?

Noah volvió a recostarse en su asiento, mirando al techo como si estuviera calculando su precio, pero obvio que ya tenía la cifra en mente.

—Ocho mil.

—¿Qué?! —Zoe casi se atraganta—. ¡Ocho mil! ¡Eso es ridículo!

—Ridículo sería que tu familia descubriera que has contratado a un pobre desgraciado por tres mil dólares —le respondió con una sonrisa ladeada—. Vamos, Zoe, soy tu salvavidas aquí.

—¡No puedo creer que me estés pidiendo ocho mil dólares por esto! —exclamó Zoe, indignada—. Noah, sé quién eres. Sé que necesitas dinero.

—Oh, cariño, pero no es cuestión de necesidad, es cuestión de valor. Y valgo ocho mil dólares —respondió con todo el descaro y la confianza del mundo.

Zoe respiró hondo, controlando su frustración.

—Está bien, pero no puedo darte ocho mil. Cuatro mil quinientos. Es más que justo.

Noah alzó una ceja, claramente disfrutando de la negociación.

—No, no, ocho mil o nada. Si no te gusta, te deseo suerte encontrando a otro novio falso tan encantador como yo.

—¡Estás loco! —Zoe golpeó suavemente la mesa con su mano—. Cinco mil, cinco mil y ni un centavo más. Y si sigues con tus aires de grandeza, ¡me buscaré otro!

Noah se quedó en silencio, gesticulando que lo estaba considerando seriamente. Se llevó una mano a la barbilla y, tras unos segundos, habló con toda la teatralidad posible:

—Hmm... —hizo un gesto exagerado de pensador—. Cinco mil, eh... Bueno, bueno... me gusta tu estilo, Zoe. No puedo decir que no a una oferta tan tentadora.

Zoe se cruzó de brazos, enfadada.

—Aceptas entonces.

—Acepto —dijo Noah con una sonrisa tan grande que parecía tener más dientes de lo normal—. Pero solo porque me has convencido con tu... carisma.

—¡Menudo sinvergüenza! —masculló ella entre dientes.

Noah levantó su vaso de whisky.

—Por nuestra sociedad millonaria —brindó con una sonrisa adorable y descarada.

Zoe soltó un resoplido y alzó su copa, forzando una sonrisa, pero resignada.

—Trato hecho. Brindo por sobrevivir a esta pesadilla. Pero tú también tienes que cumplir. Nada de quejarse o poner excusas.

—Tienes mi palabra —dijo Noah, extendiendo la mano para sellar el acuerdo.

Zoe estrechó su mano, sintiendo que estaba jugando con fuego, pero asimismo sabía que no tenía otra opción.

—Bien —dijo ella, soltando un suspiro—. Te entregaré toda la información en los próximos dos días para que la estudies a fondo... yo tampoco quiero errores.

—No te preocupes, Alexander Parker estará listo para el espectáculo. —Noah tomó otro sorbo de su whisky, observándola con esa sonrisa que, aunque adorable, no dejaba de tener un matiz de peligro.

Cuando llegó el momento de pedir la comida, Noah, evidenciando ser cuidadoso con su figura, optó por una ensalada de quinoa con salmón a la parrilla, el plato más caro del menú, y lo acompañó con agua mineral con rodajas de limón. Zoe, por otro lado, se dejó llevar por sus antojos y eligió una hamburguesa con papas fritas y soda.

Un comentario mordaz salió de los labios de Noah.

—¿Una hamburguesa? —comentó, arqueando una ceja—. Con todo el trabajo que tienes por delante, creí que querías mantenerte ligera.

Zoe le lanzó una mirada desafiante mientras mordía su papita frita con lentitud, intencionalmente.

—A veces una chica necesita algo más que lechuga para sobrevivir.

Noah rio, sacudiendo la cabeza mientras se servía otra porción de su ensalada.

—Veo que eres de las que viven al límite.

Zoe esbozó una sonrisa despreocupada. Una vez que terminó su hamburguesa y vio que Noah también había terminado de almorzar, sacó su cartera, pero no sin antes advertirle que cada cual pagaría lo suyo.

Noah, recostándose en el respaldo de su silla, la observó con una sonrisa igualmente relajada.

—Oh, no, no —dijo—. Este es tu espectáculo, y yo solo soy un actor. Tú pagas.

Zoe lo miró incrédula.

—¿Es en serio? ¿Después de hacerme esperar?

—Piensa en ello como una inversión en tu plan maestro —dijo él con un guiño—. Y además, vine en Uber. No quise traer mi coche por si las cosas no iban bien. Así que... ¿puedes cubrir también mi Uber de regreso?

Zoe apretó los dientes, sabiendo que estaba siendo manipulada, pero decidió seguir el juego.

—Claro, Noah. Solo recuerda lo que hablamos. Si me fallas, no te pagaré ni un centavo.

Noah se levantó y le dedicó una sonrisa tan encantadora como frustrante.

—Lo que tú digas, jefa. Quedo a la espera de tu llamada —dicho eso, se dio media vuelta y caminó en dirección a la salida.

Mientras Zoe pagaba la cuenta y lo veía salir del restaurante, no pudo evitar sonreír a pesar de su descaro. Sabía que había entrado en un juego peligroso, pero también sabía que Noah, con todas sus mañas, era justo lo que necesitaba para su plan. Se ajustó la bufanda y salió del restaurante, optimista por lo que vendría.

Le entusiasmaba, sabía que las cosas iban a salir mejor de lo que esperaba.



De regreso en su apartamento, Zoe se desplomó en el sofá. Realmente estaba agotada, pero asimismo se sentía emocionada. No pasó mucho tiempo de que Madison llegara y la encontrara con una expresión de completa satisfacción en el rostro.

—¿Y? ¿Cómo te fue? —preguntó Madison, curiosa, sentándose a su lado.

—Noah es... bueno, es perfecto para el papel, pero también es un idiota encantador —le respondió, sonriendo mientras recordaba la conversación que tuvieron.

Madison rio, dándole a su amiga un codazo en el brazo.

—¿Encantador, eh? Eso suena peligroso.

—Lo es —admitió Zoe, suspirando—. Pero al menos lo tengo bajo control... por ahora.

—Me encanta —dijo Madison, casi saltando de emoción—. Esto va a ser glorioso, Zoe. ¿Estás segura de que no te vas a enamorar de él?

Zoe rio, sacudiendo la cabeza.

—No hay peligro de eso. Confía en mí. Esto es solo un negocio.

Pero en el fondo, ambas sabían que las cosas rara vez iban según lo planeado.



Zoe, impaciente, caminaba de un lado a otro en la sala de su apartamento. Los tacones resonaban contra el piso de madera, marcando un ritmo constante que contrastaba con el caos de sus pensamientos. A su lado, Madison, observaba la desesperación de Zoe con diversión y curiosidad por al fin conocer al supuesto novio falso, apoyada cómodamente en el sofá de terciopelo gris.

Pese a que Zoe ya conoció a Noah días atrás y la impresión había sido buena, no dejaba de sentirse tensa puesto que había llegado el momento de afinar los últimos detalles para el solemne viaje a Aspen y necesitaba que Noah estuviera perfectamente preparado para representar el papel de su novio falso ante su exigente familia.

Madison, siempre la voz de la razón, intentó calmarla:

—Zoe, relájate. Ya ustedes se conocen y él parece lo bastante capaz.

Pero Zoe no podía relajarse. Cada segundo que pasaba parecía una eternidad, y aunque había sido ella quien tomó la iniciativa de citar a Noah en su apartamento para un ensayo final, ahora la idea le pareció imprudente. Miró su reflejo en el gran espejo del recibidor, acomodándose el cabello una vez más. Quería que todo saliera a la perfección, que Noah entendiera la gravedad de la situación y que ambos pudieran actuar con naturalidad ante su familia.

El timbre del apartamento sonó, rompiendo el incómodo silencio. Zoe, con su corazón latiendo con fuerza, miró hacia la puerta. Cruzó una mirada rápida con Madison, quien le dedicó una sonrisa alentadora, y fue a abrir. Era el momento de enfrentar lo que había iniciado.

—Hola, Noah, bienvenido —dijo, tratando de sonar casual mientras lo invitaba a pasar.

Noah entró con esa actitud relajada y segura que la sacaba de quicio, echando un vistazo rápido a su alrededor como si estuviera evaluando el lugar. Madison, sin moverse del sofá, le dedicó una amplia sonrisa.

—Un placer conocerte, Noah —dijo ella, con un tono tan natural que casi parecía que lo conocía de toda la vida.

—Mi amiga Madison y mi *roommate* —se adelantó Zoe, señalando a Madison mientras cerraba la puerta—. Ponte cómodo, por favor. ¿Deseas algo de beber?

Noah, con una sonrisa que era mitad encantadora y mitad desafiante, se acomodó frente a Madison.

—El placer es mío, Madison. Tienen un bonito apartamento. Un whisky doble, por favor, cariño —dijo, lanzando a Zoe una mirada presumida y sagaz.

Zoe tuvo que contenerse para no rodar los ojos. En silencio, se dirigió a la cocina, preparó el whisky doble, tomó dos cervezas del refrigerador y regresó a la sala, tratando de mantener la compostura.

—Tu whisky —dijo, entregándoselo a Noah, quien le guiñó un ojo como si estuviera disfrutando a plenitud de todo. Zoe colocó las cervezas sobre la mesa, suspiró y continuó—: Esto será rápido, te pido que prestes total atención. Toma... —dijo, extendiéndole un sobre largo—, aquí tienes toda la información para que la revises y la estudies al detalle. En cuatro días viajamos a Aspen.

Noah tomó el sobre, levantando una ceja.

—Nunca me hablaste de ir a Aspen. ¿Cuánto tiempo se supone que estaremos allí?

—Diez, doce días. Es la tradición de los Sinclair. Mi adorable familia va todos los años y pasamos Navidad y Año Nuevo en la casa de vacaciones —respondió, intentando sonar calmada.

Noah respiró profundamente, abriendo el sobre y mirando el contenido como si estuviera a punto de leer un manual de instrucciones.

—Eso te costará más, cariño.

—¿Cómo qué me costará más? Eso no fue lo que acordamos —replicó Zoe, cruzando los brazos.

Noah movió la cabeza de un lado a otro, haciendo un gesto de “no te hagas la tonta”.

—No, no, no, cariño. Quien jamás me habló de ir a Aspen fuiste tú. Son mis condiciones... Si te gustan bien, de otra manera busca otro novio falso.

Madison, que miraba la escena disfrutando cada segundo, se llevó la cerveza a los labios y dio un largo sorbo.

—Está bien —dijo Zoe finalmente, sabiendo que no tenía otra opción—. Será como dices, pero como ya te lo advertí en el restaurante, no quiero errores.

—Claro, Zoecita, ningún error —respondió Noah con una sonrisa juguetona. Zoe no pudo evitar fruncir el ceño ante el uso del diminutivo, pero antes de que pudiera protestar, él continuó —: Pero necesito que sepas algo muy importante.

—¿Qué? —preguntó Zoe, preparándose para lo peor.

—No he comido por llegar a tiempo a tu apartamento, así que mejor pídete algo porque me muero de hambre —le dijo con total desparpajo.

Madison no pudo contenerse y echó a reír.

Zoe lo miró boquiabierta, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—¿Me estás diciendo que no has comido para llegar aquí y ahora pretendes que te pida algo de comer? —replicó, exasperada.

—Exactamente, Zoecita. Si no te importa... —Noah se recostó en el sofá, como si estuviera en su propia casa—. Después de todo, si me quedo sin energía, ¿cómo podré hacer un buen trabajo?

Zoe lo aniquiló con la mirada.

—¿También habrás dejado tu auto en casa y de seguro pretenderás que te pague el taxi de regreso?

—No, cariño —le respondió cruzando los brazos por detrás de su cabeza—. Hoy vine en el mío... No te mortifiques.

Madison soltó una risita, claramente entretenida entre la dinámica entre los dos. Zoe, por otro lado, apretó los dientes y asintió.

—Está bien, pediré algo de comer, pero más te vale que esto sea lo único fuera del guión que pretendas hacer en Aspen —advirtió mientras sacaba su móvil para hacer el pedido.

—No prometo nada, Zoecita, pero haré lo mejor que pueda —le contestó con una sonrisa que casi logró arrancarle una carcajada a Madison.

Una vez que el pedido estuvo en camino, Zoe decidió concentrarse en lo importante.

—Muy bien, sigamos. Hay algo más que quiero dejar bien claro —dijo, tomando aire—. Cuando estemos en Aspen, quiero que vistas formal. Nada de ropa casual ni de relajarse en la vestimenta. Mi familia espera a un distinguido hombre, y quiero que lo parezcas.

Noah se limitó a asentir, aunque sus ojos verdes brillaban con una mezcla de diversión y provocación.

—Por supuesto, cariño. Aunque espero que entiendas que yo también tengo algunas condiciones.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? —preguntó Zoe, sin inmutarse.

—Nada de abrazos comprometedores, solo tomarse de la mano, y está terminantemente prohibido besarse —respondió, imitando su tono autoritario, lo que hizo que Madison casi se atragantara con la cerveza.

Zoe lo miró incrédula, sorprendida por el giro inesperado en sus propias reglas.

—Eso es exactamente lo que yo iba a decir —protestó, cruzando los brazos de nuevo—. Y si alguna vez crees que romper una de esas reglas es una buena idea, te lo advierto, ¡no lo hagas!

—Entendido, Zoecita. Pero si no me das un beso de buenas noches antes de ir a la cama, podrías herir mis sentimientos —bromeó, exagerando un puchero.

—Eres imposible —respondió Zoe, conteniendo una risa mientras le lanzaba un cojín.

Noah lo atrapó en el aire con facilidad, soltando una carcajada que, por un momento, desarmó a Zoe. Madison, que había estado disfrutando del espectáculo, intervino con una sonrisa casual:

—Creo que deberíamos repasar los gustos de Zoe para que Noah se los aprenda de memoria.

Zoe asintió, volviendo nuevamente al tema.

—Correcto. Soy aventurera, me gustan las actividades al aire libre, pero odio hacer ejercicio. También disfruto de una buena cena en un restaurante elegante. Me gustan las cosas simples, pero de calidad. Y tú, Noah, eres un hombre dedicado a tu trabajo, un excelente ingeniero civil que gana un sueldo ridículamente alto porque, bueno, trabajas para el Estado... Nada que ver con la realidad —añadió, lanzándole una mirada de advertencia.

Noah sonrió, más relajado esta vez.

—No te preocupes, soy un actor nato cuando me lo propongo. Aunque debo confesarte algo. Estudié para ser guía turístico, pero no duré mucho tiempo. Trabajando de galán me va mejor.

Zoe sacudió la cabeza, medio divertida, medio exasperada.

—Bueno, entonces vamos a asegurarnos de que tu mejor papel hasta la fecha sea el de mi novio formal. Ahora, repasemos de nuevo...



Zoe estaba sentada en una de las incómodas sillas de plástico del aeropuerto, tamborileando los dedos contra su maleta de mano. Había decidido volar a Aspen un día después que su familia, en parte para evitar las inevitables preguntas incómodas sobre su vida amorosa, y en parte porque aún tenía que asegurarse de que su plan maestro no se desmoronara. Sin embargo, llevaba veinte minutos esperando a Noah, y la duda empezaba a inquietar su mente.

« ¿Y si no viene? ¿Y si decidió que esto es una locura? ¿Qué voy a decirles a mis padres? », Zoe se mordió el labio, mirando con nerviosismo hacia la entrada de la terminal. « ¿Se habrá dado cuenta de que esto es más complicado que cualquier escena de comedia romántica? ».

Justo cuando comenzaba a considerar la posibilidad de subirse a un avión sola y enfrentarse a su familia sin un novio falso, vio a Noah aparecer por el pasillo.

Con paso rápido y mirada decidida, Noah Thorne, el hombre que se suponía iba a salvarla de las tediosas e interminables críticas navideñas, caminaba hacia ella.

Noah vestía un conjunto moderno y semi formal que hizo que más de una cabeza se girara a verlo. Llevaba un elegante abrigo de lana cashmere marrón, que le llegaba hasta la rodilla, combinado con un suéter de cuello alto en tono oscuro, hecho de lana merina. Bufanda en tonos gris y blanco y guantes de cuero negro. Sus pantalones, ajustados y de un profundo azul marino, resaltaban su figura atlética, mientras que sus botines Chelsea de cuero negro, impecablemente lustrados, completaban el look.

Vestido de esa manera, Noah no solo se aseguraba de protegerse del frío invernal de Aspen, sino que también sabía que captaría la atención y dejaría boquiabiertos a todos los miembros de la familia Sinclair, tal como ella lo había planeado.

Cuando llegó a donde estaba Zoe, respiró hondo, como si acabara de correr una maratón.

—¿Llegué a tiempo? —preguntó, con una sonrisa de chico malo que hizo que a Zoe, fastidiada, se le revolviera todo; pero asimismo sintió alivio.

—Si hubiera pasado un minuto más, habría mandado a la policía a buscarte —replicó ella, tratando de mantener su tono sarcástico. Pero no pudo evitar devolverle la sonrisa. A pesar de las dudas que martillaron su mente, sabía que la parte divertida del plan estaba por comenzar.



Durante el vuelo a Aspen, Zoe se acomodó en su asiento, lista para repasar con Noah los detalles del plan que habían trazado. Pero antes de que pudiera sacar el folleto, notó algo peculiar. Noah, el tipo que siempre parecía tener el control, estaba agarrado del reposabrazos con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—¿Estás bien? —preguntó Zoe, tratando de no reírse.

—Perfectamente —contestó Noah, con la mandíbula tensa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, no sé —dijo Zoe, alzando una ceja—. Quizá porque estás aplastando ese reposabrazos como si te fuera a salvar la vida. Grandote y miedoso, ¿eh?

Noah la miró de reojo, tratando de mantener su compostura.

—No tengo miedo —respondió, aunque su voz temblaba ligeramente—. Solo... no me gustan los aviones.

Zoe echó a reír.

—¡Lo que me faltaba! ¡El supuesto novio perfecto tiene miedo a volar! Esto va a ser interesante.

Noah hizo una mueca, pero no dijo nada más. Zoe sacó el folleto que había preparado y comenzó a repasarlo con él.

—De acuerdo, señor valiente, aquí están los puntos clave que necesitas recordar para nuestra gran actuación. Número uno: Eres un exitoso ingeniero con planes de abrir tu propia consultoría. Mis padres aman a los millonarios en potencia. Número dos: Nos conocimos en una conferencia sobre inversiones sostenibles en San Francisco. Número tres: Tienes que ser un caballero, pero no demasiado encantador, porque mi madre sospecharía.

Noah asintió, aunque no parecía del todo convencido.

—¿Y qué pasa si tu madre me interroga sobre mi falso trabajo?

—Improvisa —respondió Zoe—. Pero nada demasiado extravagante. Mi padre tiene olfato para los charlatanes.

Noah respiró profundamente, mirando de reojo por la ventanilla mientras mantenía su cabeza tensa, apoyada contra el respaldo del asiento. Poco a poco, empezó a relajarse, y para el momento en que llegaron a la mitad del vuelo, parecía haber olvidado su miedo. Tanto que, cuando la aeromoza pasó por su fila, Noah le lanzó una sonrisa deslumbrante.

—Perdona, ¿puedo pedir una copa de vino? Y tal vez... tu número de teléfono.

Zoe le dio un codazo en las costillas.

—¿Es en serio? Estamos en una misión, Noah. Compórtate. Recuerda que estás a punto de conocer a mis padres, no es momento para coqueterías.

Noah le guiñó un ojo.

—Solo practicaba para cuando tenga que ser encantador con tu abuela.

Zoe respiró con fuerza, ladeando la cabeza.

—Si coqueteas con mi abuela, te aseguro que saldrás de esta más rápido de lo que puedas decir ‘novio falso’. Así que, por favor, concéntrate.

Finalmente, el avión comenzó su descenso hacia Aspen. Mientras Zoe miraba por la ventana, vio el paisaje cubierto de nieve y sintió una agradable sensación, pero asimismo una mezcla de emociones: nostalgia por los inviernos pasados en la casa familiar en la compañía de Timothy, su algo encantador novio del pasado, y nervios por lo que estaba a punto de suceder.

Noah, por otro lado, parecía estar más fascinado por la vista que asustado.

—Bienvenido a Aspen —dijo Zoe, una vez que aterrizó el avión y recogían sus cosas del compartimento—. Ahora prepárate para el show.

En el aeropuerto, Zoe recogió un lujoso Range Rover SUV negro y brillante, rentado con anterioridad, que ostentaba tanto poder como elegancia.

Noah silbó al verlo.

—Bueno, bueno, no sabía que estábamos viajando con tanto estilo.

—¿Esperabas un cochecito compacto? —bromeó Zoe—. Mi familia no hace nada a medias. Así que ya sabes, compórtate.

El viaje hacia la casa de vacaciones de los Sinclair fue breve, pero lleno de paisajes invernales de ensueño. Cuando finalmente llegaron a la casa, Noah se quedó boquiabierto. La residencia era una majestuosa casa de madera, situada al pie de las Rocky Mountains, con enormes ventanales que ofrecían vistas espectaculares de los pinos nevados. Las luces cálidas del interior brillaban a través de la nieve que caía suavemente, creando una escena sacada de una postal navideña.

Noah se detuvo frente a la casa, sujetando de la asa de su maleta de mano, completamente alucinado.

—Guau... ¿Esto es real?

Zoe le lanzó una sonrisa sarcástica.

—¡Bienvenido al mundo Sinclair! Te lo dije, ¿no? Ahora solo tienes que convencer a todos de que eres digno de formar parte de él.

Mientras Noah seguía embobado mirando la casa, Zoe notó el destello de ambición en sus ojos. Era evidente que ya estaba tramando cómo sacar provecho de la situación. Y Zoe no pudo evitar reír por dentro, anticipando lo divertido que estaba por venir.

—Vamos, grandote y miedoso —dijo, disfrutando de su reacción—. Es hora del espectáculo.

Mientras avanzaban por los caminos cubiertos de nieve, cercado por pinos engalanados con un sinfín de luces navideñas y costosos adornos festivos, Noah no dejaba de mirar la lujosa residencia con asombro y astucia. El brillo en sus ojos y esa pequeña sonrisa de triunfo, revelaban claramente que estaba a punto de adentrarse en un juego mucho más grande de lo que había imaginado.



El frío aire montañoso y gélido de Aspen no lograba enfriar la tensión que se percibía en el ambiente. Zoe, con el corazón latiéndole a mil por hora, se detuvo frente a la imponente casa de vacaciones de su familia. Cuando pulsó el timbre, Hazel apareció casi de inmediato, como si hubiese estado esperando detrás de la puerta. Su sonrisa era amplia, demasiado amplia para ser auténtica, y su impecable traje de lana gris revelaba el esmero que había puesto en ese encuentro. Apenas sus ojos azules se posaron en Noah, su expresión cambió. La sorpresa y la admiración brillaron fugazmente en su mirada. Noah, con su porte elegante y ese aire despreocupado que tanto irritaba a Zoe, parecía encajar en el marco perfecto de la sofisticada vida de los Sinclair. Zoe casi pudo escuchar los engranajes en la mente de su madre girando, tratando de descifrar quién era ese hombre que su hija había traído a casa.

—Hola, mamá. Un tanto tarde, pero aquí estamos. Te presento a Alexander —dijo Zoe, forzando una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Por dentro, rezaba para que Noah siguiera el guión que habían repasado.

Noah, mostrándose educado, se adelantó con una sonrisa encantadora y extendió la mano.

—Encantado de conocerla, señora Sinclair —saludó. La calidez y seguridad de su voz resonó en el aire frío.

Zoe sintió un leve temblor en sus rodillas; no podía evitar pensar que en cualquier momento, él podría delatarse con una de sus habituales bromas imprudentes.

Hazel estrechó la mano de Noah, aún tratando de recomponerse de la sorpresa. “Demasiado perfecto”, debió pensar, porque su mirada se volvió un poco más inquisitiva.

Al entrar a la casa, Noah no pudo evitar que su mirada se paseara por cada rincón. La opulencia de los Sinclair era evidente en cada detalle: los altos techos adornados con guirnaldas brillantes y

luces, el majestuoso árbol de Navidad que parecía sacado de una portada de revista, la fastuosa chimenea irradiando calor y elegancia.

—¡Vaya! Esto sí que es vivir como se debe... además de una maravillosa bienvenida navideña —comentó, sin poder contener su asombro. Zoe, que iba a su lado, se tensó de inmediato. No se suponía que dijera algo tan... espontáneo. Hazel, que caminaba junto a ellos, entrecerró los ojos, revelando que su desconfianza aumentaba con cada segundo.

Al llegar al enorme salón principal, Zoe sentía que el aire se volvía aún más denso. La familia Sinclair estaba reunida, rodeada por la exquisita decoración navideña que llenaba cada rincón. Todos voltearon a ver cuando Zoe y Noah, tomados de la mano, hicieron su entrada triunfal. Weston, su padre, estaba de pie junto a la chimenea con una postura educada pero distante. Su mirada firme se posó en Noah, evaluándolo en silencio mientras Savannah lo analizaba de pies a cabeza, buscando algún defecto que pudiera usar en su contra. Benjamín, el cuñado, no era tan expresivo, pero Zoe notó que también lo observaba con interés; sin duda inquieto, puesto que Noah no pasaba desapercibido.

—Familia, él es Alexander —anunció finalmente Zoe, disfrutando, en parte, de la sorpresa en los rostros de su hermana y de su arrogante cuñado. Noah sonrió, consciente de todas las miradas puestas sobre él, pero lejos de intimidarse, parecía estar disfrutando del espectáculo.

Zoe pudo notar el ligero asentimiento de su padre, la fría evaluación de Savannah y la inevitable curiosidad de Benjamín. Pero la que más le preocupaba era Hazel. Su madre era perspicaz, y aunque su rostro permanecía imperturbable, Zoe sabía que en su mente ya estaba sacando conclusiones. Y ninguna de ellas, pensó, iba a ser favorable para Noah. Sonrió con los labios cerrados, la introducción de Noah, o “Alexander”, a su familia había salido sin contratiempos, pero lo que venía ahora sí que era el verdadero desafío. Weston se acercó con esa sonrisa que irradiaba amabilidad y autoridad, una combinación que Zoe conocía muy bien.

—Vamos, hija, Alexander —dijo Weston, mirando a Noah con un brillo de curiosidad en los ojos—, ¿qué se les antoja beber?

Noah no tardó ni un segundo en responder, como si estuviera en su propio terreno.

—Un whisky doble, gracias.

Zoe sintió un pequeño temblor en su interior.

«Que no la cagues, por favor», pensó mientras forzaba una sonrisa tranquila.

—Para mí un martini está bien, gracias, papá —añadió ella, tratando de mantener el control de la situación. Luego, poniéndose en modo de novia perfecta, se volvió hacia Noah—. ¿Me das tu

abrigo, cariño? —dijo, mostrando una sonrisa tan dulce que casi empalagaba—. Quiero que te sientas como en tu casa.

Noah le dedicó una mirada de falsa ternura, el tipo de mirada que parecía sacada de una telenovela de las malas.

—Tú tan oportuna, bomboncito. Claro —respondió mientras se quitaba el abrigo y se lo entregaba, asegurándose de hacer un comentario que solo Zoe podría entender—. Pero ten cuidado de no estropearlo, eh.

Zoe apretó los dientes, sonriendo de manera tensa mientras su mente lanzaba dagas en su dirección. Sin embargo, el espectáculo apenas había comenzado. Noah giró su atención de nuevo hacia Weston, quien acababa de servirle un vaso de whisky.

—Muy buena calidad del whisky —comentó Noah con naturalidad, meciendo el líquido dorado en su vaso antes de darle un sorbo. Zoe, por su parte, sintió que un sudor frío le recorría la espalda. ¿Noah entendía lo que estaba jugando aquí?

Weston pareció un tanto impresionado.

—Es importado de Escocia —respondió, evaluando a Noah con más interés—. Macallan, uno de los mejores.

Benjamín, que había estado pendiente de la conversación, intervino:

—Es un Macallan. ¿No lo conocías? Es muy conocido por su calidad... y su exclusividad, claro.

Noah asintió, sin perder ni un ápice de su desparpajo.

—Claro que lo conozco. Un escocés de malta extremadamente costoso... y exclusivo, ciertamente—. Zoe contuvo el aliento cuando Noah, sin rodeos, miró a Benjamín y soltó con total naturalidad—: ¿Y tú quién eres?

—Oh, él es Benjamín, mi yerno —intervino Weston, sonriendo con orgullo mientras le daba una palmada a Noah en el hombro—. Este muchacho sí que sabe apreciar un buen whisky.

Noah respondió con una sonrisa igual de amplia, ganándose de inmediato la aprobación de Weston.

—Tengo la suerte de viajar por el mundo, Weston —dijo Noah, adaptándose rápidamente al tono familiar que el padre de Zoe acababa de establecer.

Zoe casi se atraganta con su propio aire al escucharle a Noah decirle “Weston” a su padre como si fueran viejos amigos o se conocieran de toda la vida. «Este tipo tiene más agallas de lo que me imaginaba», pensó, mientras forzaba una sonrisa y le pasaba un brazo alrededor de la cintura a Noah.

—Ya escuchaste a mi padre, cariño —dijo Zoe, con un tono que trataba de sonar dulce pero que ocultaba un claro mensaje de advertencia—. Me disculpan, pero le robaré un momento a mi novio. Quiero mostrarle más de la casa.

Noah la siguió, aunque no sin antes lanzar una mirada significativa a Weston y Benjamín, como si acabara de acabar una pequeña batalla.

—No hables más de la cuenta —susurró Zoe en voz baja mientras lo alejaba por el pasillo.

—Esto es pan comido —desafió Noah, murmurándole al oído.

—Toma las cosas en serio y no me discutas —le dijo cortante, pero en su interior se revolvía un torbellino de miedo y desconcierto. Este tipo estaba jugando con fuego, y ella sería la que se quemaría si algo salía mal.

Antes de que pudieran llegar a la “zona segura”, Hazel les cortó el paso con su expresión de siempre: amable en la superficie, pero con una mirada afilada como un cuchillo.

—Acompañenme a la mesa, muchachos, la cena será servida en un momento.

El comedor era un espectáculo en sí mismo: una mesa larga, elegantemente decorada con candelabros de plata, y centros de mesa desbordantes en lujo y color. Zoe apenas podía escuchar el murmullo de las conversaciones; ella estaba demasiado ocupada controlando cada palabra que Noah decía.

—Entonces, Alexander —comenzó Weston, tras quedar impresionado con la conversación sobre el whisky—, ¿viajas mucho? ¿Cuáles han sido tus destinos favoritos?

Noah tomó un sorbo de whisky, saboreándolo como un experto, antes de responder con total calma.

—He tenido la suerte de visitar varios lugares maravillosos. Me encanta la región de Toscana, en Italia, por ejemplo. Pero si tuviera que elegir, diría que Tokio tiene un encanto inigualable. — Zoe sintió un alivio momentáneo. Al menos sabía cómo sonar convincente.

Weston asintió, claramente impresionado. Noah, por su parte, continuó dándose sus aires de grandeza, como si hablar de ello fuera lo más natural del mundo para él.

—¿Y dónde conociste a mi hermana? —intervino Savannah, con ese tono altivo y lleno de sospecha que Zoe conocía demasiado bien.

—Nos conocimos en una conferencia sobre inversiones sostenibles en San Francisco — respondió Noah con total naturalidad, siguiendo el guión tal y como Zoe le había enseñado. Zoe lanzó una rápida mirada de aprobación a Noah, sorprendida de que recordaba todos los detalles.

—¡Qué interesante! —comentó Hazel, quien parecía estar tomando notas mentales de cada palabra que Noah decía—. ¿Y te gustan los deportes? Aquí todos somos aficionados al esquí.

Zoe tragó saliva. Ese era uno de los puntos débiles de Noah. Ella sabía que él nunca había esquiado en su vida.

—Oh, claro, la nieve y yo somos como uña y carne —dijo Noah con una sonrisa tan despreocupada que casi convencía. Zoe, sin embargo, no tenía dudas: estaba mintiendo descaradamente, pero lo hacía sonar como si fuera una verdad universal.

Hazel intercambió una mirada con Savannah, y luego ambas se volvieron hacia Noah.

—Es tradición familiar desayunar temprano, todos juntos —comentó Hazel, en ese tono que sonaba más a advertencia que a invitación.

Noah, con su sonrisa de autosuficiencia, hizo una pequeña venia con la cabeza.

—No puedo esperar para mañana —respondió, y Zoe casi pudo oír la risa interna que él contenía. Este tipo realmente disfrutaba caminando por la cuerda floja.

Finalmente, al final de la cena, Hazel dejó caer la bomba con la misma sutileza con la que dejaba caer un pañuelo.

—Por cierto, Alexander, hemos preparado el cuarto de huéspedes para ambos. Estoy segura de que estarán cómodos.

Zoe sintió que la sangre se le helaba en las venas. ¿Qué diablos iba a decir? ¿Cómo iba a mantener la fachada de novia perfecta con esa sorpresa?

—¡Qué consideración, señora Sinclair! —dijo Noah, aprovechando la situación—. Será un placer.

Zoe asintió, fingiendo una sonrisa que más parecía una mueca, mientras su mente trabajaba a toda velocidad para mantener la calma.

Cuando todos finalmente se retiraron a sus habitaciones, Zoe se volvió hacia Noah en cuanto cruzaron la puerta de la habitación.

—Escucha, no va a pasar nada entre nosotros —le advirtió, mirándolo fijamente y entrecerrando los ojos, como si con ello le pusiera las cosas claras.

Noah la miró con esa sonrisa que tanto la exasperaba, y respondió con desfachatez:

—Tranquila, ni siquiera me atraes. No eres mi tipo.

Zoe sintió una punzada de irritación. ¿No era su tipo? ¿Ella no era su tipo? Pero no iba a dejar que eso la afectara.

Mientras Zoe se dirigía al baño para cambiarse, pensó en cómo sacarlo de la habitación de la manera más diplomática posible. Sin embargo, cuando salió, lo encontró ya acostado en la cama, con sus pijamas puesto, y una expresión de comodidad absoluta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exclamó Zoe, con sus ojos brillando por la indignación.

—Durmiendo, obviamente —le respondió él, estirándose como un gato.

—No, no, no, tú vas a dormir en el sofá —espetó ella, cruzando los brazos.

—Ni loco —dijo Noah, negando con la cabeza—. Esta cama es lo suficientemente grande para los dos.

—Te digo que te muevas al sofá ahora mismo —insistió Zoe, pero Noah no mostró ninguna intención de moverse.

—No. Recuerda que estás bajo mis condiciones. Duermo en la cama o mañana agarro mis cosas y me voy, bomboncito.

Zoe lo miró exasperada, pero finalmente decidió tomar cartas en el asunto. Agarró al grandulón por el brazo y, de un fuerte tirón, lo arrastró fuera de la cama. Noah soltó una exclamación de sorpresa al encontrarse en el suelo, mientras Zoe, de pie junto a él, lo miraba triunfante.

—¡Al sofá! —ordenó, sin dejarse amedrentar, señalando el mueble que parecía mucho menos cómodo.

Noah no tuvo más opción que aceptar la derrota mientras se arrastraba al sofá con un gruñido de protesta.

—Esto es una tortura —murmuró mientras se acomodaba, o al menos lo intentaba.

—Levántate antes de las siete de la mañana para el desayuno familiar —le advirtió Zoe—, y te quiero de traje. No me importa si no dormiste bien.

—Estás loca —protestó Noah, pero Zoe solo sonrió, disfrutando a plenitud del poder que acababa de recuperar.

Pasaron la noche entre murmullos irritados y peleas silenciosas, ninguno de los dos realmente pudo dormir. Pero Zoe sabía que tenía que mantenerse firme. Al menos por esa noche, la cama era solo suya.

Finalmente, el sonido del despertador marcó el fin de su pequeña batalla nocturna, y Zoe, con una sonrisa de victoria, fue la primera en levantarse.

—Buenos días, “cariño” —burló con una sonrisa torcida de satisfacción mientras Noah, con los ojos entrecerrados por el cansancio, se quejaba en voz baja—. Date prisa y sal de ese sofá. Yo me adelanto, pero te quiero en veinte minutos en el comedor. —Antes de dar media vuelta y salir de la habitación, Zoe agarró el cobertor que lo cubría hasta la cabeza y, sin pena alguna, lo lanzó al suelo.

La batalla apenas comenzaba, y Zoe estaba decidida a ganar la guerra.



Zoe trataba de ignorar el incesante tic-tac del reloj que colgaba en la pared del comedor. Eran las 8:45, y Noah seguía sin aparecer. No era un retraso escandaloso, pero para su familia, especialmente para su madre, cualquier desviación de la rutina era motivo de escándalo.

Mientras mordisqueaba una tostada con aguacate, y claro, aparte de exprimir una buena cantidad de queso cheddar que con anticipación pidió le traiga la sirvienta, sus ojos no podían dejar de mirar hacia la puerta, esperando a que Noah se materializara.

—¿Y tu novio, querida? —preguntó Hazel, con ese tono suave que usaba para disparar flechas envenenadas.

—Seguro que ya baja, mamá —respondió Zoe, tratando de sonar despreocupada mientras removía su taza de café con más fuerza de la necesaria. «Quizás esté poniéndose algo elegante», se dijo mentalmente, recordando haberle dado una cátedra de protocolo la noche anterior.

Justo cuando Hazel abría la boca para lanzar otra estocada verbal, unos pasos se escucharon en la escalera. Zoe respiró aliviada, pero la sensación de calma duró poco cuando vio a Noah aparecer con una desfachatez irritante, vistiendo... ¿calentadores?

Todos quedaron en silencio mientras Noah, con el cabello todavía húmedo y sin haberse tomado la molestia de peinarlo adecuadamente, entró al comedor como si fuera el dueño del lugar.

—¡Buenos días a todos! ¿Cómo están? —saludó con una sonrisa descarada, como si acabara de ganar la lotería—. Perdón por el retraso, estaba reflexionando sobre la inmortalidad del cangrejo bajo la ducha.

Zoe casi se atraganta con su café. La incomodidad se extendió por el comedor como una ola gigante.

—Oh, cariño, qué gracioso eres —dijo con una sonrisa tensa, mientras le clavaba las uñas en el antebrazo por debajo de la mesa—. Él tiene estas ocurrencias, ¿no es adorable?

Hazel arqueó las cejas con una expresión que podría derretir hielo.

—Llegas tarde, Alexander, y en... ¿esa vestimenta? —Hazel lo examinó de arriba abajo como si fuera una criatura exótica—. No es apropiado para un desayuno en familia.

—Bueno, suegrita... —respondió Noah sin inmutarse, sirviéndose café como si estuviera en una cafetería de barrio—, pensé que el desayuno en familia sería una ocasión relajada, ¿no? Nada de formalidades, solo ser nosotros mismos.

Zoe sintió que el suelo se abría bajo sus pies. ¿Es que Noah estaba decidido a hacer que su madre lo detestara desde el principio?

—Alexander, cariño, es que... ya sabes, aquí solemos desayunar temprano —murmuró entre dientes, sin poder evitar sonar desesperada—. Y bueno, ya te lo había mencionado... Es solo que Alexander es muy auténtico —dijo a todos, levantando la mirada.

—¡No pasa nada, Zoe! —intervino su padre con una sonrisa tranquilizadora que hablaba por sí sola—. A mí me parece bien un poco de informalidad de vez en cuando.

Hazel le lanzó una mirada que podría cortar acero, pero antes de que Weston pudiera decir algo más, cambió de táctica:

—Alexander, cuéntame sobre tus planes futuros. ¿Tienes algún proyecto en mente? —preguntó con un tono que dejaba claro que la respuesta correcta era cualquier cosa que sonara responsable y ambiciosa.

Mientras tanto, Noah, con su característica sonrisa descomplicada de galán de telenovelas, tomó un sorbo de café y respondió:

—Ah, planes... Claro que sí, tengo varios proyectos en mente. Pero, ya sabes, no me gusta apresurarme. Creo que la vida hay que disfrutarla, ¿no? Además, trabajar para el Estado me da mucha flexibilidad. Hay que disfrutar el presente.

Hazel frunció el ceño, claramente insatisfecha con la respuesta.

—Disfrutar el presente es una manera elegante de decir que no estás haciendo nada —respondió con frialdad.

—Oh, no, no, no —respondió Noah, agitando la mano como si estuviera espantando moscas—. Tengo mis prioridades bajo control, Hazel. No me malinterprete.

Zoe intentaba desesperadamente intervenir antes de que la situación se saliera de control.

—Alexander es muy... auténtico, mamá. No le gustan las pretensiones. A veces, ser un poco más relajado es necesario, ¿no crees?

Savannah, quien se encontraba frente a frente con Noah y Zoe, no pudo resistir la tentación de intervenir, aprovechando para alardear de su vida perfecta.

—Mi Benjamín nunca ha sido así —dijo con una media sonrisa que apenas llegaba a sus ojos—. Siempre ha tenido las cosas muy claras: un buen trabajo, una familia estable... Sabes a qué me refiero, las cosas que realmente importan. Y, al igual que yo, no perdemos el tiempo.

Zoe apretó los dientes, lanzándole una mirada de súplica a Noah, pero él simplemente le devolvió un guiño pícaro.

—Me alegra que tengas un hombre tan centrado, hermana —dijo finalmente Zoe, forzando una sonrisa—. Pero, como bien sabes, cada uno tiene su camino. El mío es un poco más... aventurero.

Weston soltó una carcajada. Y a Noah le empezó a caer bien el hombre.

—Yo creo que Alexander tiene razón en algo. No todos necesitamos ser tan formales todo el tiempo —comentó, claramente divertido—. La vida ya tiene suficientes complicaciones, ¿no es así, querida?

Hazel, sin embargo, estaba lejos de relajarse, fingió no haber escuchado a su esposo.

—Zoe, ¿y tú? —preguntó, volviéndose hacia su hija con la mirada de un halcón—. ¿Qué piensas hacer con tu vida? Hasta ahora, todos tus proyectos han sido... bueno, fracasos. ¿Qué nueva genialidad tienes en mente?

Zoe suspiró, sabía que el ataque tarde o temprano llegaría... ¡Y bingo! No se equivocó.

—Me estoy tomando un descanso, mamá. Un tiempo para pensar. Pero... tengo algo grande en mente, un emprendimiento bomba que va a revolucionar el mercado.

—¿Oh, sí? —Hazel sonó como si estuviera conteniendo la risa—. ¿Y cuál es esa brillante idea?

—Voy a abrir un bar peluquería unisex —anunció Zoe entusiasmada, saboreando cada palabra—. Es algo único, innovador... La gente se corta el cabello y disfruta, relajada, de un cóctel al mismo tiempo. Es la próxima gran tendencia.

El silencio que siguió fue tan tenso que llenó el comedor, y parecía que todos contenían la respiración. Savannah y Benjamín intercambiaron miradas y sonrisas apenas disimuladas, disfrutando burlonamente de seguro su idea.

—Seguro que será todo un éxito —comentó Savannah con una amabilidad tan falsa como su sonrisa.

Hazel, visiblemente ofendida, permaneció en silencio por unos segundos, procesando lo que acababa de escuchar.

—¡Zoe, eso es ridículo! Después de todos tus fracasos anteriores, deberías pensar en algo más serio... ¿Un bar peluquería? —murmuró, balanceando la cabeza, incrédula.

Zoe, desesperada, se volvió hacia su padre.

—Papá... ¿Qué piensas?

Weston carraspeó, siempre diplomático.

—Bueno, hija, si eso es lo que realmente te apasiona, estoy dispuesto a ayudarte... dentro de lo razonable.

Zoe sonrió, agradecida por el tibio apoyo de su padre. Pero antes de que pudiera decir algo más, sintió el brazo de Noah rodear su cintura y la cálida presión de un beso en su mejilla.

—Yo creo que es una idea fantástica, bomboncito —dijo él, mirándola con una expresión tan estudiada que rozaba lo empalagoso—. Y estoy aquí para apoyarte en todo lo que necesites.

Zoe sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Disimuladamente, le dio un pellizco en la pierna, obligándolo a morderse el labio para no soltar un grito.

—Gracias, cariño —dijo entre dientes, apartándolo con una sonrisa tensa que intentaba parecer relajada, pero que se asemejaba más a una mueca.



Más tarde, cuando finalmente estaban a solas en uno de los pasillos de la casa, Zoe se volvió hacia Noah, furiosa:

—¿Qué demonios fue eso? Llegas tarde, vestido como si fueras a una clase de yoga, y luego me sueltas ese beso enfrente de todos.

Noah la miró con su clásica sonrisa traviesa.

—Solo estoy cumpliendo mi papel, bomboncito. Además, pensé que el look casual me daba un aire relajado.

—Relajado es una cosa... ¡desaliñado es otra completamente distinta! —replicó Zoe, con los ojos echando chispas y las manos agitadas—. ¡Y ni se te ocurra volver a llamarme bomboncito! —resopló, exacerbada—. ¡Ah, y lo del abrazo! ¿Qué fue eso? Demasiado, ¡casi me asfixias!

—¿Te incomodó? —preguntó Noah, dando un paso hacia ella—. No era mi intención. Solo quise mostrar mi apoyo... o al menos eso pensó tu madre, Zoecita.

Zoe lo miró fijamente, resistiendo la tentación de sonreír.

—Solo... compórtate, ¿de acuerdo? No quiero más sorpresas.

Noah se inclinó hacia ella y, en tono confidencial, le susurró al oído:

—Prometo no llamarte bomboncito... al menos, no en público.

Zoe soltó un suspiro exasperado, aunque no pudo evitar que una pequeña sonrisa se asomara en sus labios.

—Noah, eres imposible.

—Y tú, Zoecita, me haces disfrutar cada minuto de este juego.



Esta mañana, Zoe y Noah decidieron dar un paseo por las calles nevadas de Aspen, disfrutando del aire fresco y las vistas imponentes de las Rocky Mountains. Después de un rato, entraron en una acogedora cafetería y se acomodaron junto a la ventana, desde donde podían ver a los transeúntes caminando por las aceras cubiertas por una fina capa de nieve.

—Necesitamos hablar de la cena de esta noche —dijo Zoe, mientras revolvía la crema batida de su mocachino con una cucharilla y le daba una probada—. Como ya habrás notado, mi madre es muy exigente. No puedes solo aparecer ante los invitados como si fueras a una fiesta cualquiera. Quiero que esta noche luzcas impecable, Noah.

Noah esbozó esa media sonrisa que tanto la irritaba.

—No te preocupes, cariño. Haré que todos piensen que soy el yerno perfecto. Incluso tu madre caerá rendida a mis pies.

—No es un juego, Noah —replicó Zoe, frunciendo el ceño—. Los invitados de mis padres son tan extravagantes como ella. No quiero que arruines todo con una de tus bromas fuera de lugar.

—¿Arruinar? ¿Yo? —Noah arqueó una ceja, claramente disfrutando de la reacción de Zoe. Removió con la pajilla su jugo verde y le dio un sorbo—. Relájate, Zoecita. Si puedo engañar a un grupo de jubilados de élite, puedo manejar a tu madre. Apuesto que será divertido.

Zoe cerró los ojos por un momento, intentando calmarse antes de continuar.

—Hazel y “divertido” no van en la misma oración. Solo te advierto, cualquier cosa rara que digas o hagas, y me aseguraré que te sirvan el pastel de tres leches más empalagoso que jamás hayas probado. No querrás enfrentarte a un exceso de azúcar, ¿cierto? Así que, esta noche, compórtate como el novio perfecto. O juro que no te salvaré ni tu madre.

Noah echó a reír, inclinándose hacia Zoe.

—Trato hecho. Pero si sobrevivo a eso, tendrás que admitir que soy más de lo que esperabas, Sinclair.

—No te adelantes, Thorne —dijo Zoe, rodando los ojos mientras apuraba su bebida. Luego se levantó de su silla y, antes de salir, le lanzó una mirada—. Vamos, tenemos que volver antes de que mi madre empiece a afilar los cuchillos. Paga tú la cuenta.

—Nada de eso, Zoecita. Soy tu invitado, recuerda —dijo Noah, desafiándola con esa misma sonrisa burlona.

Zoe bufó, sacudiendo la cabeza.

—¡Demonios! —masculló, mientras sacaba su tarjeta para pagar.



Sentada frente al espejo de la habitación que compartía con Noah, Zoe terminaba de arreglarse el cabello, dejándolo suelto para que cayera sobre sus hombros desnudos. Su vestido, de un vibrante tono rojo profundo, era a la vez elegante y sexy, con un escote que dejaba sus hombros al descubierto y una abertura en V hasta media espalda, que realzaba su esbelta silueta. Mientras Zoe terminaba de ajustarse el brazalete de finas gemas, notó a través del espejo a Noah observándola de pies a cabeza, apreciando cada detalle del vestido rojo que enmarcaba su figura.

—Vaya, Zoecita —dijo él, con una sonrisa que rebosaba el atrevimiento—, ese vestido deja muy poco a la imaginación. Si vas a seguir así, es posible que el único pensamiento en la mente de esos invitados sea cuántas miradas pueden robarte sin que tu madre se dé cuenta.

Zoe respiró profundamente, tratando de no darle importancia al comentario. No quería darle el gusto de saber que la había hecho sonrojar, aunque solo fuera un poco.

—Noah, viste formal esta noche. No quiero que causes una escena antes de que lleguemos al postre —dijo, lanzándole una mirada de advertencia—. Yo me adelanto a la recepción para ayudar a mamá con los invitados. Más te vale que aparezcas impecable.

Noah levantó una ceja, aún con esa sonrisa juguetona en su rostro.

—Cuenta con eso, Sinclair. Aunque, con lo bien que te ves, quizá sea yo quien necesite protegerse de los cuchillos afilados.

Zoe rodó los ojos y salió de la habitación, dejándolo solo, pero con la incertidumbre de si le hará caso o no.



El salón principal de la residencia Sinclair brillaba con todo su esplendor. Los invitados, ataviados con trajes de gala, conversaban animadamente mientras disfrutaban de costosos tragos, y el entorno se llenaba con el suave tintineo de las copas y risas. Zoe, sin embargo, se mantenía apartada en un rincón de la sala, entreteniendo a sus sobrinos, Nathan y Nala que, ajenos al bullicio, preferían jugar con sus juguetes. La risa infantil era un bálsamo en medio del barullo, pero Zoe sabía que la calma no duraría mucho.

Y no se equivocó.

La entrada de Noah fue tan imponente como ella jamás hubiera imaginado. Cuando cruzó el recibidor con esa altivez muy propia de él, el eco de sus elegantes zapatos de cuero burdeos resonó en el suelo de madera de roble perfectamente lacado. Al instante, el murmullo de las conversaciones se apagó y todas las miradas se posaron en él. Vestía un traje burdeos profundo que encajaba a la perfección, con una camisa de seda negra, abierta lo justo para sugerir un destello de sus pectorales sin cruzar la línea de la decencia. El traje exudaba lujo y elegancia, y Zoe se preguntó si lo habría alquilado. Sus miradas se cruzaron por un instante, pero antes de que ella pudiera asimilar la situación, las mujeres del salón ya lo habían notado, intercambiando susurros y miradas coquetas.

Su padre fue el primero en acercarse. Con su habitual calidez, le dio una palmada en el hombro.

—Alexander, siempre es un gusto verte —dijo con una larga sonrisa—. Veo que te tomaste en serio lo de impresionar a todos.

—No intento más que mantener el estándar de la familia Sinclair —respondió Noah con su habitual confianza. Su voz sonó suave como el terciopelo.

Weston asintió, visiblemente complacido, y lo condujo hacia el centro del salón, donde las conversaciones se reanudaron, no sin antes invitarle un escocés.

Desde el otro lado de la sala, Zoe observaba la escena, pudiendo apenas contener su asombro. Noah, ese hombre que ella había contratado, estaba manejando la situación con una naturalidad que la descontrolaba. Mientras intentaba mantener la calma, sus sobrinos, ajenos a su preocupación, seguían jugando.

Finalmente, todos fueron llamados a la mesa, donde la cena transcurrió entre conversaciones superficiales y exhibiciones de virtuosismo social. Savannah no perdía oportunidad para demostrar lo perfecta que era como esposa. Con una sonrisa radiante, sirvió delicadamente una porción de pavo en el plato de Benjamín, asegurándose de que todos notaran su devoción... Como si esa mierda fuera una hazaña colosal, pensó Zoe.

—Me encanta atender a mi marido —dijo Savannah con su patética voz impregnada de orgullo—. No hay nada más satisfactorio que saber que mi hombre está bien cuidado.

Noah, captando la oportunidad, tuvo que abrir la boca.

—Cariño... —dijo en un tono que aludía ternura y picardía—, después de siete meses juntos, creo que podrías aprender un par de cosas de tu hermana. Digo, un poco de atención nunca está de más, ¿verdad, bomboncito?

Zoe lo taladró con la mirada, como si estuviera considerando la posibilidad de levantarse y lanzarle una daga desde el otro extremo de la mesa. Aunque la tentación de lanzarle algo contundente fue grande, optó por una dulce sonrisa, pero cargada de una sutil amenaza que solo él podía entender.

—Claro, cariño —respondió con una voz que casi empalagaba—, pero quizás podrías aprender a planchar tus propias camisas. No querría robarte esa satisfacción.

Las risas estallaron alrededor de la mesa, y por un instante, los dos compartieron una mirada que decía más de lo que cualquiera de los presentes podría imaginar. Ambos sabían que estaban jugando un juego peligroso, y por ahora, Noah parecía llevar la ventaja.

Finalmente, fue servido el postre, una exquisita *creme brulée* con un toque de menta, y justo cuando Zoe empezaba a relajarse, Benjamín intervino, pretendiendo, estuvo claro, poner a prueba a Noah.

—Alexander —dijo, esbozando esa falsa sonrisita entre dientes muy propia de él que insinuaba enfrentamiento—, tú, como ingeniero civil, seguramente conoces la historia del puente de Tacoma que colapsó en los años 40. Siempre me ha intrigado cómo algo tan impresionante pudo desplomarse como un castillo de naipes.

Noah, que había estado disfrutando de su postre, se tomó un momento antes de responder. Zoe contuvo la respiración, consciente de que Noah estaba a punto de entrar en terreno peligroso... ¿qué iba a decir? Él no era ingeniero, ni mucho menos diseñaba puentes para el Estado. Bajó disimuladamente la cabeza, tensando los oídos para no escuchar con qué respuesta saldría Noah.

—Ah, sí —respondió finalmente, con una seguridad que solo él podía improvisar—. Fue un viento tan fuerte que con los materiales de aquella época... bueno, simplemente no pudieron

resistir.

Un gélido silencio se apoderó de la mesa. Savannah y Hazel intercambiaron miradas suspicaces, mientras que Benjamín, frunciendo el ceño, no parecía del todo convencido.

—Pero, según un documental que vi, mencionaron algo sobre la resonancia. Siempre he querido entender eso mejor —insistió Benjamín, claramente decidido a no dejarlo escapar tan fácilmente.

Zoe sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Pero Noah, con su típico descaro, soltó una ligera carcajada.

—¡Qué resonancia ni qué nada! Ahí lo único que resonó fueron las piedras cayendo al río —La respuesta, tan absurda como graciosa, arrancó risas por toda la mesa, aunque Hazel y Savannah no pudieron ocultar su desconfianza.

Aun así, Benjamín no se rindió del todo.

—Cuando tú diseñas puentes, porque a eso te dedicas, ¿cierto? ¿Cómo haces para que no vuelva a suceder algo así? —insistió.

Noah se encogió de hombros, como si la respuesta fuera la cosa más obvia del mundo.

—Ya sabes cómo es ahora, con las computadoras. Pones los números y el programa te da todo hecho. Es un proceso muy simple, realmente.

Las risas estallaron nuevamente, y aunque el escepticismo persistía en algunos, la mayoría de los invitados parecían encantados con el descaro de Noah. Zoe, aunque tensa y furiosa, no podía hacer más que seguirle el juego, sabiendo que al final de la velada, se encargaría de ponerle las cosas claras.

Fue entonces cuando la esposa enojada hasta el cuello de uno de los amigos de Weston, una mujer cuyo rostro mostraba las huellas de múltiples cirugías estéticas, intervino:

—Zoe, querida, ¡qué afortunada eres! —exclamó, lanzando una mirada que insinuaba fascinación por Noah—. Alexander es tan ocurrente, un verdadero partido, parece sacado de una revista. ¡Un hombre tan bien puesto! Estoy segura de que todas aquí te envidiamos.

Zoe sonrió forzosamente, sabiendo que Noah disfrutaba de cada palabra.

Finalmente, Weston decidió agregar una última noticia; un detalle que hizo que ciertas personas se tensaran un poco.

—Mi madre, Gertrude, llegará mañana por la mañana —anunció, provocando una reacción casi imperceptible en Hazel, que dejó escapar un suspiro.

—Oh, qué bien —respondió Hazel, aunque su tono, como la expresión en su rostro, reveló todo lo contrario.

Noah, siempre rápido con sus respuestas, intervino antes de que la tensión pudiera crecer:

—Estoy deseando conocerla. Siempre he creído que las suegras son como un buen vino, mejoran con el tiempo —dijo con una sonrisa deslumbrante.

Su broma desató una carcajada general, y el ambiente se relajó una vez más.

Zoe, mientras tanto, se debatía internamente entre la admiración y la frustración. Noah, con su descaro y encanto, había conquistado definitivamente a todos. Pero ella sabía que, una vez terminada la velada, tendrían una conversación muy seria. Aunque, por el momento, no podía negar que él había cumplido su papel de novio perfecto a la perfección.

La noche fue un vaivén entre risas, comentarios mordaces y la eterna disputa por un espacio en la cama. A pesar de que Noah fue desterrado al sofá y no le quedó de otra que dejarse caer sobre él con una falsa resignación, no faltaron los momentos en que lanzó miradas fugaces a la cama donde Zoe, enredada en el duvet de plumas de ganso, parecía estar disfrutando de esa dulce comodidad.

« ¡Qué tentadora se ve esa cama! », pensó, medio en broma, medio en serio.



Las primeras luces del día no trajeron calma. Un estruendoso ruido proveniente del recibidor rompió la relativa tranquilidad de la mañana.

—¡Ah, perfecto, la abuela Gertrude ya llegó! —murmuró Zoe con mueca de fastidio. Conocía ese alboroto a la perfección; era su abuela escenificando su llegada con el desfile interminable de maletas, y eso que apenas planeaba quedarse unos días. Si su madre era una experta en las tradiciones y los formalismos, Gertrude lo llevaba al extremo.

Zoe no perdió tiempo. Se deslizó fuera de la cama y corrió a la ducha, dejando a Noah en su propio concierto de ronquidos. Salió del baño fresca y decidida, lista para enfrentar la batalla de un nuevo día, en lo que seguramente sería una “agradable” reunión familiar. Pero antes de bajar y lidiar con su “encantadora” abuela, se aseguró de despertar a su aparente “dulce novio”.

—¡Levántate, Thorne! —lo sacudió abruptamente, sin paciencia alguna—. Tienes treinta minutos para estar abajo, y más te vale que te vistas como un caballero decente. Mi abuela es muy... tradicional. No tardes, cariñito.

Noah, con la cara hundida en la almohada y los brazos colgando como si fueran de trapo, apenas emitió un murmullo y, respondió, arrastrando las palabras, todavía medio dormido:

—Lo que usted diga, jefecita...

—No me hagas enojar —advirtió Zoe, forzando una sonrisa, pero en el fondo divertida. Sabía perfectamente que la batalla de Noah con su pereza apenas comenzaba. Y sin más, salió de la habitación, preparándose mentalmente para el circo matutino que le esperaba abajo.



El ambiente en el comedor se sentía muy tenso a medida que todos se acomodaban en la mesa. Zoe entró con una sonrisa que apenas ocultaba su nerviosismo, consciente de que la mañana sería cualquier cosa menos tranquila.

—¡Buenos días, abuela! —saludó acercándose a la cabecera donde Gertrude, imponente como siempre, hojeaba el periódico con una expresión de autoridad natural.

Gertrude levantó la vista, fingiendo sorpresa con una elegancia que solo ella dominaba.

—Tanto tiempo, querida. Me contaron que este año no viniste sola. —Hizo una pausa, arqueando su ceja derecha en señal de curiosidad—. Por cierto, ¿dónde está tu novio?

Zoe notó cómo su madre rodó los ojos, claramente fastidiada.

—Alexander no tarda en bajar, abuela —respondió Zoe, aunque en su cabeza solo se preguntaba: « ¿dónde rayos está metido Noah? ».

Hazel soltó un suspiro dramático, lo suficientemente ruidoso para que todos lo notaran; algo muy típico de ella para llamar la atención.

—Esperemos que no llegue tarde al desayuno... como parece ser su costumbre —comentó entre dientes, dirigiendo una mirada fulminante hacia Zoe.

Weston, siempre el diplomático de la familia, intervino de inmediato, tratando de calmar las aguas.

—Mamá —dijo—, cuando conozcas a Alexander, estoy seguro de que te va a encantar el muchacho. Es un joven... diferente.

Zoe tuvo que contener una carcajada. Sabía que su madre preferiría masticar clavos antes que admitir que Noah le caía bien.

—¡Maravilloso! —no tardó en exclamar Gertrude con una sonrisa felina—. Estoy ansiosa por conocer al galán. Hazel ¿tú qué opinas de él? Hasta ahora solo te has quejado de su falta de

puntualidad.

—Las reglas en esta casa son claras, suegra —replicó Hazel, alzando la barbilla con aire desafiante.

Gertrude la miró con diversión.

—Querida, ya sabes lo que siempre he dicho: el patriarca de la familia es el marido. ¡Y tú con tus normas estrictas! —protestó, sacudiendo la cabeza con exageración—. ¡Tanto drama por un desayuno!

Weston, intentando no tomar partido, bebió otro sorbo de café mientras Hazel luchaba por mantener la compostura. Zoe, por su parte, disfrutaba el espectáculo en silencio. Sabía que su madre estaba ardiendo por dentro gracias a los comentarios con segunda intención de su abuela.

En ese momento, la imponente figura alta e impecable de Noah apareció en el pasillo. Vestía un pantalón de lino beige y camisa azul marino que le sentaba de maravilla. Entró con una sonrisa tan encantadora y ensayada que por un segundo, incluso Zoe se lo creyó.

—¡Buenos días, familia! —saludó, acercándose con la confianza de alguien que siempre consigue lo que quiere.

Gertrude dejó caer el periódico y lo estudió de arriba abajo con ojos críticos.

—¿Así que tú eres Alexander? —preguntó, sonriendo con satisfacción—. Me alegra finalmente conocerte.

Noah se inclinó cortésmente y, tomando la mano de la abuela, la besó, como si fuera un caballero medieval.

—El placer es todo mío, señora Gertrude. Zoe me ha hablado maravillas de usted.

Gertrude apenas rio, mostrando sus aliados de silicona, como si estuviera disfrutando el momento, y le lanzó una mirada desafiante a Hazel.

—Zoe, querida, has conseguido un novio no solo agradable al ojo, sino también bien educado. Estoy impresionada.

Hazel apretó los labios, claramente mordiéndose la lengua para no soltar alguna observación ácida, mientras Weston asentía satisfecho.

—Lo dije desde el principio, mamá —añadió Weston, dándole una palmada en la espalda a Noah—. Alexander es un gran muchacho.

—Muchas gracias por la bienvenida —dijo Noah, tomando asiento junto a Zoe y colocando un brazo sobre su hombro con una descarada naturalidad.

Zoe tuvo que controlarse, respirando hondo para calmarse.

—Así es, abuela, Alexander es lo mejor que me ha pasado. Estamos muy felices... —agregó con una sonrisa tan falsa que casi le dolió la cara.

—¡Gracias, bomboncito! —exclamó Noah, devolviéndole el halago y, sin previo aviso, le plantó un beso tan ruidoso en la mejilla, que dejó a toda la mesa boquiabierta.

Zoe se tensó, manteniendo la sonrisa mientras por debajo de la mesa le clavó las uñas en el brazo. Noah no mostró ni una mueca, pero el brillo divertido en sus ojos dejó claro que estaba disfrutando de su furia.

Savannah y Benjamín intercambiaron miradas burlescas, como si dudaran de la escena, mientras los mellizos se distraían en su propio mundo, peleando por quién tenía más huevo revuelto en el plato.

—Entonces, ¿cuáles son los planes para mañana? —preguntó Noah, sirviéndose más café como si fuese un conocido de toda la vida.

—¡Vamos a esquiar, por supuesto! —anunció Savannah, emocionada—. Todos en la familia somos expertos, así que va a ser muy divertido.

Noah mantuvo la compostura.

—¡Claro! Esquiar... ¡uf, como dije anteriormente, lo adoro! —Sonrió con tanta seguridad que casi convenció a Zoe... si no fuera porque sabía que Noah no había tocado un par de esquís en su vida.

«Este pendejo no tiene ni idea en lo que se metió», pensó Zoe, mordiéndose el labio para no reír.

—Me alegra escuchar eso, Alexander —dijo Gertrude con una mirada astuta—. Nada peor que un hombre que no sepa manejarse en la nieve. Será un día de lo más entretenido.

Hazel, por su parte, dejó escapar una sonrisa incrédula.

—Espero que estés a la altura, Alexander. Esquiar no es para cualquiera.

Noah se limitó a guiñarle un ojo.

—No se preocupe, suegrita. No hay reto que no pueda superar.

Zoe suspiró internamente. La farsa que estaban montando prometía ponerse aún más interesante.

—¿Y tienen algún plan para hoy? —preguntó Gertrude—. No querrán desperdiciar el día encerrados en casa.

—¡Por supuesto que no, abuela! —respondió Zoe con una sonrisa pícaro—. Alexander me invitó a almorzar en el restaurante que ganó una estrella Michelin este año. —Se giró hacia Noah

y le lanzó una mirada desafiante, acompañada de una sonrisa de provocación que solo él podía comprender.

Noah parpadeó, atrapado por la sorpresa.

—Ah... ¿sí? —titubeó, haciendo una pausa mientras era evidente que intentaba recuperar su aplomo. Obviamente, su billetera no era lo suficientemente profunda para esos lugares de élite.

Zoe disfrutó cada segundo de su incomodidad. Al fin y al cabo, Noah siempre le hacía pagar la cuenta.



El centro de Aspen brillaba bajo el sol invernal, con sus calles llenas de boutiques y turistas bien abrigados. Zoe caminaba junto a Noah, quien, pese a su instinto sagaz, no podía ocultar su expresión de angustia que delataba que sentía estar cayendo en una trampa.

—Mira qué lindo está todo —dijo Zoe con una sonrisa que escondía un toque de travesura—. Perfecto para una tarde de paseo... y para un almuerzo especial.

—Sí, claro —respondió Noah con una media sonrisa—. Cómo negarme si fui forzado.

Zoe le guiñó un ojo mientras, con paso decidido, lo guiaba hacia un restaurante de fachada lujosa.

—Aquí almorzaremos, cariñito. Este lugar si está a mi altura —dijo, deteniéndose en la entrada y dándole una mirada desafiante. Noah frunció el ceño al ver los precios en el menú exterior—. Y ya que fuiste tan generoso en invitarme... espero que cumplas con lo que dijiste.

Noah, mirándola seriamente, fingió dudar de haberlo siquiera comentado.

—No recuerdo haber dicho eso, Zoecita.

—Pues no quieres quedar como un mentiroso, ¿verdad? Además, si no pagas esta vez, mañana en las pistas de esquí me quedaré calladita cuando te estés cayendo de cara delante de todos. — Zoe lo miró con una expresión de inocencia fingida que era cualquier cosa menos eso.

Noah suspiró, resignado.

—Está bien, está bien. Pero, por favor, no exageres al pedir. ¡Pide algo ligero y razonable!

Zoe sonrió, disfrutando de su desesperación.

Una vez sentados en una mesa con vistas espectaculares de las montañas nevadas, Noah, revisando detenidamente y con cuidado el menú, seleccionó un plato sencillo.

—Voy a pedir una ensalada y un consomé. Ligero, saludable, ya sabes... —dijo, lanzándole una mirada que imploraba.

Zoe no pudo evitar sonreír. Sabía que era la oportunidad perfecta para fastidiarlo.

—¡Qué aburrido! —replicó, exagerando indignación—. Yo quiero algo especial. —Levantó la mirada al camarero y, con una sonrisa radiante, ordenó—: Para mí, el plato especial de la casa: costillas de cerdo con salsa barbacoa, papas gratinadas... con extra queso parmesano, por supuesto. Y de postre... un brownie, pero que sea con doble helado, ¡no escatimemos! —Justo cuando el camarero se disponía a irse, ella añadió, levantando un dedo—: ¡Ah, y una botella del mejor vino tinto de la casa! No podemos dejar pasar lo mejor, ¿verdad?

Noah la miró con horror.

—Zoe, ¿estás bromeando? —exclamó, con los ojos muy abiertos—. ¿Me quieres dejar en la quiebra o qué? Además, ¡todo lo que pediste debe tener como mil calorías por bocado! Y... ¿vino? —Hizo una pausa, incrédulo—. ¿No crees que podríamos conformarnos con, no sé, agua mineral... o del grifo?

—¿Y qué? Es mi estilo, ¿recuerdas? Además, me hace falta energía para esquiar mañana... o para ayudarte a ti. Y referente a qué beberemos, vino tinto definitivamente. —Zoe le guiñó un ojo, mientras Noah se recostaba en su silla, resignado a su destino.

Durante la comida, Noah intentó cambiar de tema.

—Sabes, tu abuela me cayó de maravilla. Es tan elegante y divertida a la vez.

Zoe soltó una carcajada.

—Ten cuidado con ella. Es más astuta de lo que parece. Todo ese encanto y apoyo hacia ti es porque le encanta fastidiar a mi madre. No ha estado de acuerdo con nada en mi vida, y siempre se queja de que mi padre pudo escoger mejor mujer.

Noah arqueó una ceja.

—Entonces, ¿soy solo una pieza más en su juego?

—Exacto. No te sorprendas si de repente empieza a sembrar dudas en ti o en mí. Solo está aquí para desquiciarte a mamá, y cualquier cosa que haga para lograrlo, lo hará.

Ambos rieron, disfrutando de lo irónica que podía ser la situación.

—Bueno, cambiando de tema —dijo Noah, frotándose el cuello—, sobre mañana en las pistas... Necesitamos un plan, no podemos dejar que me descubran.

—¿Necesitamos? —replicó Zoe, parpadeando seguido—. Tú lo necesitarás, porque lo que es yo...

—Por favor, Zoecita, es en serio.

—Te estoy pagando buen dinero. Deberías buscarte un entrenador, ver videos de Youtube, no sé. —Tras reír, Zoe se cruzó de brazos y pensó un momento—. Podrías decir que tienes una lesión de hace tiempos, algo de la rodilla o del tobillo, y que por esa razón prefieres ir despacio. Con eso puedes salir del paso si te ven torpe. Y si alguien se pone muy insistente, yo me encargaré de distraerlos.

Noah asintió, aliviado.

—Me gusta. Fingiré un ligero dolor cada vez que pierda el control. Con suerte, podré mantenerme en pie.

Al terminar el almuerzo, el camarero llegó con la cuenta, y Noah, con un suspiro exagerado y lleno de dramatismo, sacó su tarjeta.

—Espero que estés satisfecha.

Zoe esbozó una sonrisa tan amplia, que casi se le salía de la cara.

—Muchísimo. ¿Ves? No fue tan difícil. Además, por primera vez has hecho algo que realmente disfruto.

Salieron del restaurante y, mientras caminaban hacia el auto, Zoe estaba de tan buen humor que fue tarareando una alegre canción navideña.

—Sabes —dijo Noah, mirándola de reojo—, a veces me pregunto si disfrutas molestándome.

—No lo dudes, Thorne —le respondió en medio de una risotada—. Es parte del trato. ¡Así que prepárate para el campo de esquí mañana! No puedo esperar a verte rodar por la colina.

—¡Qué mala eres! —murmuró Noah, aunque también echó a reír ante el caos que seguramente le esperaba.



Las montañas de Aspen relucían bajo el sol de la mañana, como si alguien hubiera cubierto todo con polvo de diamantes. El aire frío era vivificante, y la nieve crujía bajo las botas mientras la familia Sinclair se preparaba para un día en las pistas. Zoe lucía impecable en un conjunto blanco, ajustado con detalles dorados y una bufanda que ondeaba con cada movimiento. Su porte revelaba confianza, todo lo contrario con Noah, quien, aunque iba vestido como un experto, con una chaqueta negra de alta tecnología y pantalones de esquí que resaltaba su figura atlética, no podía disimular el pánico en sus ojos.

Las pistas estaban abarrotadas de esquiadores experimentados que descendían con estilo, pero toda la atención de los Sinclair estaba puesta en Noah, quien mantenía una sonrisa nerviosa mientras intentaba recordar las indicaciones de Zoe de la noche anterior: “solo deslízate como si fueras un profesional. Nadie sospechará.” Claro, eso era fácil de decir cuando mantenerse en pie en los esquís, tratando de mantener el equilibrio, se sentía como intentar caminar sobre jabón.

Benjamín, el “perfecto” cuñado, y Savannah, la hermana presumida, observaban el panorama desde una posición estratégica en la cima de la colina. Ambos, vestidos con atuendos que parecían sacados de un catálogo de esquí de lujo, dominaban la pista con destreza. Savannah no perdió la oportunidad de presumir:

—Benjamín siempre ha sido un as en los deportes. Ya sabes, lo suyo es el golf, el tenis... y obviamente esquiar —comentó con una sonrisa de suficiencia mientras Benjamín se lanzaba colina abajo con un giro que levantó un chorro de nieve, directo a la cara de Noah.

—¡Vamos, Noah! ¿No dijiste que esquiabas como un profesional? —soltó Hazel con un tono que revelaba su falsa simpatía por él.

Mientras tanto, Zoe, sujetándolo de la mano, intentaba que Noah mantuviera la estabilidad sobre los esquís, pero fue inútil. La inclinación de la colina y la inexperiencia de Noah hicieron

que se desbalanceara y cayera de rabadilla en la nieve.

Ahí estaba él, con la piernas abiertas, los esquís apuntando hacia todas direcciones y una expresión de total confusión en el rostro. La familia no podía contener la risa.

—¡Oye, Zoe, si tu novio no sabe esquiar, podemos lanzarlo como trineo! Al menos así será útil —bromeó Savannah, riendo.

—Bueno, hace tiempo sufrí una pequeña torcedura en el tobillo y es por eso que no estoy en mi mejor forma hoy —balbuceó Noah, de espaldas a ella, buscando una excusa que resultara medianamente creíble.

El comentario no hizo más que provocar carcajadas.

—¡Oh, claro! El clásico truco del “me torcí el tobillo” —se burló Savannah mientras Benjamín se acercaba, haciéndole señas a Noah como si le invitara a que de un brinco se pusiera sobre los esquís y lo siguiera.

—¿Qué tal si te enseño un par de movimientos? Te vendrá bien —dijo Benjamín con ese tono condescendiente que sacaba de quicio a cualquiera.

Noah, intentando mantener la dignidad, aceptó el desafío. Se levantó con ayuda de Zoe, aunque sus piernas seguían temblando como gelatina.

—No te preocupes, lo tengo bajo control —le susurró a Zoe, que lo miraba preocupada.

Tras un resoplido de valentía, Noah se encomendó al cielo y se lanzó colina abajo. Lo que siguió a continuación fue un espectáculo digno de una película cómica. En lugar de deslizarse con elegancia, Noah avanzaba de lado, con los brazos extendidos y los esquís en una posición confusa. Parecía más un pato con botas que un esquiador. Zoe se apresuró a su lado, gritando instrucciones que él apenas lograba entender:

—¡Gira! ¡Gira!

Pero Noah se limitó a hacer lo que podía, que era simplemente no caerse... hasta que eso mismo pasó.

Sus piernas se enredaron y, como en cámara lenta, se desplomó sobre la nieve, rodando cuesta abajo entre gritos, exclamaciones desesperadas y su dignidad perdida.

—¿Estás bien?! —Zoe soltó un grito de desesperación mientras Hazel y Savannah se partían de la risa desde la cima.

—¡Por favor, que alguien grabe esto! —exclamó Savannah entre carcajadas.

Finalmente, Noah se detuvo al pie de la colina, cubierto hasta el pelo de nieve y con la chaqueta torcida. Weston y Gertrude, que habían descendido con calma, fueron los primeros que llegaron para ayudarlo a levantarse.

—Bueno, al menos lo intentaste, muchacho —dijo Weston, dándole una palmada en la espalda. Gertrude, con sus enormes gafas de esquí iridiscentes que brillaban con cada movimiento que hacía, reflejando el sol con intensidad, parecía más una mosca de élite que una abuela en medio de una pista de esquí, asintió con una sonrisa amable.

—Estas caídas son parte del aprendizaje, querido.

Pero Hazel, que también había descendido, no fue tan comprensiva.

—Esperaba algo más impresionante para alguien que, según Zoe, es tan competente en todo —dijo, en un tono tan afilado como el aire frío de la montaña.

Zoe finalmente llegó al lado de Noah, aguantando la risa.

—Mira el lado positivo, cariño. Ahora ya sabes qué no hacer la próxima vez.

Noah, siempre el *showman*, se sacudió la nieve y respondió con un guiño:

—Creo que estoy listo para el nivel experto. ¿Alguien más se apunta?

La familia soltó más carcajadas mientras Benjamín, con un gesto victorioso, se deslizaba con facilidad hacia la siguiente pista. Noah, por su parte, se quedó tratando de recuperar lo que le quedaba de orgullo. El día apenas comenzaba, pero para él, la montaña parecía haberle ganado la batalla, dejándolo sin fuerzas ni ganas de dar un paso más.



El acogedor restaurante del campo de esquí estaba al tope, con risas y conversaciones animadas mientras los esquiadores disfrutaban de un respiro del frío. Los Sinclair ocupaban una mesa privilegiada junto a la ventana, con una vista impresionante de las Rocky Mountains. Mientras los camareros traían cócteles y aperitivos, la atención se centraba en la figura de Noah, quien intentaba actuar como si no hubiera ocurrido absolutamente nada vergonzoso en la pista minutos antes.

Noah, con su habitual desparpajo, levantó su vaso de whisky como si celebrara su gran hazaña.

—¡Salud, por estar aquí todos juntos! —brindó con una sonrisa de medio lado, chocando su vaso con el de Weston, quien lo acompañaba con un brindis entusiasta.

—¡Eso es lo que importa, muchacho! —dijo Weston, dándole una palmada en el hombro—. Nada como un buen trago para olvidar un día movido.

Zoe, con una sonrisa relajada, saboreaba su milkshake de Oreo como si fuera el elixir de la vida. Noah no pudo resistir la oportunidad de lanzarle una fuerte crítica:

—¿En serio, Zoe? ¿Otra vez con el azúcar? —Arqueó una ceja—. Después no te quejes cuando la báscula empiece a mostrar la verdad.

Zoe frunció el ceño, devolviéndole una mirada desafiante.

—¿Y a ti qué te importa? Primero, no recuerdo haberte dado clases sobre moderación con el azúcar. Es mi milkshake, no la tuya. Y segundo, no te he dicho nada sobre tu obsesión con el whisky.

Gertrude, que miraba atentamente desde su silla, notó que la tensión iba más allá de una simple broma. Entrecerró los ojos, como si estuviera desenmascarando algo oculto.

Hazel, percibiendo el aroma de la discusión, no perdió la oportunidad de atacar:

—Bueno, Alexander —acentuó con burla—, después de lo que vimos hoy, esperaba que el experto esquiador que prometiste ser se deslizara por esa colina con total destreza, como si fueras parte de la nieve. ¿O esa lesión tuya es más reciente de lo que dices?

Savannah, sonriendo burlonamente con sus labios apenas curvados hacia un lado, se unió al comentario.

—¡Ay, mamá! No seas tan dura. Seguro que es una lesión “emocional”. Aunque, desde donde yo estaba, lo que vi fue una caída de principiante. Nada que un cursito básico no pueda arreglar.

Benjamín, que disfrutaba de las sátiras, añadió con tono condescendiente:

—No te preocupes, Alexander. Si necesitas algunos tips para mantenerte en pie, avísame. Siempre podría enseñarte lo básico.

Noah, lejos de perder la calma, bebió un trago largo de su whisky antes de responder con una sonrisa descomplicada.

—Es cierto, no fue mi mejor día. Esa vieja lesión en el tobillo todavía me molesta un poco, pero tranquilos, estaré como nuevo en un par de días. A lo mejor hasta les doy unas lecciones antes de que acabe la semana.

Zoe, con los ojos en blanco, intervino para apoyarlo:

—¡Ya basta, chicos! No todos tienen que ser expertos en todo. Al menos Alexander lo intentó, y eso es más de lo que muchos puedan decir.

Weston asintió, disfrutando del apoyo hacia su yerno.

—Eso es tener agallas... por no decir otra cosa. —Echó a reír—. No se trata de cómo caes, sino de cómo te levantas. ¡Brindemos por eso!

Pero Gertrude, cansada de las mofas, decidió poner fin al asunto con un comentario afilado:

—Suficiente. Si van a continuar con esas bromas insulsas, mejor empiecen a contar algo realmente entretenido. Al menos Alexander tiene el coraje de intentarlo, y Zoe tiene a alguien

que no se escuda en la comodidad de su sofá.

Las palabras de Gertrude cayeron como un balde de agua fría, dejando a Hazel y Savannah en silencio, mientras Benjamín se limitó a mirar hacia otro lado, evadiendo el golpe.

Noah, sintiéndose respaldado, alzó su vaso en dirección a Gertrude.

—Gracias, Gertrude. Aprecio las palabras de alguien que sabe reconocer el esfuerzo.

Zoe, por su parte, seguía enfocada en su milkshake, pero no sin lanzarle a Noah una mirada desafiante mientras sorbía ruidosamente.

Gertrude, que no dejaba pasar ni un detalle, la observó detenidamente.

—Alexander, querido —añadió con una sonrisa astuta—, quizás deberías preocuparte menos por el azúcar en la dieta de Zoe y más por lo dulce que realmente es tu relación con ella. No vaya a ser que solo sea apariencia.

El comentario quedó flotando en el aire, y Weston, para romper el silencio, soltó una carcajada, brindando por la ocurrencia de su madre. Pero la incómoda pregunta seguía latente en la mente de Noah y Zoe, y ninguno de los dos se atrevió a responder, dejando a todos pensando sobre lo que realmente estaba ocurriendo entre ambos.



Zoe caminaba descalza por los pasillos de la casa, buscando en el silencio de la madrugada una soda para despejarse. La suave luz de la cocina apenas iluminaba su rostro cuando, de pronto, unas voces bajas llamaron su atención. Se detuvo en seco. Provenían de la saleta que daba al comedor. Con cautela se acercó y se ocultó tras la pared para lo inevitable: su madre, Savannah y Benjamín, murmuraban en tono conspirativo.

—Mamá, ¿te fijaste en lo que dijo la abuela ayer? —la voz de Savannah destilaba veneno disfrazado de preocupación—. Creo que tiene toda la razón.

Benjamín soltó una risita.

—Sí, suegra, Gertrude no se calla nada. Dejó muy claro lo que piensa de la relación de Zoe y su... “noviecito” —arrastró la palabra con desprecio.

Hazel suspiró, fastidiada.

—¡Hmm! La verdad, a mí tampoco me convence. ¿Siete meses de noviazgo y recién ahora Zoe nos lo presenta? No sé... Además, Alexander se comporta demasiado relajado, como si no le importara nada.

Zoe sintió como el calor le subía al rostro. Se mordió el labio, conteniendo el impulso de entrar y enfrentarlos a los tres.

—Es justo lo que iba a decir —añadió Savannah—. Se supone que están tan enamorados, pero no se les ve ni un gesto de afecto verdadero. Ni un abrazo, ni un beso... ¿Qué clase de pareja hace eso? Algo no cuadra.

—Súper raro, ¿no? —dijo Benjamín—. Es como si estuvieran actuando. Hasta parece que ni se soportan.

Hazel exhaló con fuerza.

—Lo que más lamento es que Zoe haya dejado a Timothy. Ese muchacho sí que era un buen partido. Siempre tan educado, atento... No como este Alexander, que parece más interesado en hacerse el galán que en otra cosa. Espero ver a Timothy y su familia aquí, como todos los años.

El corazón de Zoe latía con fuerza, resonando en sus oídos. No soportó más escuchar a su madre añorar a su ex, ni la manera en que Savannah y Benjamín disfrutaban, mientras sembraban dudas. Con el rostro tenso, se dio media vuelta y subió a su habitación, tragándose la indignación.

Al entrar, vio a Noah profundamente dormido en el sofá, roncando como un león, con la espalda descubierta entre las sábanas. Zoe apretó la lata de soda en su mano, agotada por los comentarios.

—¿Valió la pena contratarlo? —murmuró en voz baja mientras sus ojos recorrían la figura quieta de Noah. Su familia era demasiado perspicaz, demasiado entrometida. Pero no pensaba rendirse. No ahora. Se llevó la soda a los labios y, lentamente, bebió un largo sorbo, sin dejar de observar la espalda musculosa de Noah que se asomaba por debajo del cobertor.

—El juego continúa —susurró para sí misma, dispuesta a seguir con la farsa hasta sus últimas consecuencias.



Sentados a la mesa para el desayuno, las miradas inquisitivas no tardaron en llegar. Savannah y Benjamín, siempre al acecho, lanzaban comentarios disfrazados de cortesía, mientras Zoe trataba de mantener la compostura. Pero la furia hervía en su interior desde que escuchó esa conversación matutina entre su madre, su hermana y su cuñado. Y como si eso no fuera suficiente, Noah parecía decidido a probar los límites de su paciencia.

—¿Cómo pasaron la noche? —preguntó Savannah con una sonrisa tan falsa como sus acciones, observándolos con un brillo malicioso en los ojos.

Zoe apretó los labios, lanzando una mirada fulminante a Noah, esperando que él tuviera la sensatez de mantener la boca cerrada. Pero, para su frustración, él respondió sin inmutarse:

—Dormí de maravilla —dijo con su habitual desvergüenza, cortando una porción de fruta y llevándosela a la boca—, tanto que hoy me siento con energías renovadas.

Savannah asintió con una sonrisa irónica.

—Qué bueno saberlo —dijo, mirando de reojo a Benjamín, quien miraba sobre la mesa, como si estuviera buscando algo.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Savannah, con voz melosa.

—No veo mis tostadas integrales —le respondió Benjamín, con ese tonito de víctima que tanto irritaba a Zoe.

Savannah se levantó con la urgencia de alguien en plena emergencia médica.

—¡Ya te las traigo, mi amor! —exclamó mientras salía disparada hacia la cocina.

Zoe rodó los ojos, harta de su patético servilismo. «Como si él no tuviera pies», pensó, notando con ira la sonrisa burlona de Noah. Justo cuando Savannah regresaba triunfante con las tostadas “light” para su maridito, Noah decidió sumarse al circo.

—Zoecita —dijo, alzando la voz para llamar la atención de todos—, ¿podrías llevar este jugo a la cocina y pedir que lo cambien por uno sin azúcar?

Zoe lo miró incrédula, como si acabara de escuchar la mayor tontería del mundo.

—¿Es en serio? —respondió con el ceño fruncido.

Noah, sin perder la sonrisa, insistió:

—Claro que sí, cariño. No me desautorices frente a todos. Al hombre hay que respetarlo y atenderlo, ¿no? Mira a tu hermana menor... ella sabe perfectamente cómo hacerlo. Y ya que estás ahí, ¿me sirves más café?

La paciencia de Zoe alcanzó su límite. Luchando contra el impulso de lanzarle el jugo en la cara, soltó los cubiertos con un golpe seco y se recostó en la silla.

—Hoy no estoy para aguantarte —murmuró, pero lo suficientemente alto como para que todos la escucharan.

El comedor quedó en un silencio incómodo, solo interrumpido por los sorbos que Nathan y Nala daban a su chocolateada. Fue entonces cuando Gertrude, siempre observadora, dejó de lado su plato de quesos y fruta y dijo:

—Zoe, querida, noto que desde que nos sentamos estás como... ¿Al borde de explotar?

Zoe respiró hondo y clavó la vista en su abuela, esforzándose por mantener la calma.

—Son ideas tuyas, abuela. Es solo que no dormí bien anoche.

—¿Ah, sí? —replicó Gertrude, entrecerrando los ojos—. ¿Y eso por qué? ¿Acaso también en la alcoba discuten?

Noah, con su sonrisa imperturbable, levantó las cejas, divertido.

—Para nada, señora Gertrude. Es solo que Zoecita es un poco... quisquillosa con la temperatura de la habitación.

Zoe lo fulminó con la mirada.

—¿Quisquillosa yo? ¡Si fuiste tú quien se quejó de que hacía frío!

Gertrude, disfrutando de la disputa entre ambos, no dejó pasar la oportunidad.

—Hmm... algo no me cuadra aquí. Los veo muy distantes. ¿Es esta una relación real, o solo un montaje bien armado?

—¡Claro que no, abuela! —replicó Zoe, apresuradamente, notando la sonrisa disimulada de su madre.

—No es nada de eso, señora Gertrude —añadió Noah con esa facilidad para improvisar que la exasperaba—. Es solo que Zoecita está en sus días críticos... sabe a lo que me refiero.

Zoe sintió que la sangre le hervía.

—¿Perdón? —espetó, entrecerrando los ojos.

Hazel dejó escapar una risita contenida, mientras Savannah y Benjamín reían con sorna mirándose entre sí. Todos parecían disfrutar de la situación. Hasta que, finalmente, Gertrude dio un golpe en la mesa.

—¡Basta de tonterías! Aquí lo que se necesita son menos palabras y más muestras de cariño. ¿Saben qué? Dense un beso para limar asperezas.

Zoe abrió los ojos de par en par, pero antes de poder protestar, Noah se giró hacia ella con esa sonrisa descarada de galán de telenovela que tanto la irritaba.

—Vamos, Zoecita. No querrás desilusionar a la abuela, ¿verdad?

Sin darle tiempo de reaccionar, Noah la tomó de la cintura y la atrajo hacía él, sellando sus labios en un beso que estaba muy lejos de ser un simple trámite. Fue intenso, profundo, y para su sorpresa, una descarga de adrenalina recorrió su cuerpo. Pero lo que más la enfureció no fue el beso, sino la certeza de que, por un instante, lo había correspondido.

Cuando Noah se separó, lo hizo lentamente, como dejando una obra a medio terminar, asegurándose de que todos lo notaran. El silencio fue ensordecedor. Zoe todavía sentía el calor de sus labios y el sabor de su descaro. Respiró hondo, intentando mantener la compostura.

Gertrude sonrió, pero sus ojos brillaban con suspicacia.

—Eso estuvo mejor. Me alegra ver que aún hay fuego entre ustedes.

Hazel frunció el ceño, visiblemente insatisfecha.

—¡Qué beso tan teatral! —comentó, tomando un sorbo de su café como si quisiera borrar la escena de su mente.

—A veces el amor se expresa en pequeños gestos de cuidado y atención —intervino Savannah, buscando destacar—. Por ejemplo, Benjamín nunca tiene que pedirme nada... siempre sé lo que

necesita. —Acto seguido, le sirvió más café a su marido, quien sonrió con falsa modestia.

Zoe no pudo contenerse.

—¿En serio, Savannah? Porque hasta donde sé, lo que más necesita Benjamín es aprender a usar sus piernas para buscar sus propias tostadas.

Benjamín alzó las cejas, claramente ofendido.

—¿Estás insinuando que no sé hacerme cargo de mis cosas? Solo aprecio el cariño y dedicación de mi esposa, algo que tal vez deberías aprender, Zoe.

Noah, como si todo fuera un juego, decidió sumar leña al fuego:

—Zoecita, quizá podrías fijarte más en cómo Savannah atiende a su esposo. —Le guiñó un ojo, lo que fue la gota que derramó el vaso. Zoe apretó los puños bajo la mesa, deseando soltarle un comentario que lo dejara en su lugar, pero Gertrude volvió a intervenir:

—Querida, con razón estabas tan irritable esta mañana. Un buen beso lo arregla todo. —Su sonrisa era suave, pero sus ojos seguían analizando cada detalle—. Aunque me parece que ustedes dos aún necesitan más química.

Zoe estuvo a punto de explotar, pero se contuvo, recordando la verdadera razón de todo ese teatro. No podía permitirse un error delante de su familia. Sin embargo, Noah, con su insaciable sentido del humor, dijo:

—La verdad es que a Zoecita le cuesta demostrar afecto en público, pero eso es parte de su encanto. A mí me gusta ese toque misterioso. —El tono insinuante y esa sonrisa de conquistador hicieron que Zoe se debatiera entre estamparle ahí mismo un par de cachetadas o seguirle la corriente.

Hazel bufó, claramente irritada.

—¿Misterioso? ¿A eso le llamas misterioso? Para mí eso se llama falta de conexión. Con Timothy las cosas eran muy diferentes.

—Pues yo lo encuentro entretenido —se adelantó Weston, quien había permanecido callado—. Un poco de emoción no viene mal.

Finalmente, Gertrude cerró la discusión.

—Lo que necesitamos aquí son menos palabras y más acción. Zoe, cariño, no seas tan dura con tu novio. Y tú, Alexander, no abuses de la paciencia de mi nieta. No todos somos tan serviciales como Savannah. —Su comentario dejó a todos en silencio, salvo a los mellizos, que seguían inmersos en su desayuno, ajenos a la conversación.

Pero eso no se iba a quedar así, Zoe solo aguardaba el momento en que pudiera quedarse a solas con Noah para ponerle los puntos sobre las íes.



Zoe siguió a Noah a su habitación, con las mejillas encendidas por la furia. Entró cerrando la puerta con tal fuerza que un cuadro en la pared casi se desploma.

—¿Qué carajos cruzó por tu cabezota hueca?! ¡Idiota! —espetó, agarrándolo por el cuello de la camisa y empujándolo contra la pared—. ¿En qué estabas pensando, eh, imbécil?!

Noah la miró con sus ojazos verdes, parpadeando como si acabara de despertarse de una siesta. Luego, soltó una carcajada, lanzando la cabeza hacia atrás.

—Zoecita... no, no, no te sulfures... —dijo entre risas con ese tono confiado que siempre usaba cuando intentaba calmarla.

—¿Y todavía te ríes, pendejo?! —Zoe lo zarandeó con tanta fuerza que casi le arranca un botón de la camisa—. ¿Qué mierda se te ocurrió para besarme así, como si estuviéramos en un drama cursi de las telenovelas?!

—¿Y qué tiene de malo? —respondió Noah, con una cara de inocencia tan exagerada, que parecía sacada de un meme.

—¿Fue un beso con todo y tu desagradable lengua, pedazo de animal! —Zoe lo soltó como si le hubieran dado un corrientazo.

—Ah, eso... —respondió Noah, con la misma calma que si hablara del pronóstico del clima.

Zoe apretó los dientes, sintiendo que el humo le salía por las orejas.

—¿Y lo dices como si nada?!

Noah sonrió, mordiendo el labio inferior de manera provocadora.

—Bien que lo disfrutaste...

Zoe sintió que las llamas del infierno le subían por la espalda.

—¿Qué dijiste?! —Intentó lanzarse sobre él de nuevo, pero Noah le agarró por las muñecas en el aire, riendo con esa maldita confianza que la volvía loca.

—¿Tranquila, Zoecita, tranquila! —Noah rio, sujetándola como si estuviera domando a un cachorro rabioso—. ¿Por qué lo tomas tan personal?

—¿Deja de llamarme Zoecita! —replicó Zoe, fulminándolo con la mirada.

—Está bien, Zoe, si así lo prefieres —respondió Noah, todavía sonriendo como si hubiera ganado la batalla—. Mira, todo es parte del espectáculo, ¿no? Profesionalismo, Zoecita... digo, Zoe. Al fin y al cabo, tú ni siquiera eres mi tipo... ¿recuerdas?

Zoe sintió una punzada de indignación directa al ego.

«Otra vez con que no soy su tipo... este desgraciado».

—No vuelvas a hacerlo. No está en el contrato —espetó, tratando de mantener la calma mientras su orgullo rugía internamente.

Noah se encogió de hombros con esa sonrisita que la sacaba de quicio.

—No puedo prometerte nada... ya sabes, depende de la situación, de la inspiración del momento. Actuar es actuar.

Zoe casi perdió la paciencia.

—Compórtate, Noah, por favor —dijo en tono desesperado pero firme a la vez—. Tenemos un trato y debemos cumplirlo como acordamos. Todo tiene que salir perfecto hasta que esta maldita farsa termine.

—Lo que tú digas, Zoecita... —se burló Noah, pero antes de que ella explotara de nuevo, levantó las manos en señal de rendición—. ¡Ya, ya, lo capté! Mejor salgo a dar una vuelta para que los ánimos se enfríen. Nos vemos en un rato, jefa.

Zoe rodó los ojos con exasperación mientras él se deslizaba hacia la puerta con ese caminar relajado muy típico de él, como si nada hubiera pasado. Entretanto, justo antes de salir, Noah se giró y le guiñó un ojo.

Zoe se quedó en silencio, sintiendo que le hervía la sangre. Respiró hondo y murmuró para sí misma:

—¡Profesional, claro que sí!

Con un suspiro, se dejó caer sobre la cama, agarró su celular y llamó a Madison. Tenía que desahogarse, porque si no, la próxima vez no respondería por sus acciones. Mientras esperaba a que su amiga contestara, no pudo evitar pensar en la maldita sonrisa de Noah y en lo frustrante que era lo mucho que le afectaba, aunque no quisiera admitirlo.



El día amaneció despejado y frío, con un cielo azul impecable y una brisa helada que cortaba las mejillas. El parque deportivo de Aspen se extendía con senderos immaculados rodeados de árboles desnudos, cubiertos por la fina escarcha que relucía bajo la luz del sol.

Noah, entusiasmado por volver a correr después de tanto tiempo, se ajustó los guantes y estiró los músculos con la destreza de un atleta experimentado, mientras Zoe se limitó a observar sus movimientos con fastidio... y resignación. Sabía que aquello sería un desastre, pero no podía dejar que la familia los viera por separado y nuevamente comenzaran a sospechar de su relación “perfecta”.

—Vamos, Sinclair... —dijo Noah con una sonrisa burlona, adelantándose con la energía de un corredor profesional—. ¡Es solo correr un poco!

Zoe lo siguió, o al menos lo intentó, pero no habían pasado ni dos minutos cuando ya estaba agotada, con las manos en las rodillas, jadeando y tratando de recuperar el aliento.

Noah, que apenas comenzaba a sudar, regresó trotando con una expresión de falsa preocupación en el rostro.

—¿Ya? ¿Eso es todo? —aguijoneó con ese tono mordaz que ella tanto odiaba.

—Solo estoy tomando fuerzas. No estoy acostumbrada a... esto. —Zoe se enderezó con el orgullo herido y echó a correr de nuevo, aunque su trote parecía más una marcha zombie que un esfuerzo atlético.

Mientras Noah mantenía un ritmo constante con una sonrisa burlona en los labios, Zoe lo alcanzaba solo para fruncir el ceño y lanzarle comentarios sarcásticos que se perdían en el viento helado.

—Si de verdad te esforzaras, hasta me motivarías... —bufó Zoe, entre jadeos.

—Claro, porque tus “descansos forzados” cada dos metros son súper inspiradores —replicó Noah, con una sonrisa aún más burlona.

Zoe se detuvo de golpe y, con la respiración entrecortada, volvió a inclinar la espalda. Esta vez sus brazos se le desplomaron como si fuera un muñeco de trapo.

—¡Me muero de hambre, Thorne! —gruñó con los ojos fijos en los adoquines—. En serio, ¿sabes qué sería más productivo que esta tortura? Ir a desayunar algo bien rico. —Se irguió de nuevo, como quien toma una decisión de vida o muerte, y lo miró desafiante—. Te apuesto lo que quieras que encuentro una cafetería antes de que tú me obligues a seguir corriendo.

Noah rio entre dientes, sacudiendo la cabeza.

—Siempre buscando la salida fácil, ¿eh? Está bien, pero yo escojo el lugar. Vamos a esa cafetería vegana que vi cerca del centro.

Zoe por poco gira la cabeza como la niña del exorcista al escuchar semejante disparate.

—¡Ni loca! ¿Cafetería vegana? Yo quiero un desayuno de verdad. Huevos revueltos sudando en mantequilla, tocino crujiente, panqueques rebosando en syrup de maple... —Enumeró cada plato con un brillo en los ojos como si estuviera recitando una poesía.

—¿Estás describiendo un desayuno o firmando tu sentencia? —le provocó Noah.

Tras un tira y afloja en la que ambos no dejaron de picarse, Zoe ganó la batalla y terminaron en una cafetería clásica con aroma a café recién hecho y vitrinas llenas de delicias cargadas de calorías.

Noah, con cara de mártir, pidió lo más *light* que encontró: el vaso más grande de jugo verde y un plato de frutas bañadas en yogurt natural. Zoe, por su parte, no escatimó en darse un festín con un desayuno que parecía más un banquete para un equipo de fútbol.

—¿Vas a comerte todo eso? —preguntó Noah, burlonamente, alzando una ceja.

—Voy a disfrutar hasta la última gota de grasa, cariño —respondió Zoe, sonriendo ampliamente, como si Noah le hubiera contado el chiste del siglo, mientras le untaba una generosa porción de mantequilla a sus panqueques.

Noah no se contuvo y lanzó una crítica más:

—¿Alguna vez has pensado en lo que esos embutidos le hacen a tu salud? Ni hablar de la mantequilla. Vas directo a un infarto.

Zoe se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Cállate y mastica tu pasto, Thorne. No vaya a ser que te atragantes con una semilla de chia y tenga que llamar a los paramédicos por “sobredosis de salud”.

Noah casi escupe su jugo verde de la risa, pero se recompuso rápidamente para lanzar un último ataque:

—¿Sabes? Si invirtieras tanta pasión en el gimnasio como la inviertes en devorar azúcar y mantequilla, quizá no tendrías que tomar descansos cada diez pasos.

Zoe le lanzó una mirada fulminante.

—Si dejaras de comportarte como un influencer vegano cada vez que comes, tal vez yo no estaría tan tentada a pedirte que uses más ropa con bolsillos... para que ahí guardes tu dignidad.

Noah se carcajeó, pero cuando trajeron la cuenta, con la mayor naturalidad del mundo la deslizó por el tablero de la mesa hacia Zoe.

—Tu idea, tu gasto. Es lo justo, ¿no? —dijo con una sonrisita descarada.

Zoe lo taladró con la mirada, mascullando entre dientes, mientras metía la mano en el bolsillo de su sudadera y sacaba su tarjeta para pagar:

—Ni siquiera vales los huevos que comí...

De regreso a casa, Zoe, con las manos firmes en el volante del Range Rover rentado y la mirada fija en la calle, refunfuñaba mientras Noah, enfrascado en un concierto de silbidos, disfrutaba del paisaje nevado que desfilaba por las ventanas, como si la salida hubiera sido agradable. No había duda de que formaban una pareja tan disparatada como divertida, siempre al borde de una guerra verbal, pero de algún modo lograban mantener la chispa viva... aunque fuera a base de mofas y réplicas afiladas. Y así, con las Rocky Mountains como testigo, la farsa seguía adelante... con más discusiones que romanticismo.



Tras la disputa matutina por quién ganaba el baño primero, Zoe y Noah finalmente bajaron renovados para unirse a la familia, que esa mañana se encontraba reunida en la amplia terraza de la residencia. La decoración era acogedora y elegante: cómodos sillones de mimbre con cojines gruesos, mantas de lana dispuestas sobre los reposabrazos y farolas de hierro fundido que iluminaban suavemente el lugar. En el centro, un cuenco con leños troceados ardía, creando una atmósfera cálida a pesar del frío matinal. Todos estaban reunidos alrededor del fuego, disfrutando del ambiente aparentemente tranquilo.

Apenas se sentaron, Weston les ofreció algo de beber.

—Siempre es un placer disfrutar de este whisky escocés, Weston. ¡La calidad se nota! —comentó Noah con su característica sonrisa descomplicada, esa misma que, pese a que el día apenas iniciaba, ya comenzaba a irritar a Zoe.

Ella, por su parte, dio un largo sorbo a su mojito cargado de hierbabuena extra, rezando en silencio para que Noah no metiera la pata.

Weston, acomodado en el sillón con su whisky en la mano, se dispuso a compartir algunas anécdotas de un viaje a los Himalayas con Hazel.

—Escalar a esas alturas fue un reto, pero el paisaje y la experiencia lo valen todo —comentó con cierta nostalgia.

Hazel, con los ojos brillantes, añadió emocionada:

—¡Y los amaneceres! No hay nada igual en el mundo.

Fue entonces cuando Noah, sin poder evitar el deseo de sobresalir, se lanzó al ruedo con su típico entusiasmo:

—Eso me recuerda... —empezó, sin percatarse de la trampa en la que él mismo se estaba metiendo—, que el año pasado, cuando estaba guiando a un grupo de turistas en Buffalo para que vieran las Cataratas del Niágara, descubrí que los mejores momentos no son los planificados, sino los que encuentras fuera del camino turístico. A veces, lo inesperado es lo más inolvidable.

El silencio que siguió fue tan incómodo que casi se podía escuchar cómo Zoe contenía la respiración. ¿Qué acababa de decir Noah? Su cerebro trataba de procesar la “burrada” que acababa de soltar.

Hazel, Benjamín y Savannah intercambiaron miradas incrédulas, y no tardaron en murmurar entre ellos. La contradicción era evidente: ¿Alexander no era un ingeniero civil? ¿Desde cuándo los ingenieros civiles se dedican a guiar turistas en Buffalo?

Hazel fue la primera en romper el silencio con una sonrisa afilada.

—Guía turístico, ¿eh? Qué interesante, Alexander. No sabía que eso entraba dentro de tus... múltiples talentos.

Zoe, al borde de la desesperación, forzó una risa nerviosa.

—Oh, ya saben cómo es Alexander, siempre tan aventurero. Le gusta involucrarse en todo tipo de cosas. Además, fue algo ocasional, ¿verdad, cariño? —Zoe le lanzó una mirada a Noah que claramente decía: “¡Arregla esto ya, imbécil!”

Gertrude, siempre perspicaz, levantó ambas cejas.

—¿Ocasional? Qué curioso, querida. Según recuerdo, llevan menos de un año juntos. ¿Cómo sabes tanto sobre su vida antes de conocerse?

Noah, al darse cuenta de que la había embarrado, intentó improvisar:

—Zoecita y yo llevamos en realidad un poco más de lo que parece. Y bueno, lo de ser guía fue algo del momento, un favor para un amigo. Nada oficial, más bien una experiencia para salir de la rutina. Pero sí, fue un recuerdo increíble.

Su tono relajado no hizo más que avivar la desconfianza en los rostros de la familia. Benjamín murmuró algo a Savannah, quien asintió y luego lanzó una mirada significativa hacia Zoe y Noah.

Hazel, con su habitual agudeza, suspiró exageradamente mientras se servía otro martini, sin apartar los ojos de Noah.

Aunque Noah parecía salir ileso, Zoe sabía que su fachada comenzaba a resquebrajarse. Se agarró al borde de su vaso de mojito, bebiendo sorbos largos y nerviosos mientras su mente trabajaba a toda velocidad buscando una salida. Pero Noah, como si nada hubiera pasado, tomó un largo trago de su whisky y se recostó en el sillón con total confianza, como quien cree que ha salido victorioso de una carrera de esquí.

Weston, intentando aliviar la tensión, cambió de tema.

—Lo importante es que todos tenemos recuerdos que nos enriquecen, ¿no?

Aunque la conversación tomó un nuevo curso, los murmullos persistían y las miradas desconfiadas se mantenían fijas en Noah, esperando la próxima contradicción.

Justo cuando Zoe creía que no podía ponerse peor, Gertrude preguntó:

—Y bien, ¿qué planes tienen para el resto del día?

Noah, sin perder la oportunidad, respondió con una larga sonrisa:

—Pensaba llevar a Zoecita a una discoteca. Nos vendría bien mover un poco el esqueleto y tomarnos unos tragos. Además, creo que ella necesita quemar un poco de calorías, porque la veo desmandándose con el dulce.

Zoe parpadeó, sorprendida por el comentario y la repentina invitación.

—¿Discoteca? ¿A plena luz del día? Ya veo, siempre tan brillante tú.

Noah, sin inmutarse, le guiñó un ojo.

—Relájate, será divertido. Además, algo de ejercicio no te vendrá mal.

Zoe se inclinó hacia él y, en un susurro ácido, soltó:

—Pero tú pagas, pendejo.

Noah se quedó unos segundos en silencio, su expresión pasó de sorpresa a una sonrisa socarrona, como si hubiera disfrutado del comentario. Zoe terminó lanzándole una mirada

desafiante mientras el resto de la familia reía sin entender completamente lo que acababan de presenciar.



La discoteca vibraba en esa noche de invierno con una energía desbordante, con las luces de neón destellando mientras Zoe y Noah bailaban entre risas y empujones en medio del bullicio. A pesar de que intentaba relajarse, Zoe parecía que no podía soltar el enojo acumulado desde la tarde.

—¡De verdad, Noah, hasta ahora no puedo creer que mencionaras lo de los turistas en Buffalo! —gritó, girando torpemente mientras lo fulminaba con la mirada—. Mamá casi escupe su martini de la impresión.

Noah, con su típica sonrisa de “todo me resbala”, se encogió de hombros y dio un sorbo a su trago con total quemeimportismo.

—Relájate, Sinclair. ¿No se supone que soy el novio aventurero y encantador? Además, a tu mamá le viene bien un poco de emoción en la vida. ¿Sabes? Quizá hasta le di ideas para su próximo viaje.

Zoe, a pico de botella, se llevó a los labios un generoso trago de vodka.

—¡No estamos aquí para darle ideas de turismo! —replicó, tambaleándose mientras lo señalaba con un dedo acusador—. ¡Estamos para mantener este plan ridículo en pie hasta el último! ¿Entiendes, Thorne? ¡Y tú, en vez de colaborar, solo te dedicas a hacerme la vida imposible con tu bocota!

Noah la sujetó por la cintura cuando vio que estaba a punto de perder el equilibrio y sonreía como si todo fuera un juego.

—Oh, vamos, Zo. No seas melodramática. ¿No te parece un poco exagerado preocuparte por eso? Además, ¿qué me dices de tu abuela que me ha hecho un interrogatorio completo durante toda la tarde sobre mi rutina de ejercicios y si prefiero los suéteres de cachemir o lana merino?

Zoe soltó un bufido exasperado.

—¡Eso es porque tú inventaste que haces ayuno intermitente para mantener tu “escultural físico” y que solo comes alces cazados en las montañas! ¡Ahora Gertrude te idolatra! —espetó, intentando mantener la dignidad mientras se tambaleaba.

Noah soltó una carcajada, disfrutando de la situación.

—Bueno, fue una jugada maestra. ¿Te diste cuenta de que me trató como si fuera su nieto favorito? Admítelo, tengo a tu familia en la palma de mi mano.

Zoe lo miró con los ojos entrecerrados, visiblemente mareada por el alcohol.

—Sí, claro, todo bajo control... excepto cuando casi te matas esquiando o cuando decides besarme como si estuviéramos en un maldito concurso de “quién da el mejor beso francés” frente a todos —dijo, cruzando los brazos con un gesto de indignación, aunque perdió el equilibrio enseguida.

Noah la atrapó con un movimiento ágil antes de que se fuera de bruces.

—¿Te estás quejando de mi técnica, Sinclair? Porque, si no me falla la memoria, tu mamá me miró con cara de “así se besa con pasión verdadera” —se burló, alzando las cejas con orgullo—. Y si mal no recuerdo, tú no te quedaste atrás.

Zoe intentó empujarlo, pero su equilibrio no era el mejor en ese momento; tropezó con sus propios pies.

—¡Eres un arrogante! Ese beso fue totalmente innecesario. ¡Solo complicas las cosas! ¡Y eso, Thorne, es lo que me cabrea! Es tu ineptitud, tu incompetencia absoluta... y, ¡tu carita de tonto que no ayuda en nada! —Zoe le apuntó con el dedo índice a los ojos, o al menos lo intentó, pero terminó moviendo la mano en zigzag—. ¿Qué sigue? ¿Fingir que te arrodillas y me propones matrimonio frente al árbol de Navidad?

Noah la miró con una sonrisa traviesa.

—Hmm... suena a un buen final para nuestro show. ¿No crees? —Le guiñó un ojo, disfrutando viéndola tan molesta y a la vez tan descompuesta.

Zoe gruñó, acercando la botella a sus labios y tomando otro sorbo de vodka.



Más tarde, pasada la medianoche, Noah conducía de regreso a casa mientras Zoe, desplomada en el asiento del copiloto, seguía con su letanía de quejas.

—Eres un... un desastre, Thorne. Casi arruinas todo con tu bocota. ¡Todo! —exclamó, agitando las manos con movimientos exagerados y descoordinados.

Noah la miró de reojo, conteniendo la risa.

—Es curioso que sigas hablando como si estuvieras tan sobria, cuando en realidad no puedes ni decir “turistas en Buffalo” sin que se te enrede la lengua.

Zoe se enderezó, indignada, y con toda la seriedad del mundo intentó repetirlo:

—Tu -ri -stas en Buff... Buff-fa... ¡agh, maldita sea! —replicó a regañadientes, rindiéndose con un suspiro exagerado antes de dejarse caer de nuevo en el asiento.

Al llegar a casa, Noah tuvo que prácticamente cargarla hasta la puerta. Zoe se resistía, como si aún tuviera algo de dignidad por defender.

—¡No necesito tu ayuda! ¡Puedo caminar sola! —protestó, zafándose con un movimiento brusco y casi desplomándose en el intento.

Noah la atrapó justo a tiempo, soltando una risotada.

—Sí, claro, porque caminar en zigzag mientras te aferras a las paredes es lo más chic en elegancia —bromeó, mientras la sostenía firmemente de la cintura para subir las escaleras.

De repente, Zoe se giró hacia él y, acercándole un dedo a los labios, susurró:

—¡Shhh! ¡Haz silencio! No vaya a ser que la abuela se despierte y se dé cuenta de que estamos hechos mierda. —Pero en ese momento tropezó con un escalón y Noah tuvo que sujetarla más fuerte. Ambos estallaron en carcajadas.

Ya en la habitación, Zoe apenas podía mantenerse en pie, estaba tan mareada que, sin previo aviso, corrió al baño. Noah fue detrás de ella. Apenas alcanzó la puerta, Zoe se desplomó en el inodoro, incapaz de mantenerse sola, mientras Noah, que la seguía de cerca, la sujetó con cuidado para que no se cayera.

—¡Dios mío, no pensé que podrías beber tanto! —bromeó él, agachándose para mantenerla en equilibrio.

Zoe intentó levantar la cabeza, pero estaba demasiado mareada para responder con su típico sarcasmo. En su lugar, balbuceó:

—Eres... un... idiota.

—¿Ah, sí? —respondió Noah—. Pues este idiota te está salvando el trasero, Sinclair. Si no fuera por mí, acabarías abrazando el suelo ahora mismo.

Zoe se inclinó de nuevo, sintiendo una nueva arcada de náuseas, mientras Noah la sostenía pacientemente.

—¿Sabes qué? —continuó él—. Esto no estaba en el contrato. Ni siquiera sabía que podía haber una cláusula de “ayuda en caso de emergencia vomitiva”. ¡Voy a pedir un aumento después de esto!

Zoe soltó un lánguido sonido entre una risa y un quejido, pero no consiguió replicar. Finalmente, cuando el malestar empezó a ceder, se sentó en el suelo y, arrimándose contra el inodoro, dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Terminé... —murmuró—. Creo que ya terminé...

—¡Qué alivio! —Noah sonrió, fingiendo dramatismo mientras se acomodaba junto a ella—. Porque no soy exactamente el tipo que disfruta de estas situaciones.

Zoe abrió un ojo, mirando a Noah con agradecimiento y agotamiento.

—Eres... insoportable.

—Lo sé, pero admito que me veo bien ayudando a damiselas en apuros —le respondió, guiñándole un ojo.

Zoe intentó levantarse, pero sus piernas aún le temblaban. Con un intento desesperado de ponerse en pie, tambaleó peligrosamente hacia un lado y, Noah, atento a sus movimientos, la sujetó por la cintura justo a tiempo.

—¡Wow, tranquila! —dijo con una sonrisa divertida—. Esto no es una competencia de “quien se cae más rápido”

—Puedo sola —balbuceó Zoe, intentando sonar convincente, aunque apenas podía mantenerse en pie.

—Claro que sí, campeona —burló Noah, mientras prácticamente la cargaba—. Vamos, deja que este noble caballero te lleve hasta la cama.

Zoe se dejó llevar, murmurando algo apenas entendible. Al llegar a la habitación, Noah la dejó caer con cuidado sobre la cama, soltando un suspiro exagerado.

—Ahí tienes, princesa. Misión cumplida.

Mientras le quitaba los zapatos, Zoe continuaba murmurando incoherencias:

—Odio... odio tu maldita sonrisa de conquistador barato —titubeó, entrecerrando los ojos, luchando contra el sueño que la vencía—. Eres... odioso, cabrón... pero tus manos están... cálidas.

Noah se inclinó hacia ella, riendo suavemente.

—Lo dices como si te encantara, Sinclair —susurró a su oído, acomodándole la manta sobre los hombros—. Al menos soy un odioso útil.

Zoe intentó decir algo, pero se quedó dormida antes de terminar la frase. Noah se quedó un momento más, mirándola con una ternura inesperada, sorprendido por lo tranquila que se veía dormida. Sonrió, sacudiendo la cabeza, y murmuró:

—Definitivamente somos la pareja más entretenida de Aspen... y, quizá, más de lo que pensaba.

Antes de irse al sofá para dormir, no pudo evitar mirarla una última vez.

Zoe se despertó con el sonido molesto de las cortinas abriéndose de golpe. La luz del día le pegó de lleno en la cara.

—¿Por favor? —gruñó, con la voz ronca y adolorida, cubriéndose con la almohada la cara—. ¿Podrías ser un poco más considerado?

Noah, de brazos cruzados, la miró con una sonrisa irónica.

—Considerado es lo último que mereces después de la vergüenza de anoche. ¿Recuerdas que casi tuve que cargarte desde la puerta de la discoteca hasta aquí?

Zoe se incorporó lentamente, con los ojos entrecerrados y la cabeza martilleándole.

—No exageres. Seguro todo es mucho drama tuyo.

Noah se le acercó.

—Claro, claro. Arrastrarte por las calles hasta llegar al jeep mientras cantabas villancicos a gritos es algo normal —replicó, riendo, mientras abría uno de los cajones y buscaba algo.

—Me meto en el espíritu navideño. ¿Cuál es el problema? —respondió Zoe con sarcasmo, aunque el dolor en la cabeza le dificultaba ser tan punzante como quisiera.

Noah encontró una caja de analgésicos, sacó una pastilla y la dejó junto a un vaso de agua en la mesita de noche.

—Tómate esto. Lo necesitas, y créeme, también yo lo necesito para no tener que aguantar tus quejas el resto del día.

—Qué generoso... —Zoe tomó la pastilla, y aunque estaba agradecida, lo miró con fastidio.

Antes de que pudiera lanzar su siguiente comentario, tocaron a la puerta. Noah fue a abrirla. Era Weston.

—Alexander, ¿tienes un minuto? Quiero ir a buscar un rifle de caza, y pensé que podrías acompañarme.

Noah regresó a mirar a Zoe. Ella seguía sentada en la cama, abatida por el fuerte dolor de cabeza. De seguro estaba hecho un guiñapo, pensó, exhausta.

—Con gusto. Aquí no hay mucho más que pueda hacer —dijo Noah, sonriendo con malicia mientras Zoe lo fulminaba con la mirada.

—Sí, vete, y quizás te compres algo útil... como un bozal —murmuró Zoe, tomándose la cabeza con una mano.

—Te dejaría uno, pero no creo que puedas ponértelo tú sola en ese estado —respondió Noah, esquivando una almohada que Zoe le lanzó con poca puntería antes de irse con Weston.

Zoe lanzó un suspiro y se dejó caer de nuevo en la cama, intentando calmar la tormenta en su cabeza. Tras unos minutos se armó de valor, se duchó y bajó en busca de algo para desayunar.

Al ver la hora en el reloj de la cocina, se dio cuenta de que eran pasadas las nueve y treinta.

«Perfecto, la reina de la puntualidad ha llegado», pensó con ironía, sabiendo que para su familia eso era tardísimo.

La mesa de la cocina estaba vacía. Ni siquiera la señora del aseo andaba por ahí. Zoe caminó hacia la cafetera, que aún mantenía el café caliente, aunque todo lo demás ya había sido guardado. Con una mueca se sirvió un poco mientras intentaba recordar los detalles borrosos de la noche anterior.

«Definitivamente me hará pagar por esto durante el resto del día», pensó, dándole un sorbo al café. El dolor de cabeza aún persistía, recordándole lo mal que había manejado sus tragos.

De repente, Hazel apareció por el umbral de la puerta, con esa característica sonrisa insidiosa.

—¡Buenos días, bella durmiente! —exclamó con tal sarcasmo que perforó el silencio de la cocina.

Zoe rodó los ojos, harta ya de sus indirectas.

—Por favor, mamá, déjate de burlas. Tengo un dolor de cabeza insoportable.

—¿Acaso te volviste a desvelar anoche? ¿O bebiste sin control, como siempre?

Zoe apretó los labios, revolviendo su taza con más fuerza de la necesaria, tratando de contenerse. No tenía energía para discutir.

Hazel se sentó frente a ella, cruzando una pierna sobre la otra y observándola como quien examina algo, esperando encontrar un motivo para criticar.

—Mira, Zoe, ahora que al fin estamos a solas, quiero hablarte sobre algo que ya no puedo callar más. Este hombre, Alexander... no me inspira confianza. Y tú, más que nadie, deberías verlo.

Zoe levantó la mirada, notando el veneno en las palabras de su madre.

—¿Y qué se supone que debo hacer, mamá? ¿Romper con él solo porque a ti simplemente no te gusta?

—No es que solo no me guste, hija —dijo Hazel, alzando una ceja con esa suficiencia que tanto la irritaba—. Es que lo veo por lo que es: un charlatán sin rumbo que solo te llevará a más fracasos. No entiendo cómo puedes ser tan ciega.

Zoe se tensó. Sus ojos se desviaron hacia la puerta, preocupada de que, a pesar de no tener mucha afinidad con él, Noah llegara y escuchara el ataque de su madre.

—Mamá, deja de criticarlo. No tienes derecho a decidir quién es bueno para mí o no. Estoy harta de tus sermones sobre quién me conviene.

—Hablo por tu bien, Zoe. Y también por el bien de la familia. Si sigues rodeándote de gente mediocre, vas a arrastrarnos a todos contigo. ¿O ya olvidaste tus fracasos con esos negocios? —Hazel sonrió con satisfacción, sabiendo que había dado en el blanco.

Zoe respiró hondo, sintiendo cómo la ira crecía dentro de ella.

—Estamos hablando de mi relación, no de mis decisiones profesionales. Si solo has venido a criticarme, mejor me voy a mi cuarto.

—¡Siempre evadiendo la realidad y huyendo en lugar de enfrentar los problemas! —Hazel alzó la voz, haciendo que Zoe se sobresaltara—. Timothy era un hombre con visión, con estabilidad. ¡Él sí tenía lo necesario para construir un futuro! Pero tú lo dejaste ir por este... desastre temporal que llamas novio.

—¡Basta de mencionar a Timothy! —replicó Zoe, histérica—. Él y yo somos solo amigos, ¿cuántas veces tengo que decírtelo...? ¡Demonios!

Hazel chasqueó la lengua, despectiva.

—Deberías lamentar haber dejado ir a un hombre como él. A los veintidós años ya estaba graduado en negocios y hoy maneja su propia empresa. Mientras tanto, tu “novio” ni siquiera sabe explicar cómo se construye un puente. ¡Es un fraude! Está claro que está actuando para colarse en nuestra familia.

Zoe sintió cómo la tensión en su pecho se intensificaba. Si Noah llegaba y escuchaba una sola palabra de ese veneno...

—Mamá, deja de hablar mal de Alexander. Él es honesto y no pretende aprovecharse de nadie. Es mi vida, y yo sabré con quién quiero estar.

Hazel se inclinó hacia adelante, y en un susurro frío y cortante dijo:

—Lo que necesitas, Zoe Adelaide Sinclair, es un hombre con verdadero potencial. No un galán de telenovela barata que ni siquiera sabe sostener sus propias mentiras...

—¡Mamá, para ya! —exigió Zoe, mirándola fijamente—. Respeta que Alexander es mi novio. En ese instante, un ruido en la sala contigua hizo que Zoe se quedara helada. ¿Era Noah? El miedo de que él hubiese escuchado la discusión la hizo ponerse de pie de golpe.

—Me voy a mi habitación. No pienso escucharte más.

Hazel, con una expresión de triunfo en sus ojos, lanzó un último golpe:

—Estás desperdiciando tu vida con alguien que vive solo para impresionar. Timothy era el hombre perfecto para ti, pero dejaste que tus caprichos te cegaran. Y yo no voy a permitir que arruines tu vida de nuevo. El dinero reconoce el dinero. Ese tal Noah seguramente no tiene dónde caerse muerto.

Zoe sintió cómo su pulso se aceleraba en las sienes. Con un movimiento brusco, salió de la cocina sin mirar atrás, sintiendo la mirada satisfecha de su madre clavada en su espalda, consciente de que disfrutaba cada segundo de la confrontación. Cruzó el pasillo mirando a su alrededor, rezando para que Noah no hubiera estado cerca y no hubiera escuchado ni una palabra de la desagradable crítica de su madre.



Antes de que Zoe pudiera poner un pie en el escalón, vio a Noah en la terraza trasera, de brazos cruzados, mirando hacia las montañas nevadas. El corazón se le vino al piso al pensar cuánto tiempo llevaría ahí. ¿Y si el sonido que escuchó cuando discutía con su madre era él?

Decidida pero inquieta, Zoe no pudo evitar sentirse incómoda por las duras palabras de su madre hacia él. Aunque su relación solo se basaba en un contrato, algo en su interior se removió. Atrapada por ese sentimiento, salió a la terraza.

—¿Noah? —preguntó con la voz ligeramente temblando—. ¿Llevas tiempo ahí?

Noah se giró hacia ella, sus ojos verdes, normalmente chispeantes, ahora lucían agotados y llenos de molestia.

—Se acabó el show, Sinclair —dijo con frialdad.

Zoe frunció el ceño, una mezcla de inquietud y enojo reflejó su rostro.

—¿Qué pretendes decirme con eso, Noah?

Él sonrió con desdén; ese gesto arrogante que ella ya empezaba a reconocer demasiado bien.

—Deberías hacer caso a lo que dice tu madre, cariño. El dinero reconoce el dinero, y tu ex noviecito parece ser el candidato perfecto para tu familia. ¿Por qué no corres a buscarlo y me

ahorras esta farsa?

El rostro de Zoe se calentó por la vergüenza. Lo peor de todo es que él había escuchado cada palabra de la discusión con su madre.

—¡Maldita sea, nos escuchaste! —Intentó recuperar la compostura, pero la incomodidad le pesaba—. Mira, siento mucho que escucharas eso, no era justo que... bueno, que te lo dijera a tus espaldas, pero no puedes largarte así.

Noah resopló, su expresión era de enojo y desilusión.

—Esto es ridículo, Zoe. Tu madre me odia, y francamente, no tengo interés en ser el *punching bag* de esta familia. Lo más sensato es que termine aquí y ahora. Diles lo que quieras... que soy un cobarde, que me asusté ante la posibilidad de comprometerme o que me largué porque no aguanto a tu familia. A mí me da igual.

Zoe se acercó, furiosa.

—¿Estás loco, Thorne? —espetó, sacudiéndolo ligeramente por los hombros—. ¡Nadie sale de aquí! Tenemos un contrato firmado, y lo vas a cumplir. ¡Sé un adulto responsable!

—¿Responsable! —Los ojos de Noah brillaron, soltándose de ella—. ¡Esto es un circo, Zoe! Estoy acostumbrado a que la gente me adore, no a ser tratado como un estorbo. ¡Nunca me he tenido que ganar la aprobación de nadie!

Zoe, manteniendo la calma como buenamente podía, replicó:

—¿Y qué? ¿Es tu ego lo que está herido? ¡Bienvenido al club, amorcito! Mi madre es insufrible, y lo sé mejor que nadie. Pero, Thorne, este es tu trabajo. Sabías a lo que te metías. Faltan pocos días para Navidad, y luego desaparecerás de mi vida. Así que aguanta un poco más.

Noah se quedó en silencio por unos segundos, evaluándola con una mirada que revelaba fastidio y algo más profundo. Finalmente, habló con una sonrisa torcida:

—Zoecita, esto te va a costar más.

—¿Qué? —Zoe lo miró incrédula—. ¿De qué hablas?

—Digo que quiero mil dólares más por aguantar a tu madre y su aprecio por tu ex —le respondió, dando un paso hacia ella con la barbilla alzada y ese aire arrogante que tanto le sacaba de quicio—. Esto no estaba en los términos del contrato.

Zoe apretó los puños y, tras una mirada rápida hacia la ventana del segundo piso, donde vio a su madre y a Savannah espiándolos, decidió mantener la calma... ganas no le faltaban de sacarle al menos dos dientes de un puñetazo directo al mentón.

—Escucha bien, Thorne... —le dijo entre dientes con una sonrisa artificial, mientras acomodaba el cuello de su camisa, casi como si estuviera acariciándolo—, no te voy a pagar un

centavo más. Te amarras bien esos pantalones y te quedas porque te quedas, carajo...
¿Entendido?

Noah se mordió su labio inferior, devolviéndole una sonrisa seductora.

—No te prometo nada, Sinclair. Tu familia es un caso perdido. Necesito un bono solidario.

Zoe, sin perder la compostura, le devolvió una sonrisa igual de venenosa.

—No. Y ese no es tu problema, querido. Tú solo sigue el guión. Y ahora entremos antes de que el vecindario tenga material para el chisme.

—Después de ti, bomboncito —respondió Noah en tono burlón.

Ambos se dirigieron hacia la puerta de entrada, pero antes de cruzarla, Zoe no pudo resistirse.

—Por cierto, Thorne, si planeas escapar de este caos, al menos asegúrate de que tu actuación esté a la altura. Sería una pena que te conviertas en el hazmerreír de Aspen —dijo con una sonrisa maliciosa, acompañada de un guiño—. Recuerda que existen las redes sociales y tengo los contactos y el dinero para hacer que sean virales.

Noah la miró con un desprecio tan fingido que, esa chispa de diversión que tanto se esforzaba por disimular, finalmente apareció enmarcada en una media sonrisa.

—Lo tendré en cuenta, Sinclair. Aunque, si me pierdo, será porque este contrato me tiene más atrapado de lo que esperaba —respondió, cargando la frase de una insinuación apenas disimulada.

Zoe parpadeó, sorprendida por el tono, pero prefirió ignorarlo, como siempre. No quería darle el gusto de verse intimidada, y siguieron caminando hacia el interior de la casa. Pero antes de que la familia pudiera salir a recibirlos, Zoe propuso rápidamente:

—¿Qué te parece si damos un paseo fuera de estas cuatro paredes? Necesito aire fresco antes de lidiar con más drama.

Noah, ya mucho más relajado, respondió con una sonrisa torcida:

—¿Te das cuenta de que me estás haciendo trabajar horas extras y con el mismo pago? Ni siquiera el Grinch aceptaría este trato.

Zoe soltó una risotada, ya más aliviada.

—Vamos, Thorne, admítelo. Esto es más divertido de lo que esperabas. Además, ¿qué pasó con ese espíritu navideño tuyo? ¡No me digas que lo dejaste guardado en Texas!

—Probablemente se quedó congelado allá atrás, junto con mi dignidad —murmuró Noah, fingiendo un escalofrío exagerado que hizo que Zoe le diera un golpecito en el brazo.

Ambos comenzaron a caminar por las aceras cubiertas de nieve del lujoso condominio, con la respiración dibujando nubecitas en el aire frío. La tensión había quedado atrás, y la dinámica

juguetona y llena de sarcasmo volvió a fluir entre ellos, como si el conflicto de minutos atrás no hubiera sido más que un malentendido pasajero. Mientras avanzaban, se deleitaron mirando las decoraciones navideñas de las casas a su alrededor: cada morador parecía competir por dejar su hogar más resplandeciente que el del vecino. Luces parpadeantes en tonos cálidos envolvían los pórticos, mientras figuras de renos y muñecos de nieve iluminaban los jardines, creando un ambiente festivo y acogedor. Los destellos y el colorido del sinfín de luces les arrancaron sonrisas, conectándolos inconscientemente con su encanto en el espíritu navideño.

—Oye, Sinclair —dijo de pronto Noah, tras haber estado por un momento en silencio, adentrado en la magia navideña—, si sobrevivo a estas vacaciones sin querer ahorcar a tu madre, quiero un aumento. No pido mucho, solo un par de tragos pagados... o tal vez, una medalla al valor.

—Si sobrevives, Thorne, te invito a un brindis por tu valentía —contestó Zoe, riendo—. Aunque, seamos honestos, lo que realmente te mantiene aquí es lo difícil que te resulta alejarte de mí.

Noah soltó una suave risa, observándola con ese brillo juguetón en sus ojos.

—Si así quieres verlo, Sinclair, adelante —replicó en tono suave—. Pero quién sabe... quizás haya algo en este desastre que no quiera perder de vista.

Ambos estallaron en carcajadas, disfrutando de la broma, mientras caminaban lado a lado, dejando atrás los problemas y cuestionándose por qué, pese a las discusiones y choques, seguían encajando a la perfección en su extraño, pero divertido convenio.



La mañana era perfecta, con un cielo despejado y un sol radiante que se reflejaba en la nieve como si quisiera compensar el frío invernal de Aspen. En el jardín trasero, Zoe y Noah disfrutaban de cócteles junto a Weston y Gertrude, sentados alrededor de una mesa decorada con manteles rojos y velas navideñas. Las risas eran contagiosas y la charla agradable mientras el sol se filtraba entre las agujas de los pinos nevados.

Pero esa tranquilidad se desmoronó en cuanto Hazel apareció de la nada. Su porte imponente y la sonrisa rígida que llevaba dibujada en el rostro ya presagiaba tormenta.

Se acercó con paso decidido, ignorando por completo a Noah y dirigiéndose exclusivamente a Zoe.

—Zoe, querida —dijo con un tono cargado de miel envenenada—. Pensé que te gustaría saber que he invitado a Timothy al almuerzo.

Zoe sintió cómo la sangre se le congelaba en las venas. Su rostro palideció y la furia le encendió los ojos. El descaro de su madre la dejó paralizada por un segundo; no podía creer que Hazel fuera capaz de semejante golpe bajo y, encima, frente a Noah.

—¿¡Invitaste a Timothy!? —espetó, tratando de mantener la calma, pero obviamente no lo consiguió—. ¡Mamá, no puedo creer que hicieras eso! —dijo mirándola con indignación—. Sabes perfectamente que no tiene ningún sentido.

Hazel se encogió de hombros con tal indiferencia como si fuese fríamente calculada, clavando la mirada en Zoe como si la discusión le resultara aburrida.

—¿Y cuál es el problema? —replicó con cierto aire de superioridad, como quién tiene la última palabra—. Timothy siempre será bienvenido en esta casa, lo sabes de sobra. Además, apenas han llegado hoy a Aspen. ¿Qué esperabas, que no los invitáramos? Su casa de vacaciones está justo al frente, después de todo.

Noah, que hasta ese momento había mantenido una sonrisa disimulada, apretó los labios, su expresión se endureció mientras se inclinaba hacia Zoe y le murmuraba al oído:

—Vaya sorpresa... no sabía que la familia del ex queda literalmente a unos pasos. Qué conveniente.

Zoe sintió que el nudo en su garganta se apretaba. La presencia de Timothy no estaba dentro del plan, y la soltura con la que su madre jugaba con las emociones la estaba volviendo loca. Sabía que debía mantener la calma, pero con cada insinuación de Hazel, el control se le escapaba entre los dedos.

Weston, distraído en su propio mundo, continuaba bebiendo su cóctel sin prestar demasiada atención. En cambio, Gertrude, que no se perdía un solo detalle, levantó un ceja y miró a su nuera con una sonrisa que era todo menos amigable.

—Hazel, querida... —intervino con tono suave, pero con la lengua afilada—, quizás podrías haber esperado un poco antes de invitar a Timothy. No es el mejor momento, ¿no te parece?

Hazel la fulminó con la mirada, manteniendo su sonrisa glacial.

—Oh, por favor, suegra, no te pongas dramática. Timothy es prácticamente de la familia, y estoy segura de que todos estamos encantados de verlo de nuevo. ¿Verdad, Zoe? —dijo, lanzando una mirada que era más una advertencia que una pregunta.

El ambiente se llenó de tensión. La incomodidad de Noah se hacía evidente, aunque se esforzaba por no mostrarlo abiertamente. La idea de enfrentarse al ex de Zoe, quien claramente seguía siendo el favorito de la familia, mostraba que no le hacía ninguna gracia. Se removió en su asiento, apretando la mandíbula.

Mientras tanto, Nathan y Nala correteaban por el jardín, ajenos a lo que sucedía a su alrededor. Savannah y Benjamín estaban ausentes, probablemente ocupados en alguna actividad de su vida social. Pero para Zoe no había escapatoria. La actitud manipuladora de su madre estaba atravesando el límite, y sabía que cualquier reacción desmedida le jugaría en su contra.

Gertrude, con su astucia característica, no dejó pasar la oportunidad de dar otro golpe a Hazel.

—No deja de sorprenderme tu entusiasmo por las visitas inesperadas, Hazel. Algunos de nosotros preferimos algo de reserva —lanzó, desafiándola con la mirada.

Hazel le dedicó una sonrisa tensa, mientras su mano se cerraba con fuerza sobre el borde de la mesa.

—No todos pensamos igual, suegra —respondió con una dulzura disfrazada.

Zoe, luchando por mantener la calma, cruzó los brazos con frustración, lanzando miradas nerviosas a Noah. Todo se estaba saliendo de control. No solo temía por su plan, sino que un

extraño calor la recorría cada vez que notaba la molestia de Noah. ¿Por qué le afectaba tanto que él estuviera incómodo?

El reloj seguía corriendo, y la llegada de Timothy solo prometía traer más problemas. Zoe y Noah sabían que la situación iba a complicarse mucho más. Aunque ninguno de los dos admitiera, ambos necesitaban apoyarse para enfrentar lo que se venía.



Todo estaba listo para el almuerzo que se ofrecía en casa de los Sinclair para recibir al invitado especial de Hazel. El jardín trasero, decorado con luces elegantes y mesas largas, irradiaba un ambiente acogedor y festivo. Zoe, sin embargo, estaba tensa, demasiado tensa. No podía dejar de pensar en lo que estaba por desatarse desde que su madre anunció en la mañana, con una sonrisa triunfal, que Timothy sería su invitado especial. Mientras esperaban por su llegada, las miradas maliciosas de Savannah y Benjamín no ayudaban en lo más mínimo.

Gertrude, en cambio, mantenía una expresión aguda, como si ya supiera lo que iba a suceder.

De repente, mientras todos estaban sentados a la mesa, el ambiente cambió cuando se escucharon pasos acercándose. Zoe sintió que el aire se volvía más denso con cada paso.

Noah, a su lado, le lanzó una mirada inquisitiva; obviamente percibió su incomodidad. Pero ella la evitó de inmediato.

Las puertas corredizas se abrieron y ahí estaba Timothy, el extraordinario empresario de veintinueve años: simpático, alto y elegante, con su andar calmado y una sonrisa apacible, como si nada le pareciera fuera de lo común. Vestía un suéter de lana gris de cuello alto que realzaba su figura trabajada, y vaqueros oscuros ajustados. Con su impecable presencia, la tensión que ya se respiraba en el ambiente subió de nivel.

Hazel, con una dulzura exagerada, enseguida exclamó:

—¡Timothy, querido! Qué alegría verte, justo a tiempo para compartir con nosotros.

Mientras él avanzaba para saludar, Zoe sintió que todos los ojos se clavaban en ella...

¿Qué estaría pensando Noah en esos momentos?

De repente, Weston, con su singular carisma, rompió el incómodo silencio:

—¡Vaya, Tim! Justo a tiempo para el almuerzo. Ven, siéntate.

Zoe quedó atrapada entre los dos: Noah a un lado, calculando seguramente cómo actuar natural frente a su ex, y Timothy al otro, sonriéndole con esa familiaridad amistosa que alguna vez había

sido más que una simple amistad.

Savannah, por su parte, no tardó en lanzar un comentario siseñoso, donde el doble sentido era incuestionable:

—Qué bonito es cuando el pasado y el presente pueden convivir sin problemas, ¿verdad, hermana?

Zoe le clavó la mirada y prefirió no responder.

Noah resopló, hecho el fastidiado... ¿o sí?

—Voy contigo, Weston —dijo cuando él anunció que traería más cócteles y se levantó para ayudarlo, dejando a Zoe en medio de Timothy y la inquisitiva mirada de su madre.

Como si lo tuviera planeado, Hazel comenzó a lanzar indirectas, lo suficientemente alto como para que Noah escuchara:

—Zoe, querida, sabes que todos aquí solo queremos lo mejor para ti. Sería tan lindo verte finalmente encontrar tu camino con alguien que tenga un futuro brillante, alguien que realmente encaje en nuestra familia.

Timothy permaneció callado, visiblemente incómodo.

Mientras Noah regresaba con los cócteles, las palabras de Hazel llegaron justo a tiempo para que las escuchara. Sus ojos se endurecieron al instante. Sin disimular su malestar, se sentó junto a Zoe con expresión seria, lanzándole una mirada que claramente decía: “esto es una broma, ¿verdad?”. Zoe sintió un nudo en el estómago.

Timothy, con una sonrisa tranquila, se levantó y se dirigió hacia donde los niños jugaban, aliviando en algo la tensión en la mesa.

Zoe aprovechó para lanzarle un reproche a su madre:

—¿Era realmente necesario, mamá? Timothy no tiene por qué estar aquí. Lo haces solo para hacerme sentir mal.

Hazel no perdió la oportunidad:

—¿Vez cómo lo ahuyentas? Pobre Timothy, tan bello y considerado. Siempre dispuesto a verte, aunque tú lo rechaces.

Fue entonces cuando Noah, movido por un impulso de celos que ni él mismo quería admitir, intervino:

—Tal vez si dejas de tratar a Zoe como si necesitara un salvavidas, te darías cuenta de que ya tiene las cosas bajo control.

El tono sarcástico de Noah dio pie para una discusión acalorada entre los tres.

—No tienes ni idea de lo que es tener el control en esta familia —soltó Hazel, mirando a Zoe con cierto aire de menosprecio—. ¿O acaso crees que con tu actitud rebelde lo lograrás?

Zoe, conteniendo su ira, replicó:

—Si dejaras de intentar manipular cada aspecto de mi vida, tal vez verías que puedo tomar mis propias decisiones.

—Hazel, querida —intervino Gertrude con una sonrisa que expresaba algo más que una aparente gentileza—, ¿por qué no les das un respiro? A veces es mejor dejar que las cosas sigan su curso natural, aunque eso signifique no tener el control total.

Hazel la fulminó con la mirada, pero antes de poder responder, Timothy regresó y se despidió de todos con una excusa delicada y oportuna:

—Lamentablemente, debo irme. Gracias por la invitación, Hazel, pero tenemos una salida con la familia más tarde.

Hazel le devolvió una encantadora sonrisa.

—No tienes que darlas, querido. El placer ha sido nuestro. Saluda a Rose y Patrick, espero que nos reunamos y podamos jugar cartas uno de estos días. Por cierto —dijo, aprovechando para hacerle otra invitación—, mañana hay una actividad en el centro de Aspen. Sería un placer que nos acompañaras.

Timothy aceptó con cortesía, lo que provocó que Noah apretara los dientes y murmurara para Zoe:

—¿En serio? ¿Mañana otra vez?

Zoe le dedicó a Timothy una sonrisa rápida para despedirse y, furiosa, arrastró a Noah a un rincón, lejos de las miradas de todos, especialmente de la importuna de su madre. Noah la siguió, evidentemente molesto. Una vez estando apartados de todos, ella explotó:

—¡No tenías que decir nada! ¡Podrías haber mantenido la boca cerrada!

Noah, con una sonrisa insidiosa, replicó:

—¿Callado? ¡Por favor! No iba a quedarme de brazos cruzados mientras tu madre me lanzaba esas indirectas. Además, estabas desmoronándote frente a todos. Pero tranquila, estoy aquí para cumplir con el espectáculo, ¿recuerdas? Esto es solo un contrato amoroso.

Zoe apretó los puños, sintiendo una mezcla de frustración y algo más que la inquietaba, pero que no quería reconocer.

—¡¿Espectáculo?! —espetó con sarcasmo, ofendida—. Si querías ser el protagonista, lo lograste. Pero yo no necesito que me rescaten.

Noah se cruzó de brazos, endureciendo la mirada.

—Haz lo que quieras, Zoe Adelaide, pero no pienso tragarme toda esa farsa sin decir nada. No voy a permitir que me pisoteen mientras me obligas a fingir que todo está bien.

Zoe odiaba su segundo nombre; solo su madre la llamaba así cuando la discusión entre ellas se salía de control. Indignada y furiosa, entrecerró los ojos, decidida a dar por terminada la conversación:

—Voy a la habitación. Necesito estar sola.

Tras un bufido, Noah la dejó ir, girando sobre sus talones y alejándose por el jardín.



Esta mañana, Noah estaba de pésimo humor. Ya de por sí, pasar el día con la familia Sinclair no era algo que le entusiasmara, pero tener que compartir espacio con Timothy, le hacía perder la poca paciencia que le quedaba. No dejaba de moverse por la habitación, completamente irritado, mientras Zoe, con una calma que le sacaba de quicio, se arreglaba al detalle frente al espejo.

« ¿En serio está intentando impresionar a su ex? », pensó, apretando los dientes. La idea lo enfurecía más de lo que quería admitir.

Incapaz de aguantar más, se acercó a ella, dejando ver su impaciencia.

—¿Te falta mucho más para estar lista? —espetó con el ceño fruncido.

Zoe lo miró a través del espejo, dibujándose una dulce pero afilada sonrisa en sus labios rojos.

—¿No sabes que a las mujeres nos gusta tomarnos nuestro tiempo? —respondió con ese tono suave, pero que en el fondo siempre venía cargado de ironía.

Noah levantó una ceja, no le convencía. Sabía bien que Zoe quería impresionar a Timothy, y eso le hervía la sangre, aunque se negaba a aceptarlo.

—Curioso. Desde que te conozco, eres más rápida que yo para todo. Hoy parece que te estás esmerando más de lo normal, ¿no?

Zoe le lanzó una mirada desafiante, mordiéndose el labio inferior. Había algo en esa expresión que a él le resultaba irritante... ¿o tal vez algo más?

—No te pongas melodramático, Thorne. Ya es hora de bajar. Nos espera un largo día con la familia. —Suspiró, agarrando su bolso de mano.

Noah le regaló una sonrisa torcida, y mientras ella pasaba junto a él, extendió el brazo en un gesto exagerado, inclinándose como un verdadero y sarcástico caballero.

—Después de ti, Adelaide Sinclair. —Sonrió ampliamente, deleitándose con la reacción que sabía que iba a provocar.

Zoe se giró tan rápido que casi le da con el bolso en la cara.

—¡No vuelvas a llamarme así! —espetó con los ojos echando chispas.

Noah se mantuvo firme, disfrutando del momento.

—¿Por qué no, Zoecita? Es un nombre tan elegante, tan refinado... como tú cuando te esmeras tanto.

Zoe bufó, claramente irritada.

—Te lo advierto, Noah. No me llames por ese nombre si no quieres que esta farsa termine antes de tiempo y no recibas ni un centavo. —Le dio la espalda bruscamente y empezó a caminar de prisa por el pasillo—. Vamos, que se nos hace tarde.

Noah la siguió, sonriendo para sí mismo. Había conseguido sacarla de sus casillas, pero ese pequeño triunfo no lograba calmar la irritación que sentía por tener que soportar a Timothy el resto del día.



El frío de Aspen se sentía aún más penetrante mientras los Sinclair recorrían la exhibición de esculturas de hielo y nieve. Las obras brillaban en el parque, recreando escenas navideñas, animales árticos e incluso figuras mitológicas talladas al detalle. Sin embargo, el verdadero espectáculo estaba a punto de darse entre los miembros de la familia.

Hazel, con una sonrisa calculada, se aseguró de caminar al lado de Timothy, quien no dejaba de hacerle cumplidos a cada escultura. Y Zoe, del otro lado, consciente de los ojos de Noah clavados en ella, decidió hacer de la situación un campo de batalla.

—Timothy, ¿recuerdas aquella vez que esquiamos justo al frente de este lugar? —dijo con una dulzura tan fingida en su voz, agarrando suavemente el brazo de su ex, lo que provocó que Hazel mostrara una sonrisa tan grande que parecía tener más dientes de lo normal.

—Claro, Zoe. Fue justo en aquel rincón que... —respondió Timothy, señalando hacia la colina, más animado de lo habitual, antes de que Noah lo interrumpiera:

—¡Vaya, qué recuerdos tan entrañables! —soltó en tono satírico, lo suficientemente cortante como para partir en dos una de las estatuas de hielo—. Lástima que esas hazañas ya no tienen lugar en el presente, ¿no?

Zoe se giró hacia Noah, dedicándole una mirada tan inocente como peligrosa a la vez.

—Oh, cariño, no seas aguafiestas —dijo, acentuando “cariño” mientras acariciaba el brazo de Timothy con una sonrisa que rozaba la provocación—. A veces, la nostalgia sienta bien, ¿no crees?

—Claro, claro... —murmuró Noah, devolviendo una dosis de sátira en cada palabra, como si la rabia se apoderara de él, mientras Timothy sonreía glorificándose, como si estuviera recuperando un trofeo perdido.

Savannah y Benjamín no resistieron la tentación de echar más leña al fuego.

—Noah, ¿qué opinas de las esculturas? —preguntó Savannah con esa sonrisa fingida que escondía su doble intención—. ¿Te resultan tan fascinantes como la dinámica de esta familia? —agregó con un guiño casi imperceptible hacia Hazel.

Noah frunció el entrecejo, analizando el comentario.

—Son... interesantes —dijo, devolviéndole una sonrisa rígida que no logró disimular—. Aunque, francamente, algunas parecen más valiosas de lo que realmente son. Supongo que lo antiguo siempre tiene su encanto, ¿verdad?

—Pero por supuesto —intervino Benjamín con una risita burlona—, pero lo nuevo siempre tiene un brillo más atractivo, ¿no? A veces, lo viejo solo se mantiene porque nadie se atreve a cambiarlo.

Zoe apretó los dientes, entendiendo perfectamente las indirectas. Sabía que estaban lanzando dagas afiladas hacia Noah, cuestionando su lugar en esa familia y comparándolo con el “valor” de lo que ya era conocido y aceptado... como Timothy.

Noah, lejos de rebajarse, mantuvo su sonrisa, pero el brillo de indignación en sus ojos claramente mostraron que comprendió la insinuación.

Antes de que Zoe pudiera decir algo, Hazel se adelantó, desviando, entre comillas, el tema:

—Timothy, querido, deberías llevarnos a ese café que tanto te gusta. Recuerdo que a Zoe le encantaba... Siempre tenía tan buen gusto en todo.

El enfado de Noah fue evidente; por lo que, con la mandíbula apretada, replicó:

—Lástima que algunos gustos cambian con el tiempo. Aunque, claro, hay cosas que nunca evolucionan, como ciertas “tradiciones” de mantener amistades... del pasado —sostuvo, lanzando una mirada penetrante a Timothy.

Gertrude y Weston trataron de suavizar la situación.

—Oh, Zoe, cariño —intervino Gertrude—, me encanta cómo Noah maneja tan bien estas situaciones con su... gracia única. Es tan... auténtico, ¿verdad, Weston?

—Desde luego. Noah siempre trae aire fresco, distinto al mismo circo de siempre —comentó, dedicándole una sonrisa relevante a Hazel.

Hazel no perdió el tiempo de devolver el golpe:

—El circo también tiene su gracia, ¿verdad, Timothy? Especialmente cuando las cosas “auténticas” resultan ser un tanto... improvisadas.

Zoe, disfrutando del caos, le regaló a Timothy una cálida sonrisa que hizo que Noah se mordiera la ira... y la lengua. Finalmente, después de soportar lo que parecieron horas de indirectas e irrefutables sonrisas fingidas, Noah y Zoe se apartaron unos metros, teniendo la oportunidad de estar a solas.

—¿Disfrutando del espectáculo, Adelaide? —aguijoneó Noah, insistiendo en llamarla por su segundo nombre cuando bien sabía que le irritaba.

A pesar de ello, Zoe se cruzó de brazos, triunfante.

—¿Celoso, Noah? Estás ardiendo, ¿eh?

—¿Celoso yo? —Noah soltó una risotada tan falsa como su empatía por Timothy—. No son celos, querida. Es pura irritación por tener que soportar este circo mientras tú coqueteas descaradamente con tu ex.

Zoe alzó las cejas, simulando sorpresa.

—Oh, ¿de verdad te molesta tanto? Parece que te afectara más de lo que debería. Pero esto es solo un contrato, ¿no? Solo un papel, amorcito.

Noah dio un paso hacia ella, su mirada ardía de furia... y algo más.

—No me pidas que sea indiferente mientras tú actúas como si quisieras revivir lo de tu ex delante de mis narices.

Zoe se mordió el labio, disfrutando de su pequeño triunfo, aunque en el fondo se preguntaba por qué quería tanto darle celos. Aquello no era más que un contrato, y aun así, su corazón latía más rápido al verlo tan molesto, y tan... ¿real?

—¿Sabes qué, Thorne? —respondió con una sonrisa torcida—. Si te incomoda tanto, quizá deberías reconsiderar quién está fingiendo aquí.

—¿Y sabes qué, Sinclair? —espetó Noah, con una frialdad cortante—. Si no me das el dinero adelantado, me largo a Texas ahora mismo. Estoy harto de este teatro.

Zoe se quedó helada, tratando de disimular lo mucho que le afectó su amenaza. Sus ojos, desafiantes, se encontraron en una batalla silenciosa de egos heridos, orgullo y atracción no admitida.

—Eso no está en el contrato —replicó Zoe con la voz tensa.

—¡A la mierda el contrato! —espetó Noah, con la suya cargada de furia—. Si no lo haces, me largo. ¿O acaso te preocupa más lo que pase con tu querido Timothy?

Zoe sintió un golpe en el pecho. Las palabras de Noah ardieron como una ráfaga de fuego que le subió a la cabeza, haciendo que la rabia se entrelazara con el frío que la rodeaba hasta casi olvidarlo. Estaba a punto de responder, de lanzarle algún comentario venenoso, pero la manera en que él la miraba... tan cerca, con los ojos encendidos por una peligrosa combinación de ira y deseo, la dejó sin habla. El aire parecía haberse congelado entre ellos.

—¿Qué pasa, te quedaste sin palabras? —Noah sonrió con una arrogancia amarga, pero había algo más en su mirada, algo que ni él mismo quería admitir. Dio un paso adelante, reduciendo aún más la escasa distancia entre ellos, hasta que apenas un respiro separó sus labios.

Zoe sintió que debía retroceder, pero sus pies no respondieron. Una parte de ella quería empujarlo, gritarle, pero otra... estaba atrapada en ese momento, en la forma en que él la desafiaba con los ojos, como si estuviera a punto de cruzar el límite.

—Noah, ¿qué demonios haces? —susurró ella, sintiendo cómo su voz traicionaba la entereza que intentaba mostrar.

Él no respondió. Sus ojos descendieron por un instante a sus labios, y ella lo notó. El mundo pareció detenerse. Podía escuchar el latido ensordecedor de su propio corazón mientras la cercanía de Noah la envolvía. Sin darse cuenta, ambos inclinaron ligeramente los rostros, como si algo más poderoso que su orgullo o razón los empujara.

Zoe sintió cómo la rabia se enredaba con un torbellino de emociones que la descontrolaba y atemorizaba. Quiso decir algo, cualquier cosa para romper la presión que sentía, pero lo único que salió fue un leve suspiro.

Noah cerró los ojos por un segundo, como si estuviera luchando consigo mismo. La chispa en su mirada se desvaneció lentamente, y apartó la vista con una respiración entrecortada.

—No vale la pena —murmuró, retrocediendo bruscamente.

Zoe parpadeó, intentando recuperar el control mientras un revoltijo de emociones la abrumaba. Noah había encendido algo dentro de ella que no podía explicar, pero que la aterrorizaba.

—¡Vete al infierno, Noah! —soltó, furiosa y temblando al mismo tiempo. Un nudo de ira y frustración se formó en su garganta, pero se tragó las lágrimas que amenazaban con salir—. Si esto te importa tan poco, entonces lárgate. No necesito a alguien que ni siquiera pueda cumplir un maldito contrato.

Él la miró entre el desencanto y algo más que se asemejaba a... ¿arrepentimiento?

La tensión seguía allí, pero ahora se había convertido en una amarga sensación de lo que ambos sabían que estuvo a un paso de suceder, pero que ninguno estaba preparado para enfrentar.

—Está bien —cedió al fin Zoe con la voz quebrada y agotada—. Te daré una parte del dinero cuando lleguemos a la casa. Pero no vuelvas a hacerme esta mierda.

Noah asintió, aunque en su expresión aún se percibían rastros de rabia y la confusión que esa casi intimidad había dejado. Sin decir una palabra más, ambos se dieron la vuelta y regresaron a la exhibición junto con la familia. Sin embargo, la fricción entre ellos persistía.

Fue en ese momento cuando Zoe se percató de algo que la sacó de quicio: una chica atractiva y sexy no dejaba de lanzar miradas coquetas a Noah. Sintió un calor exorbitante quemarle las mejillas, pero disfracó su malestar con una sonrisa forzada. Savannah también se dio cuenta, y la expresión astuta en su rostro revelaba las intrigas que ya empezaban a formarse en su cabeza.

Siguieron caminando, uno junto al otro, recorriendo la exhibición como si nada hubiera pasado. Pero ambos sabían que algo estaba cambiando, aunque ninguno estaba dispuesto a admitirlo.

La hostilidad entre ellos era como fuegos artificiales a punto de estallar, y la pregunta era quién sería el primero en encender la mecha.



Lejos de mantener una conversación amigable después de llegar a casa, Zoe se tomó la tarde entera para caminar divagando por los exteriores de la casa con su móvil en mano.

« ¿Cuánto tiempo le lleva a una mujer histérica parlotear como si no tuviera otra cosa más que hacer? », pensó Noah, riendo para sí mientras la seguía con la mirada desde el ventanal de la habitación. Finalmente, vio a Zoe sentarse en una de las mesitas del jardín posterior y abrir un gran paquete de papas fritas mientras continuaba colgada del celular. Dando un ruidoso y extenuante bufido, se apartó del ventanal y fue a recostarse, sin dignarse siquiera en retirarse los zapatos, con los brazos cruzados por detrás de la cabeza, sobre la cama de Zoe. A fin de cuentas, ella no estaba y él necesitaba relajarse. El sofá era demasiado estrecho para estirarse a voluntad.

Con la mirada perdida en el tocador donde Zoe pasaba tiempo arreglándose, los recuerdos de esa mañana en el parque de exhibiciones le nublaron la mente. El casi beso que casi ocurrió pero que no se concretó lo tenía en vilo. Su pecho se tensó al recordar cómo Timothy había llegado, como si nada, a robarse la atención de Zoe. ¿Por qué le molestaba tanto sentirse opacado por la presencia de ese tipo? Él, Noah Thorne, estaba acostumbrado a ser el centro de atención, a ser quien dominaba la situación. Sin embargo, cada vez que la imagen de Timothy aparecía, algo en su interior se retorció.

No podía ser... ¿Celos? ¡Imposible! ¿Por qué debería importarle lo que Zoe hiciera o con quién lo hiciera? Se suponía que todo aquello era un trabajo, un acuerdo. Nada más. Pero entonces, ¿por qué sentía esa desagradable sensación en el estómago? ¿Por qué le hervía la sangre solo de pensar en la sonrisa de Zoe dirigida a otro que no fuera él? Esto no tenía sentido. Se suponía que ella le era indiferente.

—¡Ridículo! —masculló para sí, golpeando el colchón con los puños—. Esto no puede ser otra cosa que frustración por esta estúpida actuación. Sí, eso es.

Pero no pudo evitarlo. En un arrebato de irritación, se levantó de la cama, tomó su móvil y, sin pensarlo demasiado, abrió Tinder. Desesperado, deslizó perfil tras perfil, buscando a alguien en Aspen.

—Necesito distraerme —se dijo, encontrando finalmente a una chica rubia, sonriente y con un perfil perfecto para lo que necesitaba: alguien para sacarlo de esa espiral de pensamientos absurdos. Quedaron en verse al día siguiente para compartir un almuerzo.

Con una sonrisa torcida de satisfacción, se dejó caer de nuevo sobre la cama de Zoe, esta vez recostándose con total descaro, una pierna cruzada sobre la otra, como si fuera el dueño del lugar. Se pasó las manos tras la cabeza, y lanzó un largo y satisfactorio suspiro relajado. De pronto, la puerta de la habitación se abrió de golpe.

—¿Qué haces en mi cama? —espetó Zoe, con el ceño fruncido, fulminándolo con la mirada.

Noah, sin inmutarse, giró la cabeza hacia ella con una expresión de total indiferencia y una sonrisa que solo él sabía cómo hacerla por demás irritante.

—Relajándome, tu sofá es una irrisión, y ya que no estabas usando la cama...

—¡Sal de ahí ahora mismo! —gruñó Zoe, acercándose como toro rabioso—, o juro que te sacaré a patadas.

Noah apenas se incorporó, apoyándose en un codo, mientras la miraba, provocándola, con una ceja levantada.

—¿A patadas? —repitió, saboreando las palabras—. Vaya, Zoecita, ¿tan posesiva eres con tu cama? ¿O es que tienes algún apego emocional con las sábanas?

Zoe echó chispas por los ojos, apretando los labios en una fina línea, claramente todavía molesta por lo que había pasado esa mañana entre ellos.

Noah, disfrutando de su impaciencia, decidió darle el golpe final.

—Por cierto, aún no me has dado el dinero. —La miró fijamente, extendiendo la mano—. Págame.

Zoe bufó con exasperación, marchó hacia el armario, sacó su bolso y, sin mirarlo, lanzó unos cuantos billetes sobre el sofá.

—Ahí tienes —replicó con la voz tensa, casi temblando de la ira contenida.

—Vaya, qué carácter. —Noah se incorporó con lentitud, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Recogió los billetes con calma, contándolos con una sonrisa de medio lado—. Esto estará perfecto para mi salida de mañana —comentó, mirando a Zoe con una malicia intencional en los ojos.

Zoe lo fulminó con la mirada, claramente mordiéndose la lengua para no preguntar. Pero la curiosidad pudo más.

—¿Salida? —repitió, entornando los ojos.

Noah, fingiendo indiferencia, se encogió de hombros.

—Eso. Una cita. A veces uno necesita un poco de aire fresco para desintoxicarse. ¿Sabes a lo que me refiero? —La sonrisa que le dirigió fue tan descarada que hizo que Zoe enrojeciera de las iras. Pero antes de que ella pudiera responder, él ya se había guardado los billetes en el bolsillo y se dirigía hacia la puerta—: Voy a dar una vuelta. No esperes que duerma en ese sofá.

—¿¿Adónde mierda...?! —Zoe apenas tuvo tiempo de empezar su frase cuando Noah, con la misma cachaza de siempre, cerró la puerta tras él, dejándola con el grito ahogado en su garganta.



Zoe estaba furiosa. No podía creer que Noah hubiera tomado el dinero y desaparecido sin decir una palabra. Las horas pasaron, y cada vez que el reloj marcaba un nuevo número, su rabia crecía.

« ¿Dónde diablos se metió? ». La idea de que estuviera con otra mujer la enfurecía aún más.

« ¿Con razón necesitaba “desintoxicarse”! », renegó, pudriéndose de las iras. Pero siendo así, ¿qué más podía esperar? Noah Thorne era un descarado, y ella lo sabía muy bien. Pero que se largara así, en mitad de la noche dejándola sola y preocupada... eso era el colmo.

Se dio la vuelta en la cama por enésima vez, incapaz de dormir, imaginándose mil lugares donde él podría estar en la compañía de alguna rubia despampanante. « ¡Maldito imbécil! »

Se lo imaginó riéndose, coqueteando, mientras ella se retorció de las iras en esa maldita cama.

De repente, el ruido brusco de la puerta abriéndose la sacó de sus pensamientos. Se quedó quieta, alerta, con las cobijas hasta la cara. Noah entró en la habitación tambaleándose levemente con una sonrisa bobalicona en el rostro, y una energía de mierda para alguien que debería estarse cayendo del sueño.

—¿Qué noche, qué noche! —canturreó, quitándose la chaqueta y dejándola caer al suelo sin molestarse en colgarla. Luego, como si fuera su casa, comenzó a quitarse los zapatos mientras cantaba un villancico navideño a todo pulmón—: *Jingle bells, jingle bells, jingle all the way...*

Zoe, mirándolo con los ojos entrecerrados bajo las mantas, solo deseaba poder lanzarle algo para que se callara. ¿Quién se creía que era para entrar así, a las cuatro de la madrugada,

cantando villancicos como si fuera su casa? Pero lo peor estaba por venir.

Noah, con una naturalidad desquiciante, comenzó a desvestirse. Primero se quitó la camisa, haciéndola volar por los aires, mientras seguía cantando alegremente:

—*Oh, what fun it is to ride...*

Zoe no podía creer lo que estaba viendo. ¡Cuánto descaro de este hombre! Pero cuando se desabrochó los pantalones y se los quitó con un movimiento exagerado, como si estuviera haciendo un *striptease* para una audiencia inexistente, Zoe no pudo evitar abrir los ojos, dejando escapar un jadeo. El cuerpo de Noah, iluminado tenuemente por la luz que se colaba a través de las cortinas, era... guau, impresionante. No había otra palabra. ¡Maldita sea! Era imposible no admirarlo, incluso en medio de toda su furia.

—*...In a one-horse open sleigh, hey!* —gritó Noah, ahora solo en boxers, mientras daba un último giro en un solo pie y con los brazos en alto, como un balletista que terminaba una actuación magistral. Se tambaleó un poco, pero logró mantener el equilibrio, riéndose entre dientes.

Zoe se hundió aún más bajo las cobijas, apretando los puños para no levantarse y golpearlo por lo ridículo que estaba siendo. Pero al mismo tiempo, no podía dejar de mirar. « ¡Dios, qué cuerpo! » No era justo que alguien tan insoportable pudiera tener un físico tan provocativo.

Finalmente, cuando Zoe pensó que al fin se desplomaría en el sofá, como hubiera sido lo lógico, Noah la sorprendió por completo. Tarareando aún, se dirigió hacia la cama y, con toda la desfachatez, se dejó caer pesadamente justo al lado de Zoe, boca arriba, con una sonrisa de satisfacción absoluta en el rostro.

Zoe se quedó lívida, no lo podía creer. Su cuerpo se tensionó, cada músculo rígido, sintiendo el calor que emanaba de Noah y el inconfundible olor a whisky. Él estaba ahí, medio desnudo, acostado a su lado. Su respiración pesada indicaba que ya se había quedado dormido, pero su presencia la asfixiaba. Jamás se hubiera imaginado algo así, y aunque intentaba ignorarlo, era imposible no sentir su cuerpo tan cerca del suyo.

El silencio llenó la habitación, y solo entonces Zoe se permitió respirar más libremente. A pesar de todo, no pudo evitar mirar una vez más antes de cerrar los ojos. Noah, relajado y medio desnudo a su lado, era una imagen que no la dejaría en paz tan fácilmente.

—Idiota... —susurró para sí misma, apretando los labios para contener una sonrisa que amenazaba con desatarse. Intentó girarse hacia el otro lado, buscando algo de espacio, pero la cama le resultaba más pequeña de lo que recordaba.

Al fin, el sueño la venció, y el cuarto quedó bajo un silencio apacible, solo interrumpido por la suave respiración de ambos. Pero, como era de esperarse, la mañana traería consigo más que un enfrentamiento...



La primera luz del amanecer se filtró por las cortinas, iluminando la habitación con un suave resplandor dorado. Zoe, en medio de un escalofrío, abrió los ojos lentamente, consciente de la presencia de Noah a su lado. Giró la cabeza y, para su horror, él estaba envuelto cómodamente en el edredón, dejando solo una miserable esquina para ella.

Con un gruñido exasperado, se deslizó fuera de la cama, sus pies descalzos tocaron lo confortable de la pequeña alfombra. Entró al baño y tomó una ducha rápida, tratando de calmarse mientras el agua caliente caía sobre ella. Pero la imagen de Noah, roncando plácidamente a su lado, la enfureció más.

Decidida, salió del baño, y se acercó a la cama, aún en toalla. Sin ceremonias, le dio un brusco empujón. Noah soltó un gruñido y abrió un ojo, medio alarmado y medio burlón.

—¿Qué diablos haces en mi cama? —espetó Zoe, furiosa—. ¿Y cómo te atreves a llegar de madrugada, borracho, y acostarte aquí como si fuera tu casa? ¿Dónde carajos estuviste?

Noah parpadeó un par de veces, como si necesitara un momento para ubicarse. Luego, con una sonrisa desvergonzada, se estiró perezosamente bajo el edredón.

—¿De verdad? No recuerdo nada de lo que pasó. ¿Acaso tú...? —insinuó mirándola de pies a cabeza—. Seguro fuiste tú quien me rogó que me acostara a tu lado. ¿Quién podría resistirse?

—¡¿Qué?! —Zoe se quedó atónita, sintiendo cómo sus ojos chispeaban de rabia—. ¡Eres un imbécil, Noah!

Él se encogió de hombros, aún envuelto entre las sábanas.

—Oye, tranquila —respondió, reprimiendo una sonrisa mientras se frotaba los ojos—. ¿Qué pasa, crees que soy tu novio o algo así para que me reclames? Solo estaba buscando un sitio cómodo para dormir. Aunque, ahora que lo mencionas, esta cama es bastante acogedora. Gracias por compartirla.

Zoe apretó los puños, resistiendo la tentación de golpearlo allí mismo.

—¡Tú...! —comenzó, pero Noah la interrumpió, levantando una mano como si hubiera tenido una revelación divina.

—Ah, por cierto, gracias por despertarme. No me perdonaría llegar tarde a mi cita.

—¿Cita? —repitió Zoe, incrédula y más furiosa que nunca—. ¿¿Qué clase de cita tienes tú esta mañana?! ¿Y con quién?

Noah se sentó en la cama, estirándose placenteramente mientras dejaba escapar un bostezo, y con una sonrisa burlona y pícara, dijo:

—Oh, vamos, Zoe. ¿Qué te importa? ¿O es que acaso estás celosa? —la provocó, disfrutando visiblemente de su irritación—. De todas formas, gracias por el gesto de despertarme a tiempo.

—Más te vale que nadie te haya visto... —replicó Zoe, evadiendo clavar sus ojos en su escultural torso desnudo.

—Págame más.

—Si dañas nuestro trato no te doy un centavo más.

Noah soltó una risotada.

—Tranquila, Zoecita.

Zoe sintió cómo la sangre le hervía. Sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y fue al baño a terminar de vestirse. Una vez lista, salió de la habitación, pero antes de cruzar el umbral, se detuvo y lanzó un último comentario sarcástico:

—Que disfrutes tu cita... mientras puedas mantenerte en pie.

Noah soltó una risa entre dientes, mientras Zoe le lanzaba una mirada fulminante. Conteniéndose para no írsele encima, se dio media vuelta y cruzó la puerta, pero en su mente le seguía martillando la misma interrogante: « ¿Qué hizo la noche anterior? ¿Y quién demonios era su cita? ».

Cerró la puerta detrás de sí, dejando a Noah en la habitación.

Pero había algo que Zoe tenía bien claro: Noah Thorne sabía exactamente cómo sacarla de quicio... y lo disfrutaba.



Noah se arregló como todo un galán. Después de perfumarse, le dio una última vuelta a la bufanda alrededor del cuello mientras se admiraba en el espejo del tocador. Al salir de la habitación, le sorprendió que Zoe no estaba en la casa, y el Range Rover rentado tampoco estaba en el parqueadero. Frunció el ceño, molesto. Había planeado que Zoe lo viera tan arreglado y bien dispuesto para su cita, con la intención de darle celos, devolviéndole la dosis que ella le había dado. Sin embargo, su plan falló antes de comenzar. A pesar de ello, disfrutó la idea de imaginarla intranquila, contando los minutos hasta que él regresara.

« ¿Por qué me importa tanto? », pensó, pero rápidamente desechó la pregunta antes de siquiera responderla.

Subió al Uber y se dirigió al restaurante, convenciéndose a él mismo de que no había razón para sentirse intranquilo. Al llegar, la *hostess* le guió a la mesa donde su cita, Sarah, ya lo esperaba. Con una sonrisa que atrajo miradas, Noah se dirigió a ella.

—¿Sarah? —saludó, inclinándose ligeramente con una sonrisa coqueta.

La rubia le devolvió una amplia sonrisa.

—Noah Thorne, un placer al fin conocerte.

« ¡Qué directa! », pensó él, sorprendido. Se quitó el abrigo de lana negro y la bufanda de cachemira gris, colocándolos cuidadosamente sobre el respaldo de la silla antes de sentarse.

—Pareces hablar como si ya me conocieras —comentó, arqueando una ceja mientras se acomodaba en su asiento.

—Es el poder de la atracción —respondió Sarah, insinuante, acomodándose un mechón de cabello detrás de la oreja.

Noah la miró, más intrigado que antes.

—¿Atracción? —preguntó justo cuando el camarero se acercó para tomar la orden. Noah pidió unos aperitivos y una botella de vino—. ¿Nos hemos visto antes?

Tras darle un sorbo a su vino, Sarah, con una mirada sugestiva, respondió:

—Es una lástima que no me recuerdes, Noah. Yo no he olvidado ni un solo detalle de ti.

Noah se mordió el labio, revolviendo el vino en su copa.

—¿Quieres refrescarme la memoria? —dijo, clavando sus ojos verdes en ella.

Sarah rio, visiblemente encantada.

—Nos cruzamos en la exhibición de esculturas de hielo ayer.

Noah fingió recordar, aunque apenas podía ubicarla en su mente. «¿Qué tan distraído estaba que no la noté?», se reprochó, dándose cuenta de que había estado demasiado centrado en Zoe y Timothy.

—Oh, ahora lo recuerdo —mintió, devolviéndole la sonrisa.

—Entonces... ¿Qué haces por aquí? ¿Vacaciones? —preguntó Sarah.

—Sí, estoy de paso. —Noah suspiró—. Solo un par de semanas fuera de Texas.

—¿Con tu novia, supongo? —Sarah sonrió, aunque su pregunta tenía un aire perspicaz.

Noah esbozó una sonrisa distendida, reflejando su falta de preocupación.

—Algo así —respondió, sin comprometerse.

La conversación, entre risas y brindis, fue tornándose cada vez más placentera. Sin embargo, Noah no pudo pasar por alto notar cómo Sarah lanzaba miradas hacia una mesa del fondo, justo detrás de él.

—¿Esperas a alguien más? —preguntó.

—No, es solo que... —respondió ella, sonriendo divertida—, hay una mujer que no deja de mirarnos.

El comentario hizo que Noah se tensara de inmediato. Soltó las manos de Sarah y se giró discretamente. A lo lejos, vio a una chica con las características de Savannah, caminando hacia la puerta con otra mujer. Su corazón dio un vuelco.

«No puede ser... ¿Savannah? ¿Y esa es Hazel?». Observó cómo las dos desaparecían entre la multitud, pero algo no cuadraba. «Hazel no usa minifaldas», pensó, intentando convencerse de que solo estaba imaginando cosas.

—¿Te pasa algo? —preguntó Sarah—. Pareces haber visto un fantasma.

Noah negó con la cabeza, pero por dentro la inquietud lo estaba devorando.

—Nada importante. Pero... ¿Te molesta si vamos a otro lugar? Algo más íntimo —sugirió, intentando mantener la calma.

—Por supuesto. ¿Qué te parece mi apartamento? —Sarah no perdió el tiempo, mostrando sus intenciones.

Noah asintió con un leve gesto, pero en su mente solo pensaba en Zoe y en lo que Savannah podría haber visto. « ¿Por qué me afecta tanto? ». No podía evitarlo. Sabía que todo con Zoe era un montaje, un maldito contrato del que ya era demasiado tarde para deshacerse. Pero ahora, se encontraba atrapado en medio de emociones que no lograba entender.

Pagó la cuenta y se levantó, intentando no mostrar su preocupación.

—Vamos entonces —dijo, aunque su mente estaba a kilómetros de distancia.



Noah regresó a casa de los Sinclair al anochecer. El viento helado y el gélido frío cortaba su rostro como cuchillas.

Sus pasos resonaron en el pórtico de la casa, solo interrumpidos por las risas que venían de la sala. Al entrar, se encontró con Hazel y Savannah, ambas sentadas en el sofá como si estuvieran esperándolo.

Hazel, con ese tono ácido, tan característico de ella, fue la primera en hablar.

—¿Noah? ¿Solo? —Levantó una ceja, como si realmente estuviera sorprendida—. Pensé que habías salido con Zoe. De hecho, pasaron todo el día juntos, ¿no?

Noah, desconcertado, frunció el ceño.

—Zoe... Pensé que ya estaría aquí. No la he visto desde hace un rato. Estaba seguro de que había vuelto a casa.

Savannah, con una sonrisa ladina, añadió:

—Qué curioso, ¿no crees? Después de todo, estuvieron juntos todo el día. Supongo que no te importó tanto regresar con ella.

La duda comenzó a crecer en Noah, junto con una punzada de preocupación. Savannah sabía más de lo que él imaginaba. Pero en lugar de mostrarse inquieto, hizo una mueca, lo bastante rígida y se dirigió hacia las escaleras.

—Voy a esperarla en la habitación. Seguro que llegará pronto.

Sin embargo, el tiempo pasó lentamente, angustiándolo, y con cada minuto que pasaba, la incertidumbre crecía. Finalmente, incapaz de soportar más, Noah salió al jardín en busca de aire fresco. El frío mordía su piel, pero nada comparado con la gelidez en su estómago. Se estaba

volviendo loco con la idea de que Savannah pudiera haber visto algo... incluso haberlos seguido. Justo en el momento en que deambulaba de un lado al otro, rindiéndose a esa posibilidad, el Range Rover de Zoe llegó...

Y no estaba sola.

Zoe y Timothy bajaron juntos del auto. Ella lo tomó del brazo mientras él le susurraba algo al oído que la hizo reír suavemente. Y así, entre risas, caminaron hacia la casa. La furia de Noah estalló de inmediato. Los siguió, manteniéndose a una distancia considerable mientras su mente se retorció de rabia y celos que ni él mismo lograba comprender. Cuando entraron, Hazel se levantó del sofá con una sonrisa que irradiaba una felicidad total, sin necesidad de palabras.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó con una dulzura en la voz que hizo que Noah se retorciera aún más del coraje—. Zoe, querida, Timothy, ¡qué coincidencia que hayan venido juntos! Se ven muy bien, ¿no crees, Alexander? —añadió, lanzando una mirada incitante a Noah por encima del hombro de Timothy. Y aunque Zoe giró para mirarlo, no dijo una palabra, solo mantuvo una indiferencia absoluta.

Noah, ardiendo de furia por dentro, apretó los dientes, pero forzó una suave pero incisiva sonrisa.

—Sí... qué coincidencia.

—Pero vengan, muchachos —dijo Hazel, tomando del brazo a Timothy—, pasemos al comedor. La cena está a punto de servirse.

Zoe caminó al otro lado, acompañando a su madre, mientras Noah los seguía a una distancia prudente. Aunque deseaba largarse de allí, se obligó a mantener la compostura.

La cena se dio en medio de un ambiente incómodo. Zoe se sentó junto a Timothy, quien no dejaba de susurrarle algo al oído, provocando que ella riera discretamente. Cada gesto entre ellos era como una puñalada para Noah que, sentado del otro lado, luchaba por mantener la calma.

De repente, Savannah, que hasta entonces únicamente se había mantenido observando, soltó:

—Supongo que darse espacio es crucial en una relación, ¿verdad, Alexander?

Noah respiró profundamente, intentando no morder el anzuelo.

—Sí, Savannah, el espacio es importante... tanto como la honestidad.

Zoe regresó de inmediato a verlo y, clavándole la mirada, replicó:

—Oh, claro, la honestidad. Es por eso que siempre es bueno dejar las cosas claras, ¿verdad, Timothy? —preguntó, girándose hacia su ex con una sonrisa que hizo que el estómago de Noah se revoliera—. A veces, uno necesita compañía sincera para aclarar la mente.

Timothy, sin perder tiempo, respondió colocando su mano sobre la de Zoe que la tenía puesta sobre la mesa; un gesto que hizo que a Noah le hirviera la sangre por dentro.

—Totalmente de acuerdo, Zoe. Cuando hay una historia como la nuestra, la sinceridad viene naturalmente.

Noah, sintiendo que el control se le escapaba, apretó los puños bajo la mesa.

—Qué conmovedor... A veces, uno olvida cuán “sinceros” pueden ser algunos —replicó con el ceño fruncido, fulminándolos a ambos. Lo que hizo que incluso Gertrude alzara la vista.

Zoe, encogiéndose de hombros, respondió con indiferencia, como si sus palabras no la afectaran en lo más mínimo:

—Supongo que cada quien interpreta la sinceridad a su manera, cariño. Al menos algunos no necesitan ocultarse en la oscuridad para entenderlo.

Savannah, quien por su vívida expresión parecía estar disfrutando del caos que ella misma provocó, soltó otra indirecta:

—Vaya, qué conversación tan interesante. Aunque, algunos... —miró a Noah con una sonrisita retadora—, todavía parecen estar aprendiendo.

Noah se mordió la lengua, forzándose para no responder. Pero la cólera, el orgullo herido y la humillación le arañaban su ego. Finalmente, incapaz de contenerse más, soltó:

—Es cierto, Savannah. Pero otros deberían aprender que lo que se ve por fuera no siempre es la verdad.

La cena continuó entre comentarios sagaces, indirectas punzantes y risas forzadas. Timothy no dejaba de ser cariñoso con Zoe, provocando que Noah se retorciera internamente, mientras Zoe ignoraba con una intención calculada su presencia, manteniéndose cercana a Timothy.

Finalmente, la paciencia de Noah se agotó, no podía ni quería soportarlos más.

—Necesito un poco de aire —murmuró, levantándose abruptamente de la mesa y se alejó sin mirar atrás.

Mientras caminaba hacia el jardín, su mente era una maraña de reproches.

« ¿Por qué demonios no se quedó con Sarah? ¿Por qué se había metido en ese maldito lío? ». Pero en el fondo, lo sabía: Zoe era la única que lo hacía sentir vivo. Sin embargo, en ese preciso instante, lo único que deseaba era que ella estuviera a kilómetros de distancia.

Hundido en sus pensamientos, no vio lo que se venía. De repente, un golpe brusco en la cabeza lo sacudió. Se detuvo en seco, parpadeando aturdido, y cuando se dio la vuelta...

Era Zoe, con una expresión ocurrente y desafiante, sosteniendo lo que parecía ser...

¿Una bola de nieve?



—¿Qué diablos fue eso?! —espetó Noah, frotándose la cabeza.

—Oh, ¿no lo sentiste? —burló Zoe con una sonrisa inocente, pero con sus ojos brillando de malicia—. Pensé que te habías quedado dormido en tus pensamientos.

Noah la miró incrédulo.

—Estás loca, Zoe. ¿Qué te ocurre? Pudiste haberme roto la cabeza.

—¿Oh, pobrecito! —Zoe arrugó los ojos, fingiendo sentirse preocupada—. Tenemos que hablar, imbécil. ¿Qué carajos pasa contigo? —replicó, sintiendo cómo el frío mordía sus mejillas.

Noah chasqueó la lengua y, dándole las espaldas, se cruzó de brazos. Su figura era tan rígida que más bien parecía una escultura; un adonis decorativo...

No, no, lo que era, era un niño malcriado.

—¿Hablar de qué, Zoe? —murmuró—. ¿De lo bien que te la estás pasando con Timothy mientras yo hago el ridículo? No estoy de humor para tus juegos.

Zoe se acercó, obligándolo a girarse y enfrentarla.

—Esto no es un juego, Noah —espetó, mirándose el uno al otro bajo el frío resplandor de la luna—. Necesitamos aclarar las cosas, ahora.

Noah rió con sorna, clavando su mirada en ella con una intensidad que iba más allá del simple enojo.

—¿Y qué quieres aclarar? ¿Cómo seguir engañando a todos mientras yo me vuelvo loco?

Zoe suspiró, consciente de que había logrado exactamente lo que se había propuesto, aunque no esperaba que le costara tanto manejar las consecuencias.

—Quiero aclarar... —dijo, usando un tono más suave, intentando romper la barrera entre ambos—, que no todo es lo que parece.

Noah la miró incrédulo, agitando la cabeza.

—¿No todo es lo que parece! —repitió, irónico—. ¿Entonces dime, Zoe, qué es lo que parece? Porque desde aquí, parece que te diviertes jugando a ser la novia perfecta mientras yo soy el tonto que aguanta y sigue tus instrucciones.

—No eres un tonto, Noah. Es solo que... esto es complicado para ambos, y tú lo sabes.

—¡Complicado! —exclamó Noah con fuerza y desdén en la voz, dando un paso adelante y colocándose más cerca de ella—. Lo que es complicado es que mientras yo doy lo mejor de mí en esta estúpida farsa, tú te paseas con Timothy como si nada, haciéndome caer en ridículo con tu familia. ¿Qué crees que voy a pensar?

Zoe le clavó la mirada, la sangre le hirvió porque él la estaba reclamando de Timothy... ¿Y él? Bien que también hizo lo suyo.

—¿Y tú qué? ¿No crees que no me doy cuenta de tus salidas misteriosas? No me importa con quien estuviste, Noah. Lo que me molesta es que me reclames algo que ni siquiera te afecta. Después de todo, esto es solo un contrato amoroso, ¿no? —Su tono se volvió cortante.

Noah parpadeó, visiblemente sorprendido.

—Tú lo has dicho, Zoe. Eso es todo lo que es. Un contrato. No pienses que me fijo en ti, porque no lo hago. No eres mi tipo, ya te dije.

Zoe, molesta, apretó los labios.

—Perfecto —respondió, decidida a seguirle el juego y enfurecerlo más—. Entonces, sigamos con nuestro contrato, pero déjame en paz con Timothy.

El silencio que siguió fue pesado, casi sofocante, como si la discusión hubiera dejado cicatrices visibles en ambos. Las respiraciones entrecortadas reflejaron el esfuerzo que sentían de calmarse después de la batalla verbal. Poco a poco, la ira que había dominado sus rostros comenzó a desvanecerse, dejando solo el cansancio.

Zoe fue la primera en romper el silencio.

—Mira, no sé por qué mi hermana dijo esas cosas hoy —admitió en voz suave, buscando su mirada—. Pero si te sirve de consuelo, no pienso volver con Timothy.

Noah la miró, callado, y una pequeña sonrisa empezó a curvarse en sus labios.

—¿No piensas volver con él? —repitió, acortando aún más la distancia entre los dos.

Zoe sostuvo su mirada, y por un momento, algo inexplicable pasó con ella, como si ese simple gesto hubiera agitado algo en su interior.

—No, no pienso volver con él —respondió en un susurro, como si sus palabras fueran solo para él.

Por un momento, el cansancio y esa fricción entre ellos se desvaneció, dando paso a una conexión silenciosa. Noah levantó la mano, como si fuera a acariciarle el rostro, pero se detuvo a mitad de camino, dejando en ella una sensación de incertidumbre.

—Entonces... —continuó él, con la voz ronca—, supongo que eso me deja sin excusas para seguir enfadado.

Zoe, mirándolo fijamente, sonrió mientras daba un pequeño paso hacia él, reduciendo aún más la distancia que los separaba.

—Supongo que sí —murmuró—. Pero ¿por qué te importa? Creí que esto era solo un contrato, ¿o no?

Noah negó con la cabeza, pero el brillo en sus ojos reflejó algo muy diferente a lo que dijo.

—Tienes razón. No me importa.

—Eso pensé —replicó Zoe, dándole un suave empujón en son de broma.

Ambos soltaron una risa que rompió toda esa tensión acumulada. Sus miradas se suavizaron, volviéndose más amigables, aunque ninguno de los dos estaba dispuesto a bajar del todo la guardia.

—Entonces... ¿volvemos a lo nuestro? —preguntó Noah, alzando una ceja con una sonrisa juguetona—. Quizá podamos pensar en algo para sorprender a tu familia en Nochebuena. Pero, por favor, no vuelvas a atacarme desprevenido. —Noah echó a reír.

Zoe soltó una risotada.

—Y tú no me saques de quicio. Claro, vamos a la sala, realmente ambos necesitamos una copa —insinuó, haciendo un gesto con los ojos hacia la casa.

Noah frunció los labios, dudoso.

—¿Y tu familia? No tengo ningún deseo de cruzarme con ellos ahora mismo.

Zoe chasqueó la lengua, divertida.

—Ya es tarde, seguro duermen plácidamente. Vamos, Thorne, no seas gallina. —Riendo, lo tomó del brazo y lo encaminó hacia la casa.

Una vez dentro, se sentaron junto a la chimenea, cada uno con una copa en mano. Y mientras el fuego crepitaba suavemente, proyectando sombras en las paredes, discutían ideas para la Nochebuena.

—¿Qué tal una gran revelación falsa? —sugirió Zoe, mirándolo con un brillo travieso en los ojos.

—¿Cómo qué? ¿Les confesarás que soy espía internacional y no ingeniero civil? —le respondió burlonamente, con algo de picardía.

—O mejor aún, que decidimos casarnos en secreto solo para fastidiar a mamá y a Savannah —dijo Zoe y soltó una carcajada.

Noah asintió, ensanchando una sonrisa.

—Eso los dejaría sin palabras. Aunque, considerando cómo va esto, no sé si sería tan falso.

Zoe sintió cómo el latir de algo más profundo se salía de control en su pecho. A pesar de la insinuación en su voz, decidió no seguirle el juego.

—Brindemos por la Nochebuena entonces —dijo, levantando su copa con una sonrisa disimulada.

—Por la Nochebuena —repitió Noah, devolviéndole la sonrisa sin dejar de mirarla.

Sus miradas se entrelazaron un instante más antes de centrarse en el fuego de la chimenea, disfrutando de su compañía y de esa atracción que ninguno de los dos estaba dispuesto a aceptar... aún.



Al día siguiente, la familia estaba reunida en la sala después del desayuno. Zoe se acomodó en el sofá, intentando ignorar las miradas que Savannah le mandaba de reojo. Pero, como era de esperarse, Savannah no tardó en abrir la boca:

—Es curioso cómo algunas personas creen que una relación de la que saben tan poco puede convertirse en algo real. —Su sonrisa fue tan sarcástica mientras la miraba, que hizo a Zoe desviar sus ojos hacia otro lugar. Los detuvo en las luces titilantes de mil colores y los arreglos de poinsettias falsas y los piñones que envolvían los pasamanos de las escaleras. Respiró hondo, tratando de mantener la calma, mientras que Noah, sentado a su lado, optó por mantener su boca felizmente callada. Y antes de que Zoe pudiera responder, Hazel intervino, apoyando a su adorada hija con una sutileza que no engañaba a nadie.

—Bueno, cariño, a veces hay que saber elegir con más cuidado. No todos tienen la suerte de conocer a alguien como Benjamín... o Timothy, ¿verdad?

Zoe apretó los dientes, resistiendo el impulso de soltarle a su madre lo que llevaba tiempo guardado. «No es el momento», se dijo, sonriendo para sus adentros. Pero antes de que Savannah o Hazel pudieran seguir atacando, Gertrude se levantó del sillón, moviéndose con una agilidad sorprendente para su edad. Su mirada recorrió la habitación, deteniéndola brevemente en Hazel antes de clavarla en Savannah.

—Escuchen bien, porque voy a decirles algo que parece que se han olvidado en medio de todo este embrollo que han convertido en su pan de cada día. La vida es demasiado corta para llenarla de juicios y conflictos sin sentido. El amor verdadero no sigue las reglas que nosotros tratamos de imponer. —Su voz ronca resonó en el salón, y todos guardaron silencio, sorprendidos por la repentina intervención de la abuela. Gertrude, con su mirada imponente y autoritaria clavada en Hazel, quien empezaba a fruncir el ceño, continuó—: No importa cómo comenzó esta relación...

lo que importa es cómo la están llevando. Y tú, Hazel, es hora de que dejes en paz a Zoe. Ella sabrá cómo llevar su vida y a quién escoger como pareja. No siempre tiene que ser Timothy, solo porque tú lo quieras.

Hazel abrió la boca para contradecirla, pero Gertrude levantó una mano, deteniéndola en seco.

—Lo que necesitamos aquí no es más conflicto, sino unidad. Desde que esta familia se formó, siempre ha habido algo por lo que pelear, ¡y eso debe parar! —Gertrude lanzó una mirada intimidante a cada uno—. Si seguimos así, no quedará nada de nosotros. Es tiempo de que cada uno viva su vida como mejor le parezca.

El silencio que siguió a las palabras de la abuela fue absoluto. Hazel cerró la boca, claramente irritada, pero incapaz de desafiar a su suegra.

Zoe, por su parte, esbozó una amplia sonrisa, agradecida de que al fin alguien hubiera puesto a su madre en su lugar.

—Amén, abuela, amén —exclamó, desafiando a Hazel y a su hermana con la mirada.

Noah, sentado a su lado, permaneció en silencio, observando la escena con interés.

—Bueno —intervino Weston, asintiendo con un suave movimiento de cabeza a las sabias palabras de su madre, tratando de calmar las aguas que ya estaban bastante agitadas—, mamá siempre ha tenido una manera directa de decir las cosas. Tal vez sea hora de escucharla.

La familia permaneció en silencio, asimilando las palabras de Gertrude. El único sonido en la sala era el crepitar de los leños que ardían en la chimenea.

Finalmente, Gertrude, visiblemente satisfecha, se retiró a su habitación, dejando a todos con mucho en qué pensar. Zoe y Noah se miraron entre sí, regalándose una intensa pero discreta sonrisa de satisfacción.

La tarde anterior a la cena de Nochebuena, Noah logró escabullirse de Zoe mientras ella se duchaba. Con una sonrisa traviesa, cogió las llaves del Range Rover de su cartera y fue al centro de Aspen. Había ideado un plan maestro la noche anterior mientras yacía en el sofá; algo que dejaría boquiabiertos a todos: sorprender a los Sinclair, incluso a Zoe, pidiendo su mano en matrimonio durante la cena. Claro, siguiendo el guión del contrato. ¡Una actuación digna de un Oscar!

Condujo por las calles nevadas de Aspen, iluminadas por un sinfín de luces navideñas. Los escaparates brillaban con decoraciones festivas, y la gente llenaba las calles, envuelta en abrigos y bufandas. El ambiente era acogedor, casi mágico, pero Noah tenía en mente una misión específica.

Después de recorrer varias tiendas, encontró un esmoquín que le quedó perfecto y, mejor aún, estaba en rebaja. El plan era devolverlo antes de regresar a Texas, como el profesional de la estafa que era. Luego, con la misma actitud despreocupada, caminó por las calles abarrotadas de coros navideños, gente disfrazada de Santas y renos, buscando el anillo perfecto, uno que brillara lo suficiente como para impresionar a los Sinclair, pero que no le costara más de lo que gastaría en una cena rápida.

Finalmente, encontró una sortija que cumplía con todos sus requisitos: lo suficientemente brillante para engañar, pero lo suficientemente barata para no dolerle el bolsillo. Satisfecho, pagó y guardó el pequeño estuche dorado dentro del bolsillo de su abrigo. Estaba listo para regresar, pero justo cuando cruzaba el parque de Santa, se topó con una multitud cantando villancicos.

Antes de que pudiera reaccionar, un par de hombres disfrazados de duendes lo arrastraron hacia el coro. Le colocaron un enorme gorro rojo y verde con un cascabel dorado colgando de un lado y lo empujaron al centro de la multitud. Noah intentó resistirse, pero en un abrir y cerrar de ojos,

se encontró rodeado por personas vestidas de renos, Santa Claus y duendes, todas acompañadas de panderetas, castañuelas y flautas, entonando alegremente villancicos.

—“¡Feliz Navidad, feliz Navidad, próspero año y felicidad!” —entonaba el coro, y Noah, a regañadientes, se vio obligado a unirse, moviendo la boca sin emitir sonido alguno, intentando pasar desapercibido.

Mientras pretendía mantener una apariencia de participación grupal, el celular de Noah comenzó a sonar. Con las personas apiñadas a su alrededor, apenas podía moverse, pero con esfuerzo logró sacar el teléfono del bolsillo de su abrigo y respondió:

—¡Noah...! —gritó Zoe, furiosa, aunque apenas podía escucharla por el bullicio a su alrededor.

—¡Levanta la voz, no te escucho! —dijo él, casi a gritos.

—¿Dónde carajos estás? ¿Qué es todo ese ruido?

—Estoy... eh... participando en una ronda de villancicos —respondió, justo cuando tuvo que agacharse para esquivar un par de campanas que casi le dan en plena frente.

—¿¡Qué!? ¿Y qué mierda haces ahí?

—Zoe, Zoecita —replicó Noah con una sonrisa nerviosa, buscando una salida entre la multitud que cantaba sin cesar y cuidándose de que no le cayera algún instrumento musical encima—, ya voy de regreso. Esto se salió de control, pero no te preocupes, ya llego.

Sin esperar respuesta, Noah colgó y se apresuró hacia el Range Rover. Se subió al jeep y, maniobrando con destreza para esquivar a la multitud, finalmente se dirigió de regreso a la casa. A pesar del contratiempo en el parque, estaba feliz de haber conseguido el esmoquín y el anillo.

Ya caída la noche, Noah llegó a la casa y bajó del auto con total serenidad, llevando el esmoquín en una mano y el estuche del anillo bien guardado en el bolsillo de su abrigo. Caminó hacia la puerta con una sonrisa radiante, sintiéndose victorioso, mientras las luces navideñas iluminaban su camino.



La puerta de la casa se abrió de golpe, y ahí estaba Zoe, de pie con los brazos cruzados y una ceja levantada sin ninguna intención de compartir su buen humor.

Apenas Noah puso un pie en la entrada, ella lo abordó, realmente indignada:

—¿En qué estabas pensando?, ¿eh, Noah? —espetó furiosa—. ¿Por qué te largaste sin avisar y te llevaste el Range Rover? ¡Sabes perfectamente que el seguro no está a tu nombre!

Noah, con su habitual actitud de “todo está bajo control”, que a ella le sacaba de quicio, se encogió de hombros y, con una sonrisa de oreja a oreja, le mostró el esmoquín como si fuera un trofeo.

—Tenía que resolver un par de cosas, Zoecita. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que con estilo?

—Le guiñó un ojo, como si su desaparición de toda la tarde fuera motivo para no preocuparse.

Zoe sintió cómo la sangre le hervía al ver la desfachatez de Noah, pero al mismo tiempo se contuvo porque de alguna manera, aunque retorcida, su actitud le hacía gracia.

—¡Con estilo, dice! —replicó incrédula—. ¡Nos habrías metido en un lío por tu irresponsabilidad! ¿Y si te hubieran parado en la carretera? ¡Lo mínimo que hubiera pasado es que te arrestaran por robo de auto!

Noah, aún con su sonrisa relajada, agitó el esmoquín frente a ella, como si fuera un billete de salida que lo sacaría del problema.

—Vamos, Zoe, no exageres. Solo fui a comprar esto. Quiero estar bien presentado para la cena navideña. No quiero que tu familia piense que soy un tipo cualquiera. Tengo que lucir más distinguido que Benjamín.

Zoe lo miró como si acabara de decir que los burros podían volar.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense mi familia? —preguntó, medio sonriendo ante lo absurdo de la situación—. ¿Y desde cuándo necesitas un esmoquín? Si hasta ahora te ha importado un pepino lo que hagan o digan.

—Siempre he sido un hombre elegante, querida. Solo estoy siguiendo mi naturaleza —contestó, pavoneándose con una pose de galán de telenovela.

Zoe respiró hondo, sintiendo cómo la exasperación le subía a la cabeza. Discutir con Noah era como intentar enseñarle a un gato a hablar: terminabas agotada y él siempre se salía con la suya sin mover un dedo.

—Lo que sea. Pero la próxima vez, avísame antes de robarte el auto. No soy tu niñera.

—Lo prometo, señorita Sinclair —respondió Noah, inclinándose en una reverencia tan exagerada que Zoe casi echó a reír.

Entretanto, ambos se dirigieron hacia la habitación. Zoe fue detrás de él, aún sin entender de dónde había salido ese deseo repentino de impresionar a su familia. Entraron a la habitación, y antes de que Zoe pudiera hacerle más preguntas, Noah desapareció rápidamente de su vista, encerrándose en el baño. Ella suspiró y se preparó para dormir. Pero, tan pronto como se puso su ropa de noche, vio a Noah salir del baño con un pijama navideño tan colorido que parecía un árbol de navidad ambulante. Zoe no pudo contener la risa.

—Oye, Zoe, me muero de hambre. ¿Podrías traerme algo de comer? —le dijo Noah como si fuera lo más natural del mundo, mientras se dejaba caer en la cama de Zoe, mostrando una sonrisa tan grande que parecía tener más dientes de lo normal.

Zoe lo miró boquiabierta, preguntándose si realmente había escuchado bien.

—¿Perdón? —replicó, enarcando una ceja—. No soy tu sirvienta. Si tienes hambre, usa tus dos patas y búscate algo tú mismo.

Noah, con cara de cachorro abandonado, hizo un puchero digno de ser consolado.

—Vamos, Zoe, no seas así. No quiero toparme con las brujas de tu hermana o tu madre en la cocina. Además que no es mi casa, y no quiero arriesgarme a un interrogatorio a mitad de la noche.

—Mitad de la noche... no seas exagerado. —Zoe bufó, sabiendo que había caído en su trampa, pero a pesar de sus alcances no pudo evitar sonreír—. Está bien, pero que esta sea la última vez que te consiento —dijo, resignada, mientras se dirigía a la cocina.

Al regresar, le entregó un sándwich de jamón y queso Manchego curado junto con una soda azucarada.

—Aquí tienes. Y no te atrevas a pedirme más, ¿entendido? —intentó sonar severa, pero su tono se suavizó al ver la expresión de Noah, que miraba el sándwich como si fuera una broma de mal gusto.

—¿Solo esto? —protestó, mirando el bocadillo como si esperara un banquete real—. ¿No tenías por ahí un poco de pavo, aceitunas, lechuguita o algo así? Ya sabes, algo más digno para calmar mi estómago.

—Es eso o nada, así que agradece —respondió Zoe, girándose hacia la cama, conteniéndose para no reír.

Noah suspiró dramáticamente, como si el mundo estuviera en su contra, pero finalmente se sentó frente al ventanal y empezó a comer con gusto. Después de terminar su soda con un ruido estruendoso, encestó el envase en el tacho de basura de un solo tiro y fue al baño. Zoe, que solo quería que él se durmiera de una buena vez, se recostó en la cama, suspirando de alivio. Pero justo cuando pensaba que al fin tendría un momento de paz, Noah salió del baño bailando y cantando villancicos con una energía que solo podía deberse a una sobredosis de azúcar.

—¡Noah, cállate ya! —gritó, riendo a pesar del escándalo—. Necesito dormir, mañana nos espera un desayuno infernal, no lo olvides.

—Sí, sí, ya lo sé —respondió él, aún silbando mientras extendía el edredón en el sofá—. Pero no te preocupes, mañana seré todo un caballero. Te lo prometo.

Zoe lo miró exasperada, pero con una risa atrapada en los labios. A pesar de que la sacaba de sus casillas, no podía evitar sonreír ante sus payasadas.

—Más te vale —dijo, acomodándose en la cama y apagando la luz—. Buenas noches, Thorne.

—Buenas noches, Zoecita Adelaid...

—No te atrevas a decirlo... —lo interrumpió, cubriéndose la cara con la almohada y suplicando al cielo que cerrara la boca y se durmiera de una vez por todas.

Noah soltó una carcajada y, tras unos segundos, respondió en voz baja:

—Que tengas una linda noche, Sinclair. —Dejó caer la cabeza sobre la almohada con una sonrisa en los labios y empezó a tararear otra canción navideña mientras cerraba los ojos.

Zoe, balanceando la cabeza, le lanzó una última mirada de reojo. A pesar de todo, Noah tenía ese don especial de hacerla reír, incluso cuando más la sacaba de quicio.



El día tan esperado finalmente llegó. Hazel y Savannah, con su formalismo habitual, recorrían el salón principal con un ojo crítico, asegurándose de que todo estuviera impecablemente organizado para recibir a los invitados, incluidos los padres de Timothy y él mismo.

Hazel no escatimó en gastos para la cena navideña: contrató al mejor chef de Denver para ofrecer un banquete digno de la familia. Esa noche, la residencia de los Sinclair, rebosaba lujo y ostentación.

Mientras tanto, Zoe y Noah terminaban de alistarse. Noah, por su parte, llevaba el esmoquín negro que consiguió en rebaja el día anterior. Zoe lo miró detenidamente; aunque Noah se veía muy atractivo, su atuendo parecía un poco pasado de glamour.

Para esa noche, se había organizado un intercambio de regalos de amigo secreto entre todos los presentes. Coincidentemente, a Zoe le había tocado Noah como su amigo secreto, así que se esmeró en elegir algo bonito y sin salirse del presupuesto. Eligió un reloj de pulsera con correa de cuero. No era lujoso, pero sí de buena calidad y con un diseño moderno, algo que estaba segura de que le gustaría y usaría.

Con el regalo cuidadosamente empacado, Zoe y Noah salieron de la habitación, donde ya se escuchaba el bullicio de las risas descontroladas de Nathan y Nala, el parloteo y el alegre tintineo de las copas.

Noah también llevaba un elegante envoltorio en sus manos. A pesar de que Zoe le preguntó quién era su amigo secreto, él no se lo reveló, y juntos, entre risas, bajaron al salón.



El salón principal resplandecía con decoraciones doradas y plateadas, y los invitados, entre familiares y amigos cercanos, disfrutaban de la velada mientras la música suave de fondo añadía un toque de elegancia al bullicio.

Zoe, vestida con un elegante vestido burdeos que caía suavemente sobre sus curvas y dejaba al descubierto sus hombros, destacaba por su delicada sensualidad. El diseño del vestido era lo suficientemente discreto para evitar las críticas de Hazel, pero lo suficientemente atrevido para captar miradas... incluida la de Noah. Mientras tanto, él, con su esmoquín negro de rebaja, atraía todas las miradas. Aunque el traje de Noah era visiblemente más ostentoso de lo que la ocasión requería, le sentaba de maravilla.

—Bueno, bueno, parece que alguien se ha esmerado de más —comentó Savannah con una risita entre dientes, repasando a Noah de pies a cabeza. Ella lucía impecable en su vestido de terciopelo azul marino, asegurándose de que cada movimiento de su mano resaltara el enorme diamante que Benjamín le había adelantado como regalo navideño. No perdió la oportunidad de mostrar la joya, alardeando la lujosa generosidad de su “encantador” esposo.

—Querida, tal vez deberías darle a tu novio algunas lecciones sobre cómo vestirse apropiadamente para una ocasión como esta... ya sabes, menos es más —dijo Hazel, mientras se ajustaba con intencional elegancia el broche de diamantes en su escote, dejando claro quién entendía realmente de buen gusto.

Zoe torció los ojos.

—No exageres, mamá. Alexander luce estupendamente bien —replicó con una sonrisa forzada, aunque sus ojos lanzaron dagas hacia Noah. Sin embargo, él simplemente se encogió de hombros, aparentando indiferencia ante los comentarios. Estaba demasiado ocupado devolviendo sonrisas a las mujeres mayores que no perdían la oportunidad de festejar su buena pinta.

De repente, Timothy se acercó a Zoe y, antes de que ella pudiera reaccionar, la invitó a bailar.

Timothy llevaba un elegante pero casual traje gris claro, y mientras giraban al ritmo de la música, Noah, desde donde estaba rodeado por un grupo de señoras y algunas mujeres jóvenes, a cada momento regresaba a mirarlos, frunciendo el ceño.

—¿Te importa, Noah? —preguntó Timothy, cuando en uno de los giros que dio con Zoe estuvieron frente a frente con él.

Noah le clavó la mirada.

—Para nada —respondió cortante. Levantó su vaso de whisky y, antes de llevárselo a los labios, desafió a Zoe, alzando una ceja y haciendo un brindis con ella.

Zoe rio. Estaba claro que dio en el blanco, Noah estaba que ardía por dentro.

—Deberías también divertirte, cariño —dijo, provocándolo aún más—. El salón está lleno de damas que no lo pensarían dos veces antes de bailar contigo. —Zoe disfrutó del malestar del galán de la noche, aunque algo en ella le confundía.

Noah no dijo nada; con el ceño fruncido y los labios apretados, se alejó de ellos y fue a conversar con un grupo de señoras que no dejaban de mirarlo.

—¿No crees que se te está pasando la mano? —dijo Timothy.

Zoe sonrió, mordiéndose con suavidad el labio inferior.

—No lo creo. Y así sea, a este hombre tengo que domarlo —dijo y echó a reír. Ambos siguieron bailando, olvidando por completo a Noah.

Una vez que terminó la balada, Zoe se acercó al grupo donde Noah, desbordante de entusiasmo, entretenía con su carisma a todas las mujeres que lo rodeaban.

—Finalmente, podemos estar juntos, cariño —dijo ella, pasando el brazo alrededor de su esmoquín—. ¿De qué están hablando? Si me permiten integrarme a la conversación.

—Tu novio nos estaba contando sobre sus emocionantes experiencias como paracaidista en las fuerzas aéreas, querida —dijo una de ellas, admirada.

Zoe se lo quedó mirando con cara de “¿y desde cuándo has pertenecido a las fuerzas aéreas?”

Noah, sin inmutarse, le guiñó un ojo y siguió alardeando sobre hazañas tan alucinantes que Zoe apenas podía creer lo que sus oídos escuchaban. « ¿Estoy en medio de un episodio de Misión imposible? », se preguntó, asombrada por su habilidad para convencer.

Mientras Noah impresionaba a las señoras con su descarada desfachatez, la madre de Timothy, una mujer de aspecto elegante con un vestido de seda dorado, no perdió la oportunidad de acercarse a Zoe y comentar con ella:

—Zoe, querida, me encanta verte tan radiante. Timothy siempre ha tenido un gusto exquisito. Si bien recuerdo, el pendiente que llevas puesto es el mismo que él te regaló. Nunca he visto algo tan hermoso.

Zoe se quedó lívida.

—No, no, Rose, no es el mismo —negó, tocándose el pendiente.

Noah, a su lado, le clavó la mirada. Sin embargo, Zoe se limitó a sonreír.

Finalmente, llegó el momento del intercambio de regalos del amigo secreto.

Con todos reunidos alrededor del árbol de Navidad, Zoe fue la primera en entregar su regalo.

—Noah, te tocó a ti —dijo ella, entregándole la caja con una larga sonrisa.

Noah abrió el paquete y, al ver el reloj, sus ojos se iluminaron.

—Es perfecto, Zoe. Gracias —exclamó, sin esperar a ponérselo, mientras admiraba cómo lucía en su muñeca. Zoe sonrió, viendo lo mucho que le había gustado.

Entonces llegó el turno de Noah. Con una sonrisa torcida, sacó una gran caja cuadrada roja, envuelta con buen gusto y decorada con un enorme moño dorado, y se acercó a Hazel.

—Suegrita... Me esmeré tanto —dijo, entregándoselo, fingiendo que el regalo era para ella—, pensé que esto te encantaría.

Hazel, con la expresión de quien acaba de morder un limón, lanzó su espalda hacia atrás, forzando una sonrisa tan rígida, que parecía más bien un tic nervioso y se negó a tomar el regalo.

—Oh, no, tú... por favor, no te molestes.

Noah soltó una carcajada.

—Tranquila, suegra, contigo no me atrevería —dijo, girándose luego hacia Zoe, quien observaba a su madre con los ojos bien abiertos, sin perderse ni un solo detalle. Con una amplia sonrisa, Noah puso el envoltorio en las manos de Zoe y añadió—: Resulta que tú eres mi amiga secreta, Zoecita.

Zoe, sorprendida por la coincidencia, levantó ambas cejas y sonrió. Bajo la atenta mirada de todos, comenzó a desenvolver el regalo, curiosa por ver con qué bonito detalle la sorprendería. Pero en cuanto abrió la caja, su sonrisa se congeló, desvaneciéndose luego por completo.

Allí, en medio del elegante envoltorio, reposaba un ridículo gorro de Santa Claus con luces intermitentes de mil colores que parpadeaban y emitían a la vez una estridente música navideña.

El salón estalló en carcajadas, y Zoe se quedó paralizada, mirando el gorro como si fuera una broma de mal gusto.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró entre dientes, luchando por mantener la compostura.

Noah no pudo contener la risa.

—¡Es un clásico de Navidad, querida!

Savannah, que no desaprovechaba ninguna oportunidad, intercambió miradas con Hazel, y en tono burlón, dijo:

—Vaya, Alexander, definitivamente tienes un... gusto único. Al menos es... llamativo.

Hazel soltó una risita malintencionada, mientras Zoe se retorció de las iras sin poder disimular.

—Gracias, cariño —dijo con una sonrisa tan forzada que casi parecía un calambre, antes de susurrarle al oído—: Eres un completo idiota.

Noah, dibujando una sonrisa que casi se le salía de la cara, se inclinó un poco más hacia ella.

—Lo sé, Zoecita, pero ahora soy un idiota con estilo —respondió, señalando con orgullo el reloj que ella le había regalado.

Las risas continuaron, y los comentarios sarcásticos de Hazel y Savannah siguieron haciéndose presentes, avivados por Benjamín, quien no pudo resistirse a unirse a la burla.

Mientras tanto, Zoe, tratando de mantener la dignidad mientras sostenía el ridículo gorro, no veía la hora de que el chef apareciera por el pasillo y anunciara que la cena al fin sería servida.



La mesa era un verdadero festín para los sentidos, desbordando opulencia y exquisitez: un majestuoso pavo trufado, dorado a la perfección, dominaba el centro, acompañado de langosta al champagne, filetes de *wagyu* con salsa de trufas negras y *foie gras* con higos caramelizados. Cazuelas de camote con una delicada costra de nuez de macadamia, puré de papas con mantequilla de avellanas, coles de Bruselas glaseadas en miel de maple, y un relleno especiado con castañas inundaba el salón con un aroma embriagador.

Las copas de vino tinto importado de la mejor cepa reflejaban las suaves luces que titilaban sobre un centro de mesa adornado con ramas de pino, bayas rojas y velas blancas. Desde los ventanales, los copos de nieve caían con delicadeza, creando un ambiente navideño perfecto.

Las risas y las conversaciones fluían alegremente, aunque siempre disimuladas con comentarios satíricos.

Savannah, desde el otro extremo de la mesa, no dejaba de clavarle la mirada a Noah. Había algo en sus ojos; un brillo malicioso como si estuviera esperando el momento perfecto para atacar o continuar haciéndole caer en ridículo. Zoe, sentada al lado de Noah, intentaba ignorarla, pero no podía dejar de pensar que su hermana algo tramaba. « ¿Es en serio? ¿Ni en la cena puede dejarlo en paz? », renegó, apretando los labios mientras tomaba un sorbo de vino, fingiendo calma. « ¿O acaso el estúpido regalo que me dio Noah es razón suficiente para que siga con sus malditas burlas? », se preguntó, resistiendo la tentación de mirarla directamente.

—El pavo está espectacular, como siempre, querido —comentó Hazel, cortando una pequeña porción y colocándola en el plato, aunque sus ojos nunca dejaron de recorrer la mesa, atentos a cualquier oportunidad de lanzar una indirecta—. ¿No crees, suegra?

—Oh, querida, Weston siempre ha sido un hombre que no escatima en gastos. Menos aún tratándose de reunir a toda la familia en una gran fiesta como esta.

Weston sonrió, sirviéndose más vino.

—Es el mejor que hemos tenido en años —añadió Savannah.

—Familia, amigos, ¡a su salud! —brindó Weston, levantando su copa—. La familia es lo más importante. Y tener la dicha de tenerla reunida, además del placer de compartir con amistades de toda la vida, es una bendición.

—Así es, papá —dijo Savannah, mirando de vez en cuando a Noah—. Una bendición siempre y cuando haya suficiente honestidad como para querer pertenecer a esta familia.

Noah esbozó una sonrisa ladina. Levantó su copa muy despacio, como si saboreara el momento, clavando una mirada burlona en Savannah.

—Por la honestidad entonces... —dijo y, alzando completamente su copa, hizo un brindis desafiante con ella.

Savannah, con una ceja arqueada y los labios aprisionados en una sonrisa falsa, respondió con otro brindis.

El gesto no pasó desapercibido, y Zoe, incómoda porque Noah acababa de desafiar abiertamente a su hermana, sintió un incómodo escalofrío recorrer su cuerpo.

La cena continuó con comentarios un poco pasados de tono por parte de Savannah y Hazel, y conversaciones un tanto superficiales. Zoe sentía la presión de las miradas de su familia. Aunque intentaba relajarse, cada vez se sentía más inquieta. Era como si Savannah estuviera esperando el momento perfecto para lanzar una bomba, y aunque Zoe fingiera calma, su estómago ya estaba revuelto.

Cuando llegó el postre, un delicado soufflé de chocolate oscuro con salsa de frambuesas, Zoe respiró aliviada, pensó que lo peor había pasado. Pero fue entonces cuando Noah, en el momento menos esperado, decidió levantarse de la mesa.

—Disculpen, me gustaría decir unas palabras... —anunció, provocando que todas las miradas se volvieran hacia él, incluida la de Zoe, quien lo miró incrédula.

«¿Qué... está... haciendo...?», pensó, mientras su corazón empezaba a latir descontrolado.

—Este... ha sido un momento muy especial para mí —Noah continuó con una solemnidad tal, erguido con garbo como todo un caballero, que logró que todos guardaran silencio—. Estar aquí, rodeado de tanta... ¿cómo decirlo? Tradición... —miró de reojo a Hazel, quien frunció el ceño—. Y sobre todo con Zoe a mi lado...

Zoe sintió un frío helado recorrer su espalda, estaba a punto de intervenir, cuando Noah, con una teatralidad descarada, sacó una pequeña caja dorada de su bolsillo.

—Zoecita, bomboncito de mi vida... —Noah comenzó a inclinarse sobre una rodilla, provocando un silencio perturbador en la sala.

Zoe sintió que poco a poco se iba descomponiendo y su mente gritaba:

« ¡No, no, no! ».

—Desde que te vi, supe que eras mi destino —continuó Noah, abriendo la caja, donde saltó a la luz un anillo exageradamente brillante—. Y por eso, frente a todos, quiero pedirte que... ¡te cases conmigo!

Hubo un momento de silencio, el desconcierto se apoderó de la mesa. El rostro de Hazel reveló disgusto, mientras Savannah contenía la risa. Y Zoe, con los ojos desorbitados, sintiendo que apenas podía respirar, tragó saliva, tratando de mantener una sonrisa forzada.

—¿Qué demonios...?! —murmuró entre dientes.

Noah, sin inmutarse, siguió sonriendo como si acabara de ganar la lotería.

—Vamos, Zoecita, no me hagas esperar. Sabes que soy el hombre de tus sueños... —añadió con tal descaro, haciendo que Zoe quisiera estamparle el anillo en la cara.

« ¡Maldito imbécil, cómo no me avisaste! », renegó Zoe para sí con los labios presionados en una fina línea, clavándole la mirada. Pero antes de que pudiera reaccionar, Savannah se levantó de golpe.

—¡Zoe, espera! —Su voz resonó por toda la sala, deteniendo el momento en seco.

Todos giraron hacia Savannah.

Zoe, aún con el anillo en la mano, se giró lentamente hacia su hermana.

—No puedes casarte con él —replicó Savannah, con sus ojos brillando como dos luciérnagas hiperventilando en medio de la noche.

Un murmullo se extendió por la mesa.

—¿Qué estás diciendo, Savannah? —preguntó Zoe, frunciendo el ceño.

Savannah, riendo, miró directamente a los ojos de Noah.

—Lo digo porque vi a Alexander... hace unos días... en un restaurante, muy cariñoso con otra mujer. Y no parecía que estuvieran teniendo una reunión de negocios, créanme.

El rostro de Noah perdió todo su color y los murmullos continuaron, cada cual juzgando a su criterio, mientras Timothy permaneció en silencio.

—¿Qué? —Zoe dejó caer el anillo sobre la mesa.

—¡Estás mintiendo! —saltó Noah, agitado—. No tiene ningún sentido lo que dices...

—¡Oh, sí lo tiene! —replicó Savannah, cruzándose de brazos—. Y lo vi con mis propios ojos. ¿Quieres que te diga dónde y cuándo?

Zoe sintió a su rostro encenderse como un tomate. No sabía si la repentina propuesta de Noah o la traición que Savannah revelaba la enfureció más.

—¿Es cierto? —preguntó a Noah, taladrándolo con la mirada—. ¿Saliste con otra mujer a mis espaldas?

—Zoe, te lo juro, no... no es lo que parece... —titubeó, intentando defenderse, pero su voz temblorosa solo empeoró la situación.

Weston, que hasta el momento había permanecido en silencio, se levantó, golpeando furioso la mesa.

—¡Alexander, esto es inaceptable! ¿Cómo te atreves a jugar con mi hija de esta manera?

—¡Papá, por favor...! —intentó intervenir Zoe, pero su propia confusión la dejó sin palabras. Estaba a punto de explotar.

—Yo siempre supe que este tipo no era de fiar —comentó Hazel, mirando a Noah con desprecio—. Zoe, te lo advertí, esto es lo que pasa cuando eliges mal.

—¡Cállate, mamá! A ti menos que nadie quiero escucharte —replicó Zoe, sintiendo que sus manos no dejaban de temblar.

Gertrude levantó una ceja.

—Alexander, si esto es verdad, me gustaría saber por qué. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—¡No digas que no es cierto, porque yo lo vi! —insistió Savannah.

Noah, sin palabras, miró al suelo.

Zoe no aguantó más. Se levantó abruptamente, tirando la silla hacia atrás.

—Tú y yo tenemos que hablar. ¡Ahora! —espetó, fulminándolo.

Noah asintió.

Sin decir una palabra más, Zoe se dio la vuelta y se encaminó por el pasillo a su habitación. Mientras que Noah, en medio de todas las miradas, la siguió en silencio hasta desaparecer por el pasillo.



Zoe, furiosa, lo esperaba apoyada en la pared junto a la puerta. La rabia e indignación la consumía. Primero, que Noah hubiera tenido la osadía de hacer semejante pantomima sin siquiera advertírselo. No... lo mínimo que merecía era ahorcarlo. Pero que se hubiera largado con otra a pasarla bien cuando él se hospedaba en su casa... y que lo hayan visto sabiendo que hay un contrato de por medio. No. Eso sí que sobrepasó el límite de su paciencia.

Cuando Noah finalmente entró, el portazo que Zoe estampó resonó con un eco que llenó toda la habitación.

—¿Qué mierda contigo, Noah?! —gritó, empujándolo sin ninguna consideración hacia el centro de la habitación.

—Las cosas no son como parecen —respondió Noah, levantando las manos en un gesto de paz que no hizo otra cosa que avivar la furia de Zoe.

—¿A eso saliste la tarde pasada? —continuó ella, haciéndolo retroceder mientras le apuntaba con un dedo acusador en el pecho—. ¡Maldito imbécil! Fuiste a encontrarte con una tipa cualquiera, y todavía tuviste el descaro de regresar como si nada, después de haberte revolcado con ella. Eres un idiota realmente. ¿Cómo pudiste dejar que te vean? La embarraste.

Noah negó con la cabeza.

—Zoe, no sé cómo me vieron. No pasó nada entre ella y yo. ¡Te lo juro!

—¡No me jures nada, grandísimo hijo de puta! Y ni creas que esto tiene que ver con celos. Tú y yo no somos nada. Es la humillación que siento. —A Zoe se le quebró la voz y sintió que sus ojos se le empañaban de pura rabia—. ¿Cómo te atreviste a citarte con otra, sabiendo que mi familia podía verlos? ¡Cómo pudiste rebajarme de semejante manera ante ellos! Eso... eso no te lo perdono.

Noah le clavó la mirada; sus facciones cobraron un matiz oscuro.

—Tú también tienes la culpa en todo esto —espetó con frialdad.

Zoe parpadeó seguido, mirándolo sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?

—No me mires así. Desde que apareció tu ex, no has hecho más que fastidiarme, intentando darme celos. Así que no te hagas la víctima ahora —replicó Noah, sonriendo con desprecio—. Yo también merezco respeto y cuido mi orgullo.

—¡Oh, claro! —exclamó Zoe, riendo con ironía—. Entonces, ¿estás celoso de Timothy? —Su risa fue lacerante—. ¿Y por eso te revolcaste con otra? ¿De dónde la sacaste? ¿Ah, cabrón? ¿De una de esas citas en línea?

Noah, con el ceño fruncido, la tomó por los hombros.

—¡No vuelvas a llamarme así!

—¿Y cómo quieres que te llame entonces? Quizá prefieres que te diga: cariño, bravo, saliste a follar toda la tarde con una chica de internet... ¡Mis felicitaciones! —burló, aplaudiendo en su cara—. Y luego te tiraste a roncar en mi cama.

—¡No fue así, joder! —espetó Noah, sacudiéndola ligeramente por los hombros—. ¡Te estoy diciendo que no pasó nada!

—¡No vuelvas a ponerme una mano encima, maldito imbécil! —Zoe lo empujó con tanta fuerza que Noah perdió el equilibrio y, tambaleándose, casi se golpea contra el filo del tocador. Respiró profundo, tratando de recomponerse.

—Zoe, estás exagerando. Lo admito, la cagué. Pero no fue lo que crees. Nunca imaginé que Savannah nos hubiera visto esa tarde a Sarah y a mí en el restaurante.

Zoe abrió los ojos, sorprendida.

—Oh, así que se llama Sarah, la... perra esa.

—No es una perra, no la llares así —replicó Noah con el ceño fruncido.

Zoe soltó una risotada.

—Tú y ella son un par de perros despreciables. —Lo miró con desprecio—. ¿Sabes qué? Lárgate con ella, querido, porque en mi casa no vas a quedarte ni un minuto más.

—¿Qué diablos pretendes decirme?

—¡Que se acabó, Thorne! —gritó Zoe, girándose hacia el armario—. ¡Esta estúpida farsa terminó! —Sacó su cartera de un tirón, la abrió con prisas y le lanzó un fajo de billetes a la cara—. ¡Aquí está tu paga! ¡Ahora lárgate y disfrútalos con tu nueva perra!

Los billetes se desparramaron por el suelo, y Noah, pasmado, se quedó en silencio por unos segundos, mirando el dinero y luego a Zoe.

—No merezco que me trates así —dijo finalmente—. Cometí un grave error, lo siento. Pero tampoco vas a humillarme de esta manera, Zoe.

—Hasta nunca, Noah Thorne. No tardes recogiendo tus cosas.

Zoe salió de la habitación sin regresar siquiera a mirar. Mientras avanzaba por el pasillo, sintió su corazón latir descontrolado. «¿Cómo pudo hacerme esto?», renegó, bajando las escalinatas para dirigirse al auto. La familia continuaba reunida en la sala, cuando la vieron cruzar el recibidor, nadie dijo nada. Zoe abrió la puerta y salió, conteniendo la rabia que llevaba dentro. Encendió el motor y manejó sin dirección, tragándose la vergüenza que ese hombre le hizo pasar con su aristocrática familia, mientras diminutas hojuelas de nieve se deslizaban sobre el parabrisas, reflejando las luces navideñas que titilaban a su alrededor, ajenas a lo que sucedía en su interior.



Noah se apresuró a empacar sus cosas, aunque sin mucho cuidado. Los gritos de Zoe seguían resonando en su cabeza, y no dejaba de reprocharse haber cometido el error de salir esa tarde con aquella chica de internet. Arrastró su equipaje de mano por el pasillo, vistiendo aún el esmoquín, pero ya nada quedaba de la elegancia que había mostrado al inicio de la noche.

La leva estaba arrugada, y la camisa blanca, que minutos antes relucía impecable, se le salía descuidadamente del pantalón, igual de arrugada. Cada paso que daba era pesado, como si el cansancio y el remordimiento lo hubieran derrotado por completo.

Sin molestarse en arreglarse, se dirigió hacia la planta baja.

Como era de esperarse, la familia seguía reunida en el salón principal, hablando entre ellos. Noah se detuvo un instante antes de cruzar la puerta.

—Gracias por recibirme —dijo—. Y disculpen todo cuanto sucedió esta noche.

Nadie respondió. Solo Savannah y Hazel mostraron su satisfacción, dibujando una sonrisa insidiosa en los labios. Noah recorrió la sala con la mirada, dedicándole una sonrisa de agradecimiento a Weston y Gertrude. Luego, sujetando con fuerza el asa de su maleta, salió, resignado a haberlo perdido todo.



Un viento helado lo recibió cuando salió de la casa, y la nieve caía suave y constante sobre las calles de Aspen. Noah caminó sin rumbo cierto por largo tiempo, hasta que las luces de un letrero que parpadeaban en color verde llamó su atención. Era un hostel pequeño y modesto.

Noah entró, buscando refugio, y se instaló en una habitación sencilla.

El lugar era cálido y acogedor, pero él no podía sentir ese calor. Su mente y su corazón estaban en otro lugar, en esa casa donde había dejado todo hecho un desastre.

Se sentó al borde de la cama, mirando la maleta medio abierta a sus pies. Con un suspiro, metió la mano dentro del bolsillo de su abrigo y sacó el fajo de billetes que Zoe le arrojó. Los miró con indignación. Ese dinero era la prueba de lo bajo que había caído.

« ¿En qué momento todo se fue al demonio? », se preguntó, apretando los billetes en el puño. Ni siquiera se sentía digno de ese pago. Con rabia, y cansado de todo ese teatro los arrojó al fondo de la maleta, como si el simple hecho de tenerlos lo quemara por dentro.

Se dejó caer sobre la cama y, con la mirada fija en el techo, la imagen de Zoe, enfurecida, no dejaba de perforar su mente. “Maldito imbécil” le había gritado. Y lo peor es que tenía razón. No fue capaz de pensar en las consecuencias de sus actos. Había jugado a ser el tipo despreocupado, el que no se deja atar por nada ni por nadie, y ahora... ahora había perdido lo único que empezaba a tener sentido para él.

—¿Por qué tuve que salir con Sarah? —murmuró en voz baja, como esperando una respuesta en la soledad de la habitación.

Lo había arruinado todo. Por orgullo, por celos, por esa estúpida necesidad de demostrar que él también podía jugar al mismo juego. Pero no era un juego. No con Zoe. Ella no era cualquier mujer, y ahora se daba cuenta de lo que realmente significaba para él.

«Pero ¿cómo decírselo? ¿Cómo mirarla a los ojos después de lo que había hecho? ».

Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Afuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo las calles y las luces navideñas que adornaban la ciudad. Era Nochebuena y él estaba solo.

Respiró hondo, observando cómo los copos de nieve se amontonaban en el alféizar. No podía volver a Texas. No podía simplemente dejar las cosas así. Algo dentro suyo se negaba a marcharse sin intentar arreglarlo, sin al menos buscar a Zoe y explicarle...

¿Explicar qué? Que se estaba enamorando de ella sin darse ni cuenta.

Pero la vergüenza lo devoraba de a poco y lentamente. ¿Cómo enfrentar a su familia después de lo que había pasado? ¿Cómo decirle que lo perdonase y empezar de nuevo?

—La he perdido —susurró, apoyando la frente contra el cristal frío—. Pero me resisto a perderla.

Las horas pasaron lentamente mientras Noah seguía batallando consigo mismo. Miró la nieve caer, sintiendo cómo poco a poco, algo en su interior cambiaba, se estaba enfrentando a lo que sentía, a lo que siempre había escondido detrás de su fachada de playboy.

Zoe era más que una actuación, más que un trabajo por el que le pagaban. Era la mujer que había derribado sus defensas. No podía dejar que terminara así.

Finalmente, tomó una decisión. No volvería a Texas. Permanecería en Aspen. No sabía cómo ni cuándo, pero tenía que hablar con Zoe, aunque le costara todo el orgullo que le quedaba.

Se apartó de la ventana y tomó su celular, dispuesto a telefonar a Zoe.

Ella no respondió.

Fue a tomar una ducha, y al salir volvió a hacerlo.

Zoe había apagado su celular.

Noah no le dejó uno sino varios mensajes de voz.

Apagó la luz y, bajo el manto de esa noche nevada, se quedó finalmente dormido.

Zoe estaba tirada sobre su cama, con el teléfono en la mano, viendo la pantalla aún encendida que mostraba las llamadas y los mensajes de voz de Noah, los mismos que había ignorado desde la noche anterior. Cada vez que veía su nombre, sentía una punzada de ira en el estómago, imaginándose lo peor. En su mente, Noah y esa “perra de línea” ya se habían besado, abrazado... y todo lo demás. ¡Mierda! Le faltaba el aire de tantos celos, pero jamás lo iba a admitir.

Lo que quería era agarrarlo por las solapas de ese ridículo esmoquín que tuvo el descaro de comprarse y arrastrarlo por la habitación. Golpearlo en esa cara de galán de telenovela barata hasta dejarlo irreconocible de los moretones.

¿Extrañarlo? ¡Ja! Ni loca.

De pronto, unos suaves golpes en la puerta irrumpieron su conflicto interno.

—Zoe, cariño, ¿puedo entrar? —era la voz de su abuela.

Zoe suspiró, sin despegarse de la cama.

—Adelante.

Gertrude abrió la puerta y entró con paso lento. Se sentó al borde de la cama y la miró de reojo, revelando en su sonrisa algo de picardía.

—Así que aquí estás, escondida como una ratoncita —comentó la abuela con tono burlón—. Todo por un hombre, ¿eh? ¿Zoe Sinclair, la chica que nunca deja que nada la derrumbe? ¡Increíble!

—No estoy escondida, abuela. —Zoe bufó, intentando no sonar como su abuela acabó de llamarla—. Simplemente... no quiero ver a nadie.

—¿A nadie? —replicó Gertrude, arqueando una ceja—. ¿O solo a cierto rubio, guapo y bastante torpe con los esquís que parece que no puedes sacar de tu cabeza?

Zoe apretó la mandíbula.

—No me hables de Alexander, abuela. Es un idiota. ¡No puedo perdonarle lo que hizo! Estuvo con esa chica, ¡toda la maldita tarde! —las palabras se le salieron disparadas sin poder frenarlas—. ¿Y por qué? ¡Porque la conoció en línea! No puedo ni imaginar lo que pasó entre ellos... ¡Lo odio! —Se detuvo al sentir un calor incómodo subiéndole por el cuello—. ¡No quiero ni pensarlo!

Gertrude soltó una carcajada tan fuerte que Zoe se giró para mirarla, incrédula.

—Ay, querida, no me hagas reír. —Gertrude se secó una lágrima de la risa—. ¿Realmente crees que tu novio pasó toda la tarde... haciendo cosas inapropiadas con esa chica? Si es tan torpe como demostró serlo en los esquís, te garantizo que la mitad del tiempo ni siquiera sabía qué estaba haciendo.

—No me hace gracia, abuela —gruñó Zoe, con el ceño fruncido—. ¡Estoy furiosa! No puedo soportar que... él haya tenido el descaro de salir con alguien más cuando... —Se tragó las últimas palabras, mirando el techo.

—Cuando debería estar contigo, ¿no es eso? —Gertrude la miró con una sonrisa astuta—. Ay, Zoe, no te engañes a ti misma. He vivido más que tú, y sé reconocer el amor cuando lo tengo frente a mis ojos, y cariño, lo que tienes con Alexander... Madre mía, te tiene atrapada. Además de que tú estabas bien acaramelada con Timothy... y Alexander, seguramente de los celos, busco a esa chica.

Zoe, sintiéndose ofendida, se incorporó de inmediato.

—¡No! No lo extraño ni un poquito. —Su voz titubeó—. ¡Él... él se lo buscó!

—¿Y acaso sabes lo que hizo realmente? —preguntó Gertrude con una calma inquietante, sin perder su perspicaz sonrisa—. ¿Le has dado la oportunidad de explicarse? Porque doy mi cabeza a que no pasó nada de lo que estás imaginando.

Zoe se quedó en silencio, debatiéndose entre la furia y la confusión que dominaba su interior. Sabía que Noah había intentado contactarla, pero ella prefirió ignorar los mensajes.

—Zoe, cariño, lo extrañas. Por eso no has salido de esta habitación. —La voz de su abuela bajó un tono—. Y sé que estás pensando en volver a Texas para no enfrentarlo, pero huir no te va a ayudar.

Zoe apretó los labios. ¿Huir? ¿Estaba pensando en eso realmente?

—Y lo peor —añadió Gertrude—, es que tu madre estaría encantada. ¡Hazel daría saltos de alegría si volvieras a Texas y al fin lograra casarte con Timothy! —dicho aquello, soltó un

bufido—. Esa mujer no sabe nada del amor. Cree que casarse bien es el objetivo de la vida. ¡Bah! Si fuera por ella, te casaría con Timothy mañana mismo solo para hacerme rabiar.

Zoe no pudo evitar una sonrisa, aunque breve. Gertrude siempre encontraba la forma de sacarle una risa, incluso cuando estaba a punto de llorar.

—Gracias abuela, pero no es tan fácil. Me indigna que haya salido con esa tal... Sarah.

Gertrude levantó ambas cejas.

—Así que se llama Sarah la susodicha, ¿eh?

Zoe asintió, frunciendo los labios.

—Sí, abuela.

—Bueno —continuó la abuela, palmoteando la mano de Zoe—, por supuesto que no es fácil, pero tampoco es imposible. ¿Sabes lo que pienso? Que deberías hablar con Alexander. Deja que te diga qué pasó. Luego... hazlo sufrir un poco, claro. ¡Que lave tu ropa o que te consienta haciendo la cena cada noche y lavando los platos! Pero al final, no te hagas la dura. Él te quiere, Zoe. Y sí, el simple hecho de que Alexander te haya pedido matrimonio frente a todos... ¡Imagina eso! Aunque sé que todo fue muy apresurado, debo admitir que el chico tiene agallas.

Zoe tragó saliva, sintiendo el peso de la culpa remorder su consciencia. Ya era demasiado tarde para confesar que todo era una farsa que ella misma había montado. Pero ni en sus más remotos sueños se habría imaginado que Noah tuviera la brillante y estúpida idea de pedirla en matrimonio justo esa noche, pero ya nada se podía hacer. Qué vergüenza con su abuela, ella creía que todo era verdad. Y no, jamás Zoe abriría la boca para decirles que detrás de ese “romance” había un contrato firmado.

—Piensa en ello —insistió Gertrude, poniéndose en pie—. Y recuerda, cariño, no hagas nada solo para complacer a tu madre. Hazel se cree una experta en armar relaciones, pero lo único que arma son discordias entre la familia y sabe muy bien cómo molestar a la gente. —Le guiñó un ojo—. Y créeme, no te cases con alguien solo para verla contenta. Esa sería mi mayor desilusión. Y ahora —concluyó, dándole una última mirada—, arréglate esas trazas y sal de esta habitación antes de que tu madre piense que te he secuestrado para ponerte en su contra.

Zoe rio, mientras su abuela salía de la habitación, dejándola sola con sus pensamientos. Miró el teléfono de nuevo, sintiendo un fuerte impulso de responder a sus llamadas que ahí seguían, esperando ser contestadas.



Las palabras de su abuela seguían resonando en su mente, como un eco que le recordaba que no siempre podía ocultarse detrás de su rebeldía. Con el teléfono en la mano, Zoe escuchó los mensajes de voz que Noah había dejado la noche anterior. Su voz sonaba un poco molesta y extrañamente ansiosa. Vaciló. Podía responderle de una vez y terminar con todo ese drama, pero su orgullo la frenaba. Bufó y, con un movimiento exagerado, lanzó el teléfono a la almohada. Definitivamente no tenía ganas de escucharlo.

Se levantó y caminó hasta el ventanal, donde las hileras de pinos cubiertos de nieve bordeaban el horizonte, como si estuvieran rindiendo tributo a las imponentes Rocky Mountains que se extendían ante sus ojos. Con la mirada fija en las néveas montañas, suspiró profundamente.

Lo extrañaba... mucho más de lo que ella podía admitir. Noah no le era indiferente, y la verdad era que lo echaba de menos... con su presencia irritante y todo.

Se dio media vuelta, y aunque no sabía ni por dónde empezar, recogió el celular de la almohada. Con la respiración agitada, empezó a teclear el número de Noah, pero se detuvo justo después de marcar los primeros tres dígitos. «No, no así», pensó. Esto tenía que ser más... privado, más íntimo. Se rascó la cabeza, buscando un lugar dónde podrían encontrarse a solas, lejos del drama familiar. De repente, lo vio claro: Maroon Lake. A unos cuántos kilómetros de distancia, rodeado de naturaleza y completamente tranquilo. Era el lugar perfecto.

Decidida, Zoe marcó su número.

—Hasta que al fin respondes —gruñó Noah, apenas al segundo timbre, con tono resentido—. Llevo esperando desde anoche como si fuera tu secretario.

« ¿Y todavía tiene el coraje de reclamarme?! », refunfuñó Zoe, indignada. Respiró hondo antes de mandarlo a la mierda por atrevido.

—Ay, por favor, ¿no te pudiste aguantar un día? Ni que fueras tan importante.

—¿Importante? No pido tanto, solo esperaba un poquito de delicadeza de tu parte —replicó él, levantando un poco el tono de la voz—. Ya sabes, lo normal, que no me ignores como si no existiera. ¿Es mucho pedir?

Zoe rodó los ojos, conteniendo una pequeña sonrisa que quería escapar de sus labios.

—¿Y qué, ahora te crees un príncipe desatendido? —replicó—. Qué rápido se te olvidó la burrada que hiciste y vuelves a tu papel de arrogante. Mira, si tanto te urge hablar conmigo,

muévete y nos vemos en Maroon Lake. En una hora.

—¿En una hora? ¿Y dónde diablos está eso?

—Pues averígualo, Thorne. Usa un poco el sentido común, si es que tienes algo.

—¿Y qué tal si mejor pasas tú a recogerme?—respondió él, sin perder su tonito de víctima—. Digo, me podría perder.

Zoe bufó, furiosa, aunque algo le hacía sentirse más animada que enojada.

—¿Recogerte? ¡Ja! Ni lo sueñes, flojo. Si te mueres de ganas de verme, búscate la manera de llegar.

—Está bien, está bien. Nos vemos en una hora, pero si llego tarde, te aguantas ahí.

—Si llegas tarde... No, chiquito —respondió Zoe, al borde de perder la paciencia—. Más vale que te quedes donde estás porque no voy a perder mi tiempo esperándote. *Bye*, cariño.

Cortó la llamada antes de que él pudiera responder, mordiéndose los labios para no soltar una risotada. Su corazón latía con fuerza, invadido por una oleada de emoción y desahogo. Sin pensarlo dos veces, se puso ropa cómoda y abrigada, lista para enfrentarse tanto al frío como a Noah. Tomó las llaves del Range Rover y salió de casa.

Mientras el aire helado golpeaba sus mejillas, una creciente emoción la envolvía ante lo que estaba por venir.



Antes de ir a encontrarse con Noah en el lago, Zoe hizo una rápida parada en el supermercado. Compró dos botellas de vino tinto, un sacacorchos y vasos desechables. Al llegar a Maroon Lake, lo vio sentado en una banca de madera, envuelto en un abrigo negro, con gorra y bufanda gris. Sus ojos estaban fijos en el lago congelado, donde la superficie cristalina se extendía como un espejo, reflejando las montañas cubiertas por un manto de nieve.

Zoe aparcó el Range Rover y bajó. El viento de la tarde azotaba sus mejillas como cuchillas afiladas, mientras los últimos rayos del sol se filtraban entre las nubes grises. Un suave resplandor dorado y rosado pintaba el paisaje, anticipando una inminente tormenta, como si la naturaleza preparara el escenario para algo grande e inevitable.

El silencio era casi absoluto, solo interrumpido por el crujido de sus pasos sobre la nieve compacta y el susurro distante del viento acariciando los pinos. Zoe avanzaba hacia él, cubriéndose el rostro con sus guantes de lana, tratando de protegerse del aire helado que la envolvía.

Cuando Noah la vio acercarse, se puso de pie con lentitud, sin decir una palabra. Sus ojos verdes, cargados de una intensidad casi abrasadora, parecían atravesar el frío que los rodeaba, siguiéndola de una manera que daba la impresión de querer descifrarle los pensamientos.

—Pensé que no vendrías —murmuró, arqueando una ceja con esa sonrisa que siempre le traía problemas.

Zoe lo miró fingiendo lástima y una risa amarga se escapó de sus labios, más burlona que divertida.

—¿Y perderme la oportunidad de ver tu cara de perrito desubicado? Ni en un millón de años, Thorne.

Noah esbozó una sonrisa ladina, mientras Zoe, sentándose a su lado, hizo crujir el banco bajo el peso del frío. El silencio se instaló entre ambos, pesado pero no incómodo, mientras observaban el paisaje nevado frente a ellos. Los pinos se alzaban como guardianes inmóviles, y el lago reflejaba los últimos destellos de un día que se desvanecía en el horizonte.

Zoe fue la primera en romper el silencio.

—Tenemos que hablar de lo que pasó la otra noche —dijo, mientras sus dedos jugaban nerviosamente con un grueso mechón de su cabello, dejándolo al fin sobre su hombro—. Sé que te debo una disculpa. No debí echarte así ni lanzarte el dinero como si fueras... —hizo una pausa, tragando saliva en seco—. Como si fueras un stripper barato. Lo siento.

Noah bajó la mirada, frotándose entre sí sus manos enguantadas, como si tratara de disipar el frío... o quizás algo más. Zoe lo observó en silencio, por un momento le pareció ver en él a un niño que acababa de ser regañado; revelaba una inseguridad que nunca habría imaginado.

—No te disculpes, Zoe. Me lo merecía. Fui un idiota por salir con Sarah. Lo sé. No pensé...

—Obviamente, no pensaste —interrumpió ella, cruzándose de brazos—. Y encima ¿decides pedirme matrimonio sin siquiera advertírmelo? Tienes unas agallas, Thorne. O quizás... una falta total de sentido común.

Noah soltó una risotada, aunque sus ojos seguían fijos en sus botas humedecidas.

—¿Agallas? —repitió con ironía—. Más bien fue pura desesperación. No quería seguir durmiendo en el sofá por culpa de ese maldito contrato. —Suspiró—. Ni yo sé en qué estaba pensando. —De repente, alzó la mirada hacia ella—. Pero admítelo, Zoecita —dijo con esa sonrisa traviesa que tanto la irritaba y divertía a la vez—, fue una movida audaz.

Zoe lo miró un segundo, resistiéndose, pero al final, terminó soltando una risotada, sacudiendo la cabeza.

—Eres un descarado, Thorne —murmuró entre risas, dándose cuenta de que todo empezaba a fluir con más naturalidad entre los dos.

—Descarado, pero arrepentido —dijo él, guiñándole un ojo con su típica insolencia.

Zoe rodó los ojos, mordiéndose el labio para no reír. Noah sabía exactamente cómo sacarla de quicio, pero asimismo también lograba divertirla.

—Bueno —dijo finalmente, poniéndose en pie con un suspiro exagerado—, ya que te has dignado en disculparte, tengo una pequeña recompensa para ti... —Lo miró de reojo antes de sonreír—. Vamos al coche, he traído vino.

Noah alzó una ceja, sus ojos brillaron de entusiasmo.

—¿Vino? ¿Es para celebrar que no me vas a tirar al lago?

Zoe le lanzó una pícaro sonrisa.

—No, es para que te relajes antes de que decida que sí voy a hacerlo.

Mientras caminaban hacia el Range Rover, Noah la seguía de cerca, dejando ver nuevamente esa confianza y su típico descaro que siempre lo metían en problemas.

Después de un par de copas, ya de vuelta en el banco, el frío empezó a sentirse más soportable; o quizás era el efecto del vino lo que hacía que todo pareciera más ligero, por lo que Zoe se sintió más en confianza.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos en Austin? —preguntó, sintiendo a sus mejillas enrojecidas no solo por el frío, sino por el vino.

Noah rio, negando con la cabeza.

—¡Cómo olvidarlo! Entre tus advertencias sobre tu “adorable familia” y tus interminables requerimientos... fue una cita inolvidable —burló, mirándola pícaramente.

Zoe le dio un pequeño empujón en el brazo, sin dejar de mirarlo.

—¡Idiota! Me hiciste pagar hasta el Uber de vuelta. ¿Quién hace eso?

—Es parte del contrato, Sinclair —replicó él, levantando su vaso en un brindis—. No hay devoluciones.

Zoe echó a reír, y entre risas y bromas la tensión fue desapareciendo. Sin embargo, cada vez que sus miradas se cruzaban, el ambiente a su alrededor se volvía inquietante.

El viento soplaba con más fuerza, empujándolos a acercarse un poco más. Zoe frotaba sus manos, tratando de calentarlas, cuando Noah, con su sonrisa traviesa, preguntó:

—¿Frío, Zoecita? —dijo mientras se quitaba la chaqueta y la colocaba sobre sus hombros—. No te preocupes, tengo suficiente calor para los dos.

Zoe hizo una mueca, aunque una sonrisa se le escapó al sentir el roce de la chaqueta y la fragancia de Noah envolviéndola.

—No es para tanto —respondió, intentando sonar indiferente—. He sobrevivido a inviernos peores que este.

Noah gesticuló con los labios, entrecerrando los ojos.

—Claro, claro... Pero estás temblando. Vamos al auto antes de que me toque llevarte cargada.

Zoe soltó una carcajada.

—¡Qué dramático eres! —Agarró la botella de vino y se encaminaron hacia el Range Rover.

Una vez dentro del jeep, con la calefacción al máximo, los abrigo y guantes quedaron olvidados en el asiento trasero. Ambos se sentían más relajados, aunque el contacto casual entre ellos comenzaba a tener una intensidad que no podían ignorar.

Noah exhaló, dibujando círculos de vapor en la cabina mientras se hundía en el respaldo del asiento.

—¡Qué diferencia! —exclamó, estirando los brazos y dejando escapar un suspiro—. Realmente me estaba congelando allá afuera.

—¿Más vino? —preguntó Zoe, inclinándose para alcanzar la botella del compartimento del centro. Noah también lo hizo. Sus manos se rozaron al mismo tiempo, enviando una corriente eléctrica que los hizo detenerse. Por un momento, ninguno dijo nada, pero el calor del toque quedó suspendido entre ellos.

Zoe apartó la vista, intentando recomponerse, pero su piel aún sentía ese contacto. Noah, por su parte, mantuvo su mirada fija en ella, con una sonrisa que le decía que también lo había sentido.

El silencio que siguió a continuación fue agobiante, roto solo por el sonido de la calefacción. Zoe miró por la ventana, viendo cómo la nieve comenzaba a acumularse en el parabrisas, mientras sus pensamientos estaban lejos de la tormenta que se avecinaba.

—Zoe... —la voz de Noah rompió el silencio, baja, casi como un susurro.

Zoe giró lentamente la cabeza, encontrándose con su intensa mirada. Las palabras de él no eran necesarias, el roce accidental de sus manos habían dicho más que suficiente. Ambos lo habían sentido.

—Lo sé —dijo ella, con su voz más suave de lo habitual, mientras su corazón latía con fuerza.

Noah sostuvo su mirada: su rostro estaba serio, su expresión más vulnerable de lo que Zoe jamás había visto en él. Sus ojos verdes se clavaron en los suyos, como si buscara respuestas en lo más profundo de su alma.

—No puedo seguir fingiendo, Zoe —murmuró en un tono bajo y grave—. No puedo hacer como si no sintiera nada. Esto... tú y yo... —Hizo una pausa, como si buscara las palabras correctas, pero al final soltó una risa nerviosa—. Es una locura, pero no puedo detenerlo.

Zoe tragó saliva, sintiendo cómo el espacio a su alrededor se comprimía, cómo el aire dentro del jeep se volvía más pesado. Sus manos, frías y temblorosas, pero ardiendo en su interior, descansaban sobre su regazo. No quería ser la primera en admitir lo mismo, pero tampoco podía mentirse.

—Noah, esto... —intentó decir, pero las palabras se ahogaron en su garganta cuando él se inclinó hacia ella, acortando la distancia entre ambos.

Sus ojos bajaron a los labios de Noah, y Zoe sintió cómo su cuerpo respondía al simple hecho de tenerlo tan cerca, deseando cerrar esa pequeña brecha. Pero en su mente, el contrato y la responsabilidad de que todo aquello era solo un trabajo le impidieron dejarse llevar.

—N... no puedes estar diciendo esto en serio —murmuró con la voz entrecortada—. Tenemos un contrato firmado, Noah. Esto no debería complicarse.

Noah soltó un suspiro y apoyó la cabeza en el respaldo. Sus manos, que hasta el momento habían estado relajadas, se tensaron en el apoyabrazos del asiento, mientras su mirada se perdió en la nieve que cubría el parabrisas.

—Claro que no debía complicarse, Zoe, pero se complicó. —Regresó a mirarla, clavando sus ojos en los de ella—. Ya no puedo ignorar lo que siento, y sé que tú tampoco.

Sus palabras la hicieron tambalearse. Zoe apartó la mirada, buscando esa fuerza que solía mantenerla firme. Un silencio pesado llenó el auto, interrumpido por el repiqueteo cada vez más fuerte de la nieve golpeando el techo. Afuera, la tormenta avanzaba sin piedad.

—Noah... yo... —Zoe titubeó, pero su voz se quebró. Se frotó las manos, nerviosa, sin saber cómo continuar.

Él no dijo nada, pero su desesperación era evidente. Entonces, la tormenta se intensificó. Las suaves hojuelas de nieve se convirtieron en ráfagas heladas que cubrían el parabrisas.

Noah, alerta, se irguió en su asiento.

—No podemos quedarnos aquí —dijo de repente con voz tensa. Abrió la puerta y salió, cubriéndose de nieve al instante.

—¡No te quedes ahí, Noah! —apuró Zoe, asustada—. Sube ya, que volamos a casa.



La tormenta de nieve arremolinaba con furia afuera, cubriendo la carretera a Aspen y dejándolos atrapados en un rincón remoto de las montañas.

—Es imposible, Noah —Zoe, desesperada, vio que era inútil intentar seguir. Las condiciones eran peligrosas, y más adelante, una señal de carretera cerrada, seguida por las luces intermitentes de un carro policial, los detuvo en seco.

El sheriff que patrullaba la zona les hizo señas para detenerse, y se acercó a la ventanilla.

—Señores, por favor —dijo con brevedad—, no pueden continuar. Deben darse vuelta y regresar a Snowmass Village. La vía está completamente cerrada.

Zoe y Noah se miraron entre sí, inquietos.

—Gracias, sheriff —dijo Zoe—. ¿Sabe cuánto tiempo durará esto?

—No tengo idea, señorita. Lo mejor es que se den media vuelta y busquen un refugio lo antes posible. Suerte con eso, y que tengan una buena tarde —agregó el sheriff, haciéndoles señas para que retrocedieran y regresaran al pueblo, que estaba a pocas millas de distancia.

Cuando finalmente llegaron a Snowmass, después de manejar con cuidado, la noche ya había caído. Para su fortuna, encontraron un pequeño hostel rústico para resguardarse de la fuerte nevada. El lugar lucía acogedor.

Estacionaron el Range Rover y bajaron a hacer el ingreso. Con dos habitaciones cómodas, aseguradas, ambos, hambrientos, se dirigieron al comedor y se sentaron junto a una ventana. Las luces suaves y el crepitar del fuego en la chimenea proyectaban una luz cálida y danzante sobre las paredes de madera de pino, mientras el agradable aroma a leña quemada llenaba el ambiente.

—No puedo creer que no nos dimos cuenta de cómo se intensificó la tormenta —dijo Noah, sirviéndose más vino—. ¿Cómo pudimos subestimar el clima así?

Zoe rio, meneando la cabeza mientras cortaba un trozo de pan.

—Definitivamente, no fue nuestro mejor plan. Pero al menos encontramos un lugar decente para pasar la noche. No quiero ni imaginar cómo hubiera sido dormir en el coche.

—Ni pensarlo. Estaríamos congelados y muertos de hambre —respondió Noah, acechando su plato de comida con una sonrisa de satisfacción—. Esto está mucho mejor de lo que esperaba, especialmente después de la odisea de hoy.

—¿Tienes hambre de buey o qué? —bromeó Zoe, observando cómo Noah devoraba las costillas de cordero, a pesar de que él prefería una dieta más vegetariana.

Noah bebió un largo trago de vino antes de responder.

—Créeme, salí del hostel sin almorzar. Pero tú no te quedas atrás —dijo, señalando las alitas de pollo desbordando en salsa barbacoa y la montaña de papas fritas frente a Zoe—. ¡Cómo puedes comer todo eso! En ese plato tienes más de dos mil calorías.

Zoe se encogió de hombros, sin darle importancia, y siguió disfrutando sus alitas de pollo, ahora con un extra de la salsa barbacoa.

La cena, entre bromas y críticas, fluyó entre risas. La calidez del lugar contrastaba con el frío implacable del exterior, y con cada sorbo de vino que daban, el ambiente se volvía más íntimo.

Después de acabar con el último sorbo de vino, decidieron que lo mejor sería descansar. Ambos estaban agotados por el ajetreo del día y debían regresar a Aspen temprano por la mañana.



Mientras caminaban por el pasillo, Zoe sintió la mirada de Noah fija en su espalda.

Frente a la puerta de su habitación, el silencio se instaló entre los dos. Zoe giró la llave lentamente en la ranura, mirándolo disimuladamente de soslayo, sin entender por qué de repente sus manos le temblaban, mientras él, a su lado, la miraba en silencio, como si estuviera esperando algo... algo más que despedirse.

Las luces suaves del pasillo esculpían sus rasgos, haciéndolo parecer aún más atractivo, y ella odiaba que su corazón latiera tan fuerte.

Hizo un movimiento para entrar, pero Noah, justo antes de que Zoe pudiera abrirla por completo, se inclinó sobre la puerta.

—¿Así termina la noche? —murmuró en un suave susurro, delatando su voz algo más profundo.

Zoe lo miró por encima del hombro, con una mezcla de desafío e incertidumbre.

—¿Qué más esperabas, Noah? —respondió, tratando de desafiarlo, aunque su voz tembló, traicionando lo que en verdad sentía—. No soy tu tipo...

Noah no dijo nada. Se quedó mirándola por algunos segundos que parecieron eternos. Dio un paso hacia ella, desvaneciéndose en un instante la escasa distancia que los separaba.

Se posesionó tan cerca que Zoe pudo sentir el calor de su aliento en el aire frío del pasillo.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró ella, sintiendo que el corazón se le escapaba del pecho, mientras sus ojos ascendían lentamente y luego descendían, suspendiéndolos en sus carnosos y sensuales labios rojos. Sabía que debía dar un paso atrás, pero no lo hizo. El magnetismo en su mirada era tan intenso que le nubló el juicio por completo.

Noah la miró con una intensidad que la desarmó en su totalidad. El deseo en sus ojos verdes la envolvió, haciéndola sentir como si una corriente eléctrica recorriera cada rincón de su cuerpo.

Noah se inclinó hacia ella, lento, cauteloso. El roce de sus labios fue apenas un susurro, una caricia. Sus cuerpos se acercaron, pero aún había una distancia que los mantenía en esa tensión perfecta, al borde del precipicio. Zoe sintió el cálido aliento de Noah rozar su boca, y un cosquilleo le recorrió desde la base de su espalda hasta su nuca. Su respiración se aceleró, y entonces Noah rompió el último vestigio de espacio entre ellos. Su mano se deslizó con firmeza hasta su cintura, atrayéndola hacia él con una intensidad que le aceleró el pulso de golpe.

Justo cuando Zoe abrió la boca para decir algo —una palabra que nunca llegó a formarse—, sus labios se encontraron en un roce lento, tentador, que desató una chispa que recorrió todo su cuerpo. Cerró los ojos, entregándose al suave oleaje de placer que la arrastraba sin control, hasta que, de repente, el beso cobró vida propia. Era como si todo el control se hubiera desvanecido... Noah la besaba con una hambre primitiva, desesperada, como si besarla fuera su única manera de respirar.

Zoe respondió sin pensarlo, aferrándose a su chaqueta, tirando de él con fuerza, como si necesitara que nunca la soltara. Los labios de Noah, cálidos y suaves, la exploraron con una precisión deliciosa, como si quisiera grabar cada curva de su boca en su memoria. Sus dedos se deslizaron hasta su nuca, hundiéndose en su cabello y atrayéndola aún más cerca, hasta que sus cuerpos se fundieron entre el calor y el deseo.

El mundo alrededor desapareció en ese instante. Todo lo que existía era el embriagante sabor de Noah, la presión de sus manos, el calor que subía por su columna como una llama que se expandía sin control. Cada beso era más profundo, más apasionado. Y justo cuando el aire empezó a faltar, cuando ambos quedaron al borde de perderse completamente, se separaron, apenas. Sus respiraciones eran rápidas, jadeantes, y sus frentes se apoyaron una contra la otra, con los ojos cerrados, como si abrirlos pudiera romper el hechizo.

—No lo esperaba así —murmuró Zoe, con la voz entrecortada y su respiración aún agitada.

—Yo tampoco esperaba nada de esto —respondió él, rozando sus labios con los de ella una vez más, como si quisiera grabar ese momento en su piel—. Pero ahora no quiero que termine.

De pronto, en un arrebato que ni ella misma pudo controlar, Zoe lo tomó por el rostro con manos temblorosas y devoró sus labios con una pasión feroz.

La puerta del cuarto se cerró de un golpe tras ellos y, mientras sus cuerpos se movían en un torbellino de caricias incontrolables y besos desesperados, comenzaron a despojarse de la ropa con una impaciencia voraz, dejándolas esparcidas por el suelo, trazando un camino de deseo hasta llegar a la cama.

Las manos de Noah recorrieron su piel como si quisiera conocer cada rincón, delinear cada curva con sus dedos. Zoe, consumida por un fuego que había estado latente demasiado tiempo, respondió con igual fervor. Cada beso, cada roce avivaba el incendio entre ellos. La chimenea crepitaba al fondo, pero el verdadero calor venía de sus cuerpos, encendido por un deseo reprimido que al fin se liberaba.

Se tumbaron sobre la cama, entrelazados como si nada más en el mundo importara. Noah deslizó con ansias sus labios por los confines de su pecho, saboreando cada suspiro, como si

fuese una melodía que se escapaba de los labios de Zoe, guiándolo.

Ella, atrapada en la sensualidad de sus brazos, sintiendo el calor alucinante de su piel desnuda contra la suya, era como una descarga que la hacía temblar.

—¿No se suponía que teníamos un contrato? —susurró con la voz entrecortada, tratando de mantener el control en medio del desenfreno de sensaciones.

Noah, agitado, sin detener su recorrido, cubriendo de besos cada milímetro de su piel, respondió con fiereza:

—¡No más reglas, Zoe!

La chispa que había encendido sus corazones finalmente estalló en una llamarada imparable.

La tormenta rugía afuera, insignificante ante el desenfreno de pasión que sacudía aquella cama de hotel. Sus cuerpos se movían en un ritmo perfecto, sincronizados por un deseo incontrolable que los hacía perder el aliento. El embriagador aroma de Noah, mezclado con el calor de sus cuerpos, hacía que Zoe olvidara hasta su nombre. En ese instante no existía nada más, solo el deseo avasallador que los envolvía.

La noche transcurrió entre susurros íntimos y gemidos mientras se amaban una y otra vez.

El viento aullaba a través de los cristales, y la chimenea ardía, pero dentro de esa pequeña y acogedora habitación, solo ellos dos existían, fundiéndose en un solo ser.

Finalmente, exhaustos y satisfechos, se desplomaron sobre los grandes almohadones blancos, con sus manos entrelazadas como si no quisieran soltarse jamás.

Zoe, aún con la respiración agitada, sonrió con la mirada perdida en el techo de tablones de madera.

—¡Guau! —dijo, sonriendo suavemente—. Eso fue... increíble.

Noah regresó a mirarla, riendo de satisfacción y con sus ojos brillando.

—Nunca imaginé que fueras tan... excepcional, Zoecita —respondió con esa sonrisa pícaro que la había conquistado desde el primer día.

El cuarto era ahora un remanso de calma, pero sobre la cama, las sábanas blancas eran testigo de la pasión que esa noche de invierno habían desbordado. La chimenea seguía crepitando suavemente, mientras las Rocky Mountains se erguían frente a los ventanales desnudos, como mudos testigos de la locura de aquella noche.

De repente, Noah se levantó, y Zoe, en total fascinación, no pudo evitar contemplar su escultural cuerpo desnudo, mordiendo suave y lentamente un extremo de su labio inferior mientras él caminaba hacia el diván en la esquina de la habitación. Sus ojos siguieron cada movimiento, admirando su físico, la firmeza y voluptuosidad de sus nalgas, su espalda ancha, el

porte de su musculatura, y la sensualidad con la que se movía. Noah metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y, al volverse, traía consigo el fajo de billetes que ella le había lanzado la noche de Navidad.

—Esto es tuyo —dijo, extendiéndole el dinero del contrato—. No puedo gastar ni un centavo de esto. Me di cuenta de que... eres mi tipo y me gustas demasiado.

Zoe lo miró, juguetona, entrecerrando los ojos, pero antes de que pudiera articular una respuesta, Noah la envolvió de nuevo en sus brazos y, en un beso tierno, logró callar sus labios.

—No quiero que me lo devuelvas, Thorne —dijo Zoe, en un susurro, con sus labios pegados a los de él—. Fue un trato, ¿recuerdas?

—El trato... quedó anulado el mismo día en que tus ojos y tu sonrisa atravesaron mi alma. —respondió él, separándose, acariciando suavemente su rostro—. Ahora dime algo... —Noah la penetró con la mirada, agravando el tono de su voz—. ¿Qué hay entre Timothy y tú?

De repente, Zoe soltó una carcajada que resonó como un eco en la pequeña habitación.

—¿En serio pensaste que entre Timothy y yo había algo? —Divertida, se apoyó contra el respaldo de la cama.

Noah, entrecerrando los ojos, se acomodó a su lado, cruzando los brazos.

—¿Y no debería pensarlo? —Su tono fue acusador, pero sus labios se curvaron en una sonrisa—. Él no ha dejado pasar una sola oportunidad para acercarse a ti... más de la cuenta. Y tú, por lo que ví, lo disfrutabas.

Zoe, riendo aún más, pasó una mano por su despeinada cabellera dorada, alborotándola.

—¡Vamos, Noah! ¿Celoso? ¡Por supuesto que lo estabas! Admito que me divertía verte retorcerte... pero solo un poquito. Pero no es lo que parece.

Noah arqueó una ceja, sin dejar de mirarla.

—Ah, ¿no? Ilumíname entonces.

Zoe se acercó más a él, mordiéndose el labio con picardía.

—Pues no. Timothy y yo somos mejores amigos. Nuestro “romance” fue hace siglos. Lo nuestro terminó cuando me di cuenta de que... bueno, digamos que tenemos gustos distintos. —Zoe lanzó una risita traviesa—. Y después de vernos en el almuerzo en casa, no pudimos resistir la tentación de planear un divertido jueguito... para enfurecerte un poquito.

Noah abrió los ojos, incrédulo, pero con una suave sonrisa asomándose.

—¿Para enfurecerme? ¿Qué te hizo pensar que me importaría tanto?

Zoe le clavó la mirada, volviéndose a morder el labio, disfrutando cada segundo de su pequeña venganza.

—Oh, no sé... tal vez porque te morías de celos, y yo quise ver cómo te encrespabas. —Eché a reír descaradamente.

—¿Yo, celoso? No es mi estilo —discutió él, colocándose la mano en el pecho.

—¿Ah, no? —Zoe le desafió con la mirada—. Porque desde donde yo vi, parecías más tenso que una cuerda a punto de romperse.

Noah entrecerró los ojos, acorralándola con una sonrisa desafiante entre sus brazos, y la atrajo hacia él, sellando con un beso su insinuación.

—Eres terrible, Sinclair... pero admito que me vuelves loco. Y sí, estaba celoso. ¿Satisfecha? —le murmuró contra los labios.

Zoe rio de nuevo, encantada de haberlo hecho confesar.

—Muy satisfecha. —Lo besó una vez más antes de retroceder, y se quedó pensativa—. ¿Y qué me dices de Sarah? Ustedes...

Noah la miró de reojo, fingiendo no haber comprendido.

—Noah... —advirtió Zoe, aunque se le escapó una sonrisa, traicionando cualquier intento de seriedad—, más te vale no estar jugando conmigo.

Noah alzó las manos, haciéndose el inocente.

—Te lo juro. Fue un error. Solo hablé con ella para desahogarme un poco. La dejé en la puerta de su casa y volví directamente a la de tus padres. Nada más.

Zoe lo escudriñó con la mirada, tratando de descubrir algún rastro de mentira.

—Más te vale, Thorne. Porque si no...

Noah soltó una risita por lo bajo y la abrazó.

—Te lo juro. No tengo por qué mentirte. Ahora, dime la verdad, ¿qué tanto hay entre tú y Timothy?

Zoe suspiró, recostándose contra el respaldo de la cama con una sonrisa que casi se le salía de la cara.

—¿Por qué tanto afán con Timothy? Si te sirve de consuelo, le voy a dar a mamá una sorpresita en la cena de Año Nuevo. Después de eso... ni quieras saber. Pero te aseguro que dejará de meterse en mi vida amorosa para siempre.

Noah arqueó una ceja, intrigado.

—¿Qué sorpresa?

Zoe se giró para mirarlo directamente a los ojos.

—Timothy es gay. Irá a la cena con su pareja.

Noah se quedó congelado, como si tratara de procesar lo que escuchó.

—¿¡Qué!? —Soltó una carcajada tan fuerte que tuvo que sujetarse el estómago—. ¡¿Gay?! ¿En serio?

Zoe asintió, sonriendo como una niña traviesa.

—Como lo oyes, tontito. Fue la razón por la que no seguimos juntos. —Se encogió de hombros, divertida—. ¿No es genial? ¡Voy a hacerle pasar el susto de su vida a mamá cuando Timothy y su novio lleguen tomados de la mano!

Noah, entre risotadas, se dejó caer hacia atrás, riendo tanto que casi se ahoga.

—¡Guau, Zoe! ¡Esto es lo mejor que he escuchado! ¡Es oro puro! —Todavía riendo, la jaló hacia él y, sin poder contenerse, la abrazó con tal fuerza, cubriéndola de besos, que Zoe se estremeció con el cosquilleo que iba acompañado de más risas y carcajadas por los suaves mordiscos que le daba por el cuerpo.

—¿Ves? —dijo ella, sin poder contener la risa, forzándolo a que se quedara quieto—, no había nada que temer, bobito. Pero, volviendo al tema, quiero ver la cara de mamá cuando lo vea. No me quiero perder ni un solo detalle.

Noah, sin dejar de reír, le plantó un último beso en la frente.

—Me muero por ver eso también. ¡Me encanta tu plan, Sinclair!

Las horas se desvanecieron entre risas, besos y caricias, dejando atrás cualquier malentendido y ahogando las preocupaciones en la insaciable sed de estar juntos.

Finalmente, cuando el cansancio venció a la pasión, se quedaron dormidos, y los primeros rayos del amanecer acariciaron con su resplandor la acogedora habitación de ese hostel de montaña, donde, en medio de esa quietud, anunciaba el comienzo de algo más...



Noah y Zoe entraron en la casa tomados de la mano, irradiando felicidad. Todo parecía distinto tras las horas de amor que compartieron la noche anterior. Cada gesto, cada roce entre ellos era una nueva intimidad que los hacía sentir invencibles, sin imaginar siquiera lo que les esperaba al cruzar la puerta.

Savannah, con los brazos cruzados y una sonrisa insidiosa, fue la primera en romper la calma.

—¿Disfrutaron su escapada romántica? —soltó con tono sarcástico, mientras agitaba un sobre en el aire, justo frente a sus ojos, antes de dejarlo caer sobre la mesa de centro con un golpe sordo, disfrutando visiblemente de su reacción.

El corazón de Zoe dio un vuelco, por lo que se detuvo en seco. Sabía exactamente lo que había dentro de ese sobre. Un frío helado le recorrió la espalda, mientras su mente intentaba procesar la situación en la que ahora se encontraban tanto ella como Noah.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirando a Savannah con incredulidad.

Savannah alzó una ceja, claramente satisfecha.

—Tal vez deberías preguntarte por qué encontré este contrato en tu cuarto. ¿Qué clase de hermana esconde algo tan sucio?

Hazel, sentada en el diván junto a la chimenea, con una pierna cruzada sobre la otra, tamborileaba con sus largos y huesudos dedos, llenos de anillos costosos, sobre su mano delgada, mientras los observaba con los labios apretados y un brillo de furia en los ojos.

—Zoe, ¿qué demonios es esto? —espetó, clavando su dura mirada en ambos—. ¿Nos engañaste a todos trayendo un novio falso a casa?

Zoe sintió que la sangre le hervía, ni siquiera le dirigió la mirada a su madre.

—¿Qué hacías tú husmeando en mi cuarto, Savannah?! —gritó, soltando la mano de Noah y dando un paso al frente—. ¡No tienes ningún derecho!

Savannah levantó la barbilla, mirando a Zoe con arrogancia y desprecio.

—Tampoco tienes ningún derecho a engañar a toda la familia con este show barato. ¿Sabes lo humillante que ha sido para mamá y papá? Te comportas como una adolescente desesperada por atención.

—¡Cuida tus palabras y preocúpate de tu vida, Savannah!

—¡Basta! —Hazel se levantó de golpe, fulminando a Zoe con la mirada—. ¡No puedo creer que hayas caído tan bajo, Zoe! ¿Contratar a un hombre porque no puedes encontrar uno por ti misma? ¿Es esto lo que hemos criado? ¿Una mujer incapaz de enfrentar la vida sin mentiras? Trajiste a un don nadie a la casa.

Zoe, con los puños apretados, sintió cómo la rabia iba subiendo por todo su cuerpo hasta envolverla por completo.

—¿Sabes qué?! ¡Estoy harta! ¡Harta de tus malditas tradiciones, de que me llames solterona a los treinta años! ¡De que te importe más lo que diga la sociedad que mi propia felicidad!

—¡¿Y por eso traes a este... este aprovechador a nuestra casa?! —espetó Hazel, señalando a Noah con una mirada repulsiva—. ¡Seguramente le habrás pagado muy bien con el dinero de tu padre! ¡Eres patética, Zoe!

Noah, que hasta ese momento había mantenido la compostura, dio un paso al frente.

—Yo no soy ningún aprovechador, señora Sinclair. Y si acepté este acuerdo, reconozco que cometí un error al entrar en este juego, pero no fue por avaricia.

La mirada de Hazel lanzó veneno.

—¿Ah, no? —lo interrumpió—. ¿Entonces qué fue, cariño? ¿Qué esperabas sacar de esto? ¿Otra chica más para tu colección? ¡Porque está claro que eres un mujeriego! No tienes ni la decencia de reconocer que eres un cómplice en toda esta farsa.

—¡Madre! —Zoe trató de intervenir, pero Hazel la ignoró por completo.

—¡No te atrevas a llamarte un hombre honesto después de esto, Noah Thorne! —replicó Hazel, acentuando cada letra de su nombre con una mordacidad ponzoñosa—. ¡Seguro que disfrutaste de cada centavo que mi hija te pagó, y ahora tienes el descaro de decir que no eres un oportunista! —espetó, mirándolo de arriba abajo con una mirada despectiva—. ¡Eres una cucaracha!

La mandíbula de Noah se tensó, pero su mirada continuó fija en la de Hazel.

—Yo no soy una cucaracha. No vine aquí para hacerle daño a Zoe ni a su familia. Y sí, al principio fue un acuerdo, pero eso cambió. —Tomó una bocanada de aire—. Porque me di cuenta de que su hija me encanta.

—¡Bravo! —se burló Savannah, aplaudiendo lentamente—. ¡La cucaracha oportunista se enamoró de mi hermana! ¿Qué sigue, embarazarla?

—¡Cállate, Savannah! —gritó Zoe, furiosa—. ¡Tú eres la última persona que tiene derecho a opinar!

Hazel, con una sonrisa burlona, le hizo a Savannah un gesto con la mano, instándole a que se callara.

—Deja que el actor termine su escena, querida —dijo, clavando la mirada en Noah con desprecio—. Veamos qué más tiene para decirnos.

Noah volvió a tomar aire, manteniendo la calma mientras sus ojos seguían fijos en Hazel. Esta vez su voz fue más controlada.

—No esperaba que su hija me gustara tanto, señora, pero sucedió. Y no voy a pedir perdón por lo que siento. —Dio un paso hacia Zoe y la abrazó. Zoe le devolvió una sonrisa, pero sus latidos seguían acelerados—. Y si he regresado a su casa después de lo que pasó en Nochebuena, es porque ambos nos atraemos, ambos nos gustamos mucho.

Hazel soltó una carcajada.

—¿Se gustan? —replicó con tanto despotismo, que Zoe y Noah contrajeron el ceño—. ¡No me hagas reír! ¡Eres un farsante! ¡Un oportunista! ¿Acaso te brillaron los ojos al encontrarte en medio de tanta opulencia? El dinero es lo que te gusta. ¡Miel para el hocico del burro! Seguro que les dijiste lo mismo a las otras mujeres con las que has estado... empezando por tu cita clandestina de aquella tarde, ¿no? ¡No eres más que un actor barato! Y Zoe... —Se volvió hacia su hija—, si crees en su labia, eres más estúpida de lo que pensé.

Zoe, incapaz de contenerse ni por un segundo más, dio un paso hacia su madre.

—¡Basta, mamá! —gritó, con los ojos llenos de lágrimas y la voz temblorosa—. ¡Basta ya! Estoy cansada de que me trates como una niña, de que decidas por mí lo que está bien o mal. ¡Yo elijo con quién estar, y si quiero estar con Noah, es mi decisión!

Mientras tanto, Weston y Gertrude, sentados al fondo de la sala, permanecían en silencio observando la confrontación. Zoe sabía perfectamente que su padre era discreto, al igual que su abuela. Y agradeció que no interfirieran.

Noah, todavía de pie junto a ella, la miró con sus ojos brillando de orgullo y dolor.

—Zoe, no quiero que pierdas a tu familia por esto —dijo con la voz quebrantada, dedicándole una suave sonrisa que ella pudo descifrar: visiblemente él sentía que su presencia solo estaba causando más problemas—. Si debo irme para que ellos estén en paz, lo haré. No quiero destruir lo que tienes aquí.

—No —respondió Zoe, furiosa—. No me importa. No voy a dejar que te vayas.

Pero Noah, decidido a no empeorar más las cosas, insistió:

—No quiero causar más dolor. Lo último que deseo es ver cómo te separas de tu familia por mi culpa.

—¡No es por ti! —gritó ella—. ¡Es por mi madre, por su maldita manía de controlarlo todo!

—¡Cállate! —Hazel se acercó donde ellos con el rostro desencajado—. ¡Cállate, Zoe! ¡No puedes estar en tus cabales si crees en este charlatán! Él solo te está usando.

—¡No es cierto! —gritó Noah, alzando la voz por primera vez. Lo que hizo que todos se volvieran hacia él—. ¡Te lo estoy diciendo de frente, señora Sinclair! ¡Me encanta Zoe, y si esto te molesta, entonces no sé qué más puedo hacer para demostrarlo!

Hazel lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada. El ambiente estaba tan cargado que apenas podían respirar. Weston y Gertrude continuaban en silencio, observando el conflicto con cautela.

Noah respiró hondo, miró a Zoe una última vez, y luego se giró hacia Hazel.

—Voy a hacer lo que sea por ella, incluso si significa que tenga que marcharme. Pero no quiero hacerlo. No si ella me pide que me quede.

Zoe, sin dudarlo ni un segundo, lo tomó del brazo.

—¡No te vayas, Noah! —dijo en voz alta, levantando el pecho para que todos escucharan—. No me importa lo que digan. Me encantas, Thorne. —Sus iris brillaron—. Siento algo extraordinario por ti, y eso es lo único que importa.

Hazel abrió la boca para replicar, pero antes de que pudiera soltar algo, Weston se levantó abruptamente del sofá. El ruido seco y contundente de sus manos chocando entre sí llenó la sala, resonando con fuerza en el silencio del salón, cortando de raíz cualquier intento de respuesta.

Todos los ojos se volvieron hacia él, sorprendidos por la inesperada interrupción.



Weston, que hasta entonces se había mantenido como espectador, levantó la voz con una calma que contrastaba con la tensión del ambiente. Su mirada se fijó directamente en Hazel.

—Querida, nosotros también fuimos jóvenes y cometimos errores. A veces los caminos torcidos nos llevan a destinos correctos.

Hazel entrecerró los ojos, dispuesta a contradecirlo, pero Weston alzó la mano en un gesto que detuvo cualquier réplica.

—Por favor, Hazel, ya has dicho lo suficiente. Ahora me toca a mí. —El silencio cayó como una losa sobre la sala, y Hazel, aunque visiblemente molesta, se contuvo. Su rostro se enrojeció, pero dejó que su esposo continuara—. Tú, hija —dijo Weston, mirando a Zoe con una leve sonrisa—, fuiste bastante osada al hacer lo que hiciste. Pero, del mismo modo, no estuvo bien que nos engañaras de esa manera.

Zoe intentó intervenir, casi suplicante.

—Papá, por favor, yo solo...

Weston alzó la mano de nuevo, esta vez hacia ella.

—No quiero que te disculpes. Razones tienes más que suficientes, y no voy a cuestionarlas. Tampoco nadie más aquí —hizo una pausa, recorriendo la sala con una mirada firme, pero serena, que cayó sobre cada uno de los presentes—, no van a volver a decir nada en su contra. Zoe es una mujer adulta, igual que... —vaciló un segundo—, Noah, y ambos saben lo que hacen. De aquí en adelante, eso no está en discusión.

Hazel, que no podía mantenerse tranquila en pie, seguramente ahogándose de las iras, explotó de repente.

—¡No estoy de acuerdo contigo, Weston! —Su voz gruesa y seca resonó por toda la sala—. ¡Esto es una deshonra para la familia! ¡Qué vergüenza! ¿Qué van a decir nuestras amistades? — Sus saltones ojos azules brillaban con furia mientras sacudía la cabeza.

Weston esbozó una vívida sonrisa de desaire, una que solo avivó el malestar de su esposa.

—¡Ya basta, Hazel! —dijo con un tono que no admitía objeción—. Tal parece que no entendiste nada de lo que acabo de decir. Es una decisión, no una discusión. Y, a partir de ahora, se acabaron los comentarios inapropiados. —Su mirada se volvió hacia Noah—. Noah, me gustaría que tú y yo tuviéramos una conversación en privado.

Noah tragó saliva, tensando los hombros mientras asentía.

—Por supuesto, seño... —intentó decir, pero Weston lo interrumpió con una pequeña risa.

—Nada de señor, muchacho, llámame Weston, como siempre lo has hecho.

Noah asintió de nuevo, nervioso.

—Sí, Weston.

Weston se volvió hacia la sala una última vez.

—Y ustedes... —dijo, dirigiéndose a la familia, que observaba atónita—, nada de murmullos a mis espaldas. Tú también te quedas aquí, Zoe. —Luego, con una inclinación de cabeza, le indicó a Noah que lo siguiera—. Vamos, muchacho, acompáñame al salón pequeño.



Noah lo siguió con el corazón en la garganta. Entraron en el pequeño salón donde la familia solía reunirse para jugar cartas. Weston cerró la puerta de cristal con un clic, y Noah sintió el peso de todas las miradas desde el otro lado.

Weston se giró hacia él con una sonrisa tranquila.

—Toma asiento, muchacho —dijo, señalando la mesa de juegos. Noah, con la garganta seca, movió la silla y se sentó frente a él.

El silencio llenó el aire mientras Weston se acomodaba, y la tensión se apoderó de Noah. Sabía que lo que venía no sería fácil.

—Ahora que estamos a solas, quiero que seas honesto conmigo —empezó Weston, con tono calmado—. No necesito que me cuentes todos los detalles de ese contrato entre tú y mi hija. Lo que quiero saber es algo más importante... ¿cuáles son tus verdaderos sentimientos hacia Zoe?

Noah tomó una profunda bocanada de aire, sintiendo cómo poco a poco la tensión en sus hombros comenzaba a aflojarse. Sabía qué era lo que debía decir.

—Me gusta mucho su hija, Weston —dijo con toda sinceridad—. Al principio, no me lo esperaba, todo era un simple acuerdo, pero con el tiempo... no puedo negarlo. Creo que me estoy enamorando de ella.

Weston lo escuchó en silencio, asintiendo despacio, como si estuviera considerando cada palabra.

—¿Y qué sientes que Zoe piensa de ti? —preguntó sin dejar de observarlo cuidadosamente.

Noah se humedeció los labios, intentando no titubear.

—Creo que ella también siente algo por mí. Lo sé... lo noto —respondió con una suave sonrisa, tratando de ser honesto pero sin sonar pretencioso.

Weston lo estudió por unos momentos, como pretendiendo escanear cada gesto de su rostro.

—Eso suena prometedor —dijo finalmente—. Ahora dime, ¿a qué te dedicas realmente? Porque, si soy sincero, no te veo como un ingeniero civil ni alguien que trabaje para el Estado.

El estómago de Noah se le revolvió. Ahí venía la parte complicada. Se sintió como si le hubieran lanzado un balde de agua fría.

—Weston, discúlpame por esa mentira. Fue parte del plan... No quería engañarlos, solo seguir el papel. Era mi trabajo.

Weston asintió, rascándose la barbilla.

—Lo entiendo. Aunque... ¿guía turístico, tal vez? —indagó, soltando una breve carcajada.

—Algo así, pero ya no me dedico a eso desde hace tiempo —admitió Noah, entrelazando las manos sobre el tablero de la mesa—. Actualmente, presto mis servicios para... ya sabes...

Weston arqueó las cejas y lo interrumpió con una media sonrisa.

—Para simular relaciones.

—Exacto. Pero quiero aclarar que no soy un gigoló. Tengo mis límites.

—Tranquilo, muchacho. Ya lo entiendo —respondió Weston con un gesto despreocupado—. No necesitas explicarme más. —Weston se quedó pensativo por un momento, desviando la mirada hacia la sala donde Zoe los observaba con atención—. Te voy a proponer un... podríamos llamarlo trato —dijo finalmente, respirando hondo—. Si realmente te estás enamorando de mi hija, quiero que lo demuestres.

Noah lo miró extrañado, sus hombros, antes tensionados, se relajaron. Algo en el tono de Weston le dio una tranquilidad que no esperaba.

—Creo en ti, Noah —continuó Weston, revelando sinceridad en la forma en cómo lo miró—. Si tus intenciones son buenas con Zoe, seré tu aliado. Pero vas a tener que esforzarte. No solo por Zoe, sino por toda la familia... Y con esto me refiero especialmente a Hazel y Savannah. Tienes que ganarte su respeto, o mejor dicho, callarles la boca. —Weston soltó una carcajada.

Noah rio, aliviado.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea para demostrarles que mis sentimientos son verdaderos. Y como tú dices —añadió con una sonrisa—, ganarme la confianza de tu esposa e hija.

Weston se levantó lentamente, con la decisión imperturbable en sus gestos.

—Entonces está decidido. Te daré una oportunidad para que te ganes un lugar en esta familia.

Noah se levantó también, sintiéndose agradecido.

—Gracias, Weston. Haré todo lo que esté en mis manos para que vean que mis intenciones son sinceras. Pero... —se detuvo, mirándolo—, ¿qué tarea especial me propones?

Weston le dio una palmada en el hombro, sonriendo.

—Tranquilo, muchacho. Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora, volvamos con la familia.

Noah asintió, ya en confianza, sonriendo ampliamente.

—Después de ti, suegro.



Weston se paró frente a todos, mientras Noah, rápido, fue junto a Zoe.

—Todo está en orden, Zoecita —dijo con una gran sonrisa, tomando su mano.

Zoe lo miró, inquieta.

—¿De qué hablaron? —preguntó, pero antes de que Noah pudiera contestar, Weston pidió la atención de todos.

—Bueno, familia, mis dudas han sido aclaradas. Noah y Zoe son una pareja real, y exijo total respeto a su relación.

Hazel se levantó de inmediato, su rostro estaba desencajado y rojo como un tomate mientras gesticulaba con las manos, incapaz de contenerse.

—¡Weston, querido! ¿Cómo puedes salir tan campante a decir semejante barbaridad? ¿Acaso este... —miró a Noah con desprecio—, te ha convencido?

Savannah, que hasta ese momento había estado en silencio, intervino rápidamente.

—Sí, papá, estoy completamente de acuerdo con mamá...

—Querida, deja las cosas como están... —le interrumpió Benjamín, sujetándola del brazo para que no continuara.

—¡Por favor, Benjamín! —replicó ella, zafándose bruscamente—. No intercedas, esto es inaceptable.

Weston desvió su atención hacia Savannah, sin perder la calma.

—¿Tienes alguna objeción, hija?

Savannah levantó la barbilla, con aire de superioridad.

—Por supuesto, papá. Los hombres de su calaña son unos desvergonzados.

Weston levantó una ceja, sujetando la mirada de su hija.

—¿Te refieres a Noah? ¿Y qué tanto sabes tú de “hombres de su calaña”? Hasta donde sé, te casaste con Benjamín bastante joven.

Savannah frunció el ceño, sin encontrar respuesta. Mientras que Zoe, divertida, se agarró del brazo de Noah, apretándolo suavemente.

—Esto se va a poner bueno —murmuró a su oído con una sonrisa traviesa.

Weston retomó el control de la situación.

—Es mi decisión que Noah se quede con nosotros, les guste o no. —Hazel abrió la boca, pero Weston la interrumpió con un aspaviento de manos—. ¡No más comentarios fuera de tono, querida! Y lo digo para cualquiera que quiera ponerse en contra de Zoe y su novio. —Weston miró a Noah con un brillo en los ojos—. Le he propuesto un pequeño desafío a Noah para demostrar sus verdaderas intenciones con Zoe. —Pausó y sonrió—. Participará en la carrera de raquetas de nieve. Como bien saben, es una tradición familiar que remonta varias generaciones. ¡Es la ocasión perfecta para demostrar su amor!

La familia soltó carcajadas, y Gertrude, emocionada, levantó una ceja, claramente satisfecha con la decisión.

—¿Qué diablos es eso? —susurró Noah, acercándose más a Zoe.

Zoe soltó una risa contenida.

—Ay, Thorne, no tienes idea en lo que te has metido... pero no te preocupes, esta noche te daré algunas pistas.

—Entonces, Noah —continuó Weston, con una sonrisa—, ¿listo para el desafío de mañana?

Noah forzó una sonrisa.

—Claro, claro... estoy listo. Te di mi palabra, y daré lo mejor de mí.

Zoe lo abrazó fuerte por la cintura.

—Serás muy, pero muy bien recompensado en la noche por esto, cariño.

Gertrude, aprovechando el momento, levantó la voz.

—Bueno, ya que todos estamos conformes, quiero decir algo. —Su mirada se suavizó mientras hablaba—. Cuando era joven, también tuve que luchar por el amor de mi vida. No porque no fuera sincero, sino porque los que me rodeaban creían saber mejor que yo lo que necesitaba. Al final, aprendí que nadie puede vivir nuestras propias vidas por nosotros. Ni siquiera con las mejores intenciones. —Hizo una pausa, y sus ojos se fijaron en Hazel—. Y esto va por ti, querida. Si siguen por este camino, los verdaderos perdedores serán ustedes. Especialmente tú, Hazel. A veces, lo más difícil es dejar que las cosas fluyan... y, por lo que veo, Zoe y Noah ya lo están haciendo. Quizá sea hora de que nosotros también lo hagamos.

El silencio que siguió a sus palabras fue intenso. Finalmente, Weston sonrió, dándole un respiro a la situación.

—Gracias, mamá. Ahora, Noah, para que lo entiendas mejor: la carrera de raquetas de nieve es una competencia de resistencia, digámoslo que también de ingenio en las montañas, y quien gana... es digno de formar parte del núcleo familiar.

Noah levantó ambas cejas, gesticulando, aunque no se sentía nada cómodo con la idea de volver a subirse en un par de esquís, quiso convencerse de que podría hacerlo sin problemas... aunque no estaba tan seguro.

—Parece... interesante. Estoy listo, ansioso por empezar.

Mientras Noah intentaba aparentar confianza, Hazel y Savannah, entrecerrando los ojos, lo instigaron con la mirada. Zoe, sin poder contenerse, sonrió, disfrutando de la escena.



¡Al fin dejaré ese horrendo y frío sofá! —exclamó Noah, lanzándose con toda la confianza sobre la cama de Zoe.

Zoe se cruzó de brazos, riendo mientras lo miraba con una ceja alzada.

—¿Y quién te ha dicho que compartirás mi cama? —preguntó, mordiéndose el labio con una sonrisa juguetona.

Noah, sin perder el ritmo, medio se incorporó y la jaló hacia él, haciéndola caer suavemente sobre su pecho.

—¿Qué no? —dijo, haciéndose el inocente mientras la sostenía entre sus brazos—. Recuerdo claramente oírte decir que me recompensarías por todo, Sinclair.

Zoe soltó una carcajada, apoyando las manos en su pecho para intentar levantarse.

—Debes dormir bien, Thorne. De otro modo, no lograrás vencer el reto mañana. Y sabes que tienes que ganar sí o sí. —Lo miró con una sonrisa traviesa—. Soy tu trofeo, ¿lo recuerdas?

Noah sonrió con picardía, lamiéndose el labio superior mientras le clavaba la mirada.

—Mi delicioso trofeo. —Su tono se volvió bajo y seductor—. Eres hermosa, Zoecita, ¿lo sabías?

Zoe lo miró divertida, frunciendo el ceño de forma exagerada.

—¿Y no que no era tu tipo? ¿Eh, Thorne? —dijo, saboreando el poder que tenía sobre él.

Noah negó con la cabeza lentamente, disfrutando del momento.

—Eso fue solo una excusa barata... ¡cómo puedes imaginar que no iba a fijarme en ti! —dijo, mirándola intensamente—. Con esos hermosos ojos pardos que me hipnotizan y esos labios tentadores... —murmuró, acercándola más hacia su boca, ambos con sus miradas entrelazadas—, mis instintos no deseaban otra cosa más que devorarlos.

Zoe, riendo, dejó que su frente tocara la de él.

—Eres un embustero... —murmuró, antes de perderse en el calor de sus labios.



La mañana amaneció inmaculada, con un cielo azul brillante que parecía burlarse de Noah, quien observaba el terreno helado con preocupación y nerviosismo. Los Sinclair estaban preparados para la tradicional carrera de raquetas de nieve, una competencia que, para desgracia de Noah, parecía más un espectáculo de gladiadores que una simple carrera familiar.

—No te preocupes, muchacho —dijo Weston con una risotada y una palmada en la espalda—. La mitad del reto es tropezar en la nieve. Lo importante es que termines en pie... si puedes. Y créeme, será divertidísimo... para nosotros.

Noah observó el bosque nevado frente a sus ojos, sin imaginar siquiera la serie de obstáculos ridículos y las sorpresas inesperadas que lo esperaban. El objetivo: rescatar una muñeca con la cara de Zoe que Weston había escondido en algún lugar incierto del bosque. Su “gran misión” era convertirse en héroe rescatando esa ridícula muñeca... si lograba llegar hasta ella, por supuesto. Pero claro, antes de encontrarla, Noah tendría que ingeniárselas para superar lo que los Sinclair, con su retorcido sentido del humor, habían preparado para ponerle las cosas más difíciles y grotescas posibles.

Zoe, con una sonrisa divertida, le lanzó un beso desde la línea de salida.

—No me falles, Thorne —le dijo con picardía—, rescátame y hasta mi madre tendrá que adorarte... si sobrevives, claro.

—Ay, Zoecita, en qué me he venido a meter. —Noah regresó a verla con una sonrisa nerviosa—. Pero vas a ver que gano esto y tu madre y hermana tendrán que venerarme.

Noah, con su traje blanco, las raquetas de nieve bien ajustadas a los pies y las gafas empañadas por el nerviosismo, tragó saliva.

« ¿Qué tan difícil puede ser? », pensó ingenuamente justo antes de que la corneta sonara.

¡Piii! Y el caos comenzó.

Noah dio el primer paso... y en menos de lo que canta un gallo, sus raquetas se enredaron entre sí como si tuvieran vida propia. Trató de recuperar el equilibrio con los brazos agitando en el aire, pero lo único que consiguió fue hacer una pirueta tan descoordinada que parecía estar practicando un nuevo estilo de baile y, tambaleándose como pingüino desorientado, se dio un porrazo de cara en la nieve. Los Sinclair estallaron en carcajadas, mientras él intentaba levantarse, agarrándose desesperadamente de lo que podía, aturdido y cubierto de nieve como un muñeco recién esculpido.

—¡Esto fue solo el precalentamiento, Thorne! —gritó Weston entre risotadas, y sin piedad, por la misma le lanzó una bola de nieve del tamaño de una sandía directo al pecho.

¡Paf! Noah salió disparado de espaldas, rodando cuesta abajo como un saco de papas descontrolado con las raquetas enredándose aún más, hasta que se detuvo en la base del camino, mareado y hundido en la nieve de pies a cabeza.

—¡Y lo llaman héroe! —gritó Savannah mientras le lanzaba otra bola, esta vez apuntando a su trasero.

Las indicaciones de Weston antes de la carrera fueron claras: una vez en la ladera, Noah podía quitarse las raquetas o esquís y continuar corriendo por el bosque para superar los obstáculos hasta encontrar la muñeca. Así que, siguiendo las instrucciones al pie de la letra, y ganando tiempo, Noah logró sacarse los esquís. Sin embargo, al intentar levantarse, dio otro paso en falso y volvió a caer, esta vez de lado, deslizándose unos metros más, mientras la familia se doblaba de la risa. Al fin, de pie, corrió hacia el bosque como si su vida dependiera de ello...

Y en parte, así era.

Entre los árboles, Nathan y Nala, junto con Benjamín, lo acechaban como francotiradores. Apenas Noah pisó el primer claro, una lluvia de bolas de nieve gigantes lo recibió.

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf! Una tras otra, lo golpearon sin piedad. Una de las bolas, tan grande como su cabeza, lo derribó de nuevo, esta vez quedando atascado en un banco de nieve, solo sus piernas y brazos sobresalían en medio de la blancura, agitándolas desesperadamente.

—¡Esto es un infierno de nieve! —gritó Noah. Su voz apenas fue audible entre las risas de los Sinclair, quienes parecían disfrutar el espectáculo como si fuera un partido de fútbol.

Logró levantarse otra vez, jadeando, y corrió como pudo como un soldado en batalla. De repente, sus pies pisaron lo que parecía un terreno estable, pero no era más que nieve cubriendo una serie de trampolines ocultos. En un abrir y cerrar de ojos, Noah empezó a rebotar en todas direcciones, con los brazos y piernas volando sin control como un muñeco de goma. Cada vez

que intentaba dar un paso, el trampolín lo lanzaba más alto, mientras que los Sinclair reían tanto que apenas podían mantenerse en pie.

—¡Parece un maldito acróbata! —gritó Weston, incapaz de contener las carcajadas.

Finalmente, Noah cayó fuera del campo de trampolines, aturdido, pero no podía detenerse, el tiempo corría en su contra. Continuó corriendo, agitado, hasta que se encontró atrapado, como un insecto en una telaraña, entre las ramas pegajosas de un árbol con una sustancia que parecía miel. Cuanto más se movía, tratando de liberarse, más se enredaba en las ramas, cubriéndose de esa sustancia viscosa hasta parecer un pastel glaseado.

—¡Por Dios, esto no puede ser real! —gritó Noah, mientras la familia estallaba en nuevas carcajadas al verlo luchar con el árbol.

Con un último esfuerzo, se liberó y corrió hacia la ladera inclinada, empinada como un tobogán infernal.

« ¿Rodear o lanzarse? », pensó. Rodear era para cobardes. Así que decidió lanzarse... y lo pagó caro.

En lugar de deslizarse con elegancia, Noah rodó como una bola de nieve humana, dando vueltas sobre sí mismo. Su bufanda voló por los aires, y sus gritos se mezclaron con las carcajadas de la familia, que observaba desde lo alto.

—¡Es peor que Timothy! —gritó Savannah, secándose las lágrimas de tanto reír.

Cuando finalmente se detuvo en la base de la ladera, mareado y con el mundo girando a su alrededor, Noah vio la muñeca... ¡Ahí estaba, entre los árboles!

Se levantó, tambaleando, con los brazos extendidos en señal de victoria.

—¡Lo logré! —gritó, solo para dar un paso y hundirse hasta las rodillas en una trampa de nieve blanda.

—¡Nooo! —se lamentó, mientras trataba de liberarse, tironeando como un niño atrapado en arenas movedizas, con la muñeca a solo centímetros de distancia.

Finalmente, logró agarrar la muñeca y, con ella en alto, agitándola como un trofeo, corrió de vuelta... bueno, más bien tropezó de vuelta, esquivando bolas de nieve con la agilidad de un pato en el hielo.

Justo antes de llegar a la meta, esquivó una última bola lanzada por Savannah, que impactó de lleno en la cara de Weston.

—¡Thorne, eres un genio! —gritó Zoe, llorando de la risa mientras saltaba a sus brazos—. Sabía que lo harías.

Noah, con las rodillas temblando y el rostro cubierto de sudor y nieve, sonrió, agotado.

—Te dije que te salvaría... aunque creo que ahora necesitaré una camilla.

Weston, con los ojos llenos de lágrimas de tanto reír, le dio una palmada en la espalda.

—¡Increíble, muchacho! Jamás había visto a alguien sobrevivir tantas metidas de pata en tan poco tiempo. ¡Eres el héroe de la familia!

Hazel, con los brazos cruzados, observó a Noah, entrecerrando los ojos, antes de soltar una sonrisa de medio lado.

—Bueno, debo admitir... dejando de lado a Timothy... hiciste un buen trabajo.

Savannah, aún con asombro, asintió.

—No pensé que lo diría, pero... empezó a caerme bien.

Entre risas y palabras de felicitación, Noah fue oficialmente aceptado en la familia Sinclair. Cojeando hacia la casa con Zoe a su lado y la muñeca todavía en la mano, le lanzó una mirada juguetona y, con una sonrisa agotada, dijo:

—Después de esto, Zoecita, ya nada me asusta... ni siquiera tu madre.



Hazel, por iniciativa de Savannah, había organizado una cena especial esa noche, una especie de reconciliación familiar, o al menos eso intentaba. Tras el triunfo de Noah en la carrera de raquetas, parecía que finalmente había ganado algo de aceptación en la familia.

La mesa estaba decorada con esmero, y el aire se llenaba con el aroma tentador de las costillas de cordero en salsa de hierbas, gratinado de coliflor y una fresca ensalada de rúcula con peras asadas y nueces caramelizadas. Por supuesto, no faltaba un exquisito vino tinto de la mejor cepa.

Noah y Zoe se sentaron juntos, mirándose entre sí con una sonrisa que decía más que las palabras, mientras el resto de la familia se acomodaba. Gertrude, desde la cabecera, alzó su copa con entusiasmo. Aunque no había asistido a la carrera, eso no le impedía disfrutar de la celebración.

—Bueno, querido —dijo la abuela, con su habitual tono afable—, aunque no pude estar allí esta mañana, ya sabes, esos trotes ya no son para mí, quiero felicitarte. ¡Ganar la carrera de raquetas no es poca cosa! Lograste superar una hazaña que no es para cualquiera.

Noah sonrió, inclinando la cabeza en agradecimiento.

—Sobreviví... aunque por un pelo. —Soltó un suspiro exagerado—. Y no hablemos de mi truco rodando por la colina.

Savannah rio, mostrando un lado más simpático.

—Aún no entiendo cómo lo lograste sin romperte nada, Noah. Creí que te habíamos perdido cuando caíste.

La mesa estalló en carcajadas, a excepción de Hazel, quien apenas dibujó una sonrisa mientras, ajena a lo que ocurría a su alrededor, tomaba un sorbo de vino.

Noah, curvando sus labios en una sonrisa mordaz, se inclinó hacia Zoe y le susurró al oído:

—Pensé que lo peor era la caída, pero no... lo peor es que ahora soy parte de la familia.

Zoe rio suavemente, divertida por el comentario.

—Bueno, Noah —intervino de pronto Hazel, colocando su copa sobre la mesa, y aunque intentaba sonar amable, su molesto aire de superioridad se filtraba en cada palabra—, en nombre de todos, te damos una bienvenida oficial a nuestra familia. Claro, Timothy siempre ha sido como de la casa... aunque, por supuesto, no estamos comparando.

Noah levantó una ceja y esbozó una sonrisa burlona, disfrutando de la provocación oculta en las palabras de Hazel. Zoe lo miró de reojo, conteniendo la risa.

—Hablando de Timothy —dijo ella, interrumpiendo a su madre—, lo invité a la cena de Año Nuevo, mamá. Vendrá con su pareja. Espero que no haya problema contigo.

Hazel, que se había metido una porción del gratinado de coliflor a la boca, dejó de masticar por un instante, sorprendida.

—¿Con su... pareja? —repitió, frunciendo el ceño. Claramente la noticia le cayó como un baldazo de agua fría. Tras unos segundos, luego de limpiarse una esquina de los labios con la servilleta de lino, añadió—: Bueno, me alegra que haya encontrado a alguien que lo valore como se merece. —Su tono amargo sugería que aún abrigaba la esperanza de que todo volviera a ser como antes entre Zoe y Timothy, como si hubiera estado fantaseando con una reconciliación que nunca llegó.

Noah aprovechó su malestar para picar donde más le dolía.

—Es una lástima, Hazel... no todas las historias de amor terminan como uno espera, ¿verdad?

Zoe, intentando no reírse a carcajadas, le dirigió a Noah una mirada que dejaba claro su visto bueno. El comentario desarmó a Hazel, y ambos compartieron una sonrisa traviesa que decía más de lo que cualquiera en la mesa notaría.

—A propósito —añadió Zoe, cambiando el tema—. Para Año Nuevo estaba pensando en hacer una fiesta de disfraces. ¿Qué les parece?

Gertrude, encantada con la propuesta, aplaudió:

—¡Me encanta! Creo que me disfrazaré de Cleopatra. Siempre quise ser una reina. —Sonrió entusiasmada, de seguro ya imaginándose con el atuendo.

—Yo me inclino por algo más elegante —dijo Savannah con su típico tonito arrogante—. Audrey Hepburn en *Breakfast at Tiffany's*... ¿Verdad que luciría fabulosa en ese traje negro, cariño? —preguntó, girándose hacia Benjamín. Él enseguida le guiñó un ojo.

—Tú luces fabulosa con lo que te pongas, querida.

Zoe blanqueó los ojos.

—¿Y tú, papá? —preguntó, mirando a su padre, que hasta entonces había permanecido en silencio—. ¿A quién querrías imitar?

—Hmm... ¿Qué tal el agente 007? Siempre quise ser uno de ellos —dijo con una sonrisa maliciosa de medio lado. La mesa estalló en risas.

Mientras todos discutían sobre sus disfraces, Hazel, callada y pensativa, sin tomar el más mínimo interés del debate que dominaba la mesa, de seguro aún procesando la noticia de la nueva pareja de Timothy, no pudo evitar volver al tema.

—Bueno... —dijo en medio de un suspiro—, al menos Timothy estará bien acompañado... me alegra que haya encontrado a alguien que lo aprecie...

Sus palabras, cargadas de despecho, hicieron que Zoe y Noah cruzaran una última mirada, compartiendo un mensaje que solo ellos entendían. Noah sonrió con los labios apenas curvados, disfrutando desde ya de la reacción que tendría Hazel en el momento en que viera llegar a su “adorado Timothy” del brazo de otro hombre. Hazel no tenía ni idea del susto que se llevaría esa noche.

—Va a ser una fiesta inolvidable, cariño —murmuró Zoe, divertida, entrelazando su mano con la de Noah, anticipando la cara de su madre cuando descubriera la verdadera identidad de su ex.

Entre bromas y comentarios sobre los disfraces, la cena transcurrió en un ambiente aparentemente relajado. Sin embargo, el sarcasmo muy bien disimulado de Hazel, Savannah y Benjamín mantenía vivo el tira y afloja de la aceptación de Noah en la familia.

Pero él y Zoe sabían que la verdadera diversión estaba por llegar en la cena de Año Nuevo.

La casa de los Sinclair estaba más viva que nunca, lista para despedir el año con una fiesta de disfraces que prometía ser inolvidable. Las luces brillaban en colores fluorescentes, la música animaba el ambiente, y la extravagante decoración que colgada de cada rincón, creaba una atmósfera entre lo chic y lo surrealista.

Noah, con su disfraz de cowboy moderno, destacaba entre la multitud. Su camisa blanca dejaba ver algo más de lo que muchos esperaban, y más de una mirada aterrizó en su dirección. Lucía por demás atractivo con sus vaqueros ajustados, el tradicional chaleco de cuero oscuro, y el sombrero tejano le daba ese aire del clásico seductor de una película del medio oeste.

Zoe, por su parte, con sus ceñidos pantalones de cuero negro, botas altas, un provocativo corsé rojo y su elegante sombrero, era el centro de atención con su disfraz de pirata sexy y atrevida. Se movía entre los invitados como si estuviera en su territorio, con la confianza de quien sabe que tiene todo bajo control.

Gertrude, elegantemente transformada en Cleopatra, caminaba por la sala como si estuviera en su propio palacio egipcio. Savannah, en su papel de Audrey Hepburn de *Breakfast at Tiffany's*, ostentaba sofisticación, como alguien que lleva décadas practicando el arte de la elegancia. Y Weston, en su papel del agente 007, hacía el esfuerzo de mantenerse serio, pero era evidente que se sentía más un agente secreto atrapado en una comedia que en una película de acción.

El disfraz de Hazel, por supuesto, no podía ser menos. Con su vestido largo y ajustado, una mezcla de colores oscuros y sofisticados, sus guantes de terciopelo negro, que le llegaban por encima de los codos, adornados con elegantes anillos y una diadema con plumas, se había transformado en una figura del *art déco*, una remembranza a la moda de los años 20 que encajaba perfectamente con su estilo autoritario y exigente. Se desplazaba por el salón principal con la barbilla en alto, como si estuviera evaluando a cada invitado en busca de algo que criticar.

Todo iba según lo planeado hasta que la puerta se abrió de golpe. Timothy entró con su usual sonrisa encantadora... pero no estaba solo. Al verlo entrar, Hazel dio un respingo de emoción, claramente preparada para que su Timothy resplandeciera como siempre. Sin embargo, su expresión cambió por completo en cuestión de segundos cuando vio de quién venía agarrado: Timothy estaba de la mano de un hombre alto y musculoso... ambos vestidos de Adán y Eva. Bueno, casi. Llevaban apenas unas hojas de parra estratégicamente colocadas y sandalias romanas; una imagen que no dejaba nada a la imaginación.

La sala entera quedó en silencio por un segundo que pareció eterno. Los ojos de Hazel se abrieron como platos, las manos de Cleopatra-Gertrude, temblaron al intentar agarrar una copa de champaña, y Weston, en su rol del 007, trató de disimular una carcajada mal contenida, pero fracasó estrepitosamente. Noah, mientras tanto, se mordió el labio para no estallar en risas, mirando a Zoe con ojos que brillaban de pura diversión.

Zoe, incapaz de contenerse, susurró en voz alta:

—Bueno, ahora sí que estamos en el *Edén*. —Una sola risotada barrió la sala, pero nada comparado con la cara de Hazel, que pasó del blanco al rojo en cuestión de segundos.

—¿T... Timothy? —tartamudeó, intentando recuperar la compostura—. ¿Qué... qué es esto?

Timothy, con una sonrisa relajada, como si nada en el mundo pudiera inquietarlo, miró a su novio y luego de vuelta a Hazel.

—Hazel, te presento a Marc. No lo habíamos dicho antes, pero... bueno. Aquí estamos para celebrar juntos el Año Nuevo. ¿No es genial nuestro disfraz?

Marc, con total naturalidad, le dio un beso en la mejilla a Timothy y levantó la copa de champaña a Hazel, que previamente le había ofrecido uno de los meseros, como si acabara de saludar a una vieja amiga de toda la vida. El desconcierto en el rostro de Hazel fue un verdadero espectáculo, digno de réplica. Sus labios se movían como si estuviera intentando formar una frase coherente, pero no encontraba las palabras.

—Bueno, parece que este Edén es mucho más variado de lo que pensábamos —añadió Zoe, lanzando otra broma que desató más carcajadas.

Savannah, con una sonrisa maliciosa dibujándose en su rostro, no perdió la oportunidad para lanzar un comentario:

—Mamá, al menos ahora entiendes por qué Timothy nunca le propuso matrimonio a Zoe... Creo que no es exactamente su tipo de mujer.

Weston, incapaz de contenerse, echó a reír y añadió:

—Tienes razón, hija. Yo diría que Marc es más de su... manzana. —Las carcajadas estallaron nuevamente, y hasta Noah tuvo que mirar hacia otro lado, mordiéndose los labios porque no podía ni con él mismo después de la broma de Weston.

—Creo que Hazel acaba de aprender la lección —murmuró Noah, inclinándose hacia Zoe—. A veces no puedes planear quién será el amor de tu vida, ¿eh?

Zoe asintió, sonriendo mientras miraba a su madre, que seguía intentando procesar lo que estaba viendo.

—Definitivamente. Quizás ahora deje de tratar de decidir con quién tengo que estar. Pero doy mi cabeza, cariño, que no tardará en llamar a Rose y reclamarle no haberle informado sobre las “inclinaciones de su hijo”. —Ambos echaron a reír.

Incluso Gertrude, que se había recuperado después de la entrada triunfal de la pareja, agregó por lo bajo, mirando a Hazel:

—Si Cleopatra pudo con Julio César y Marco Antonio, tú podrás con esto, querida, ¿verdad?

Las carcajadas y los brindis continuaron, pero el momento cumbre llegó cuando faltaban diez segundos para la medianoche.

Todos se unieron para hacer el clásico conteo, levantando sus copas al aire:

—¡Diez, nueve, ocho...!

Las voces resonaron por toda la sala, y cuando finalmente llegaron al “¡uno!”, la música se elevó, los fuegos artificiales estallaron en el cielo, y Noah y Zoe se abrazaron entre risas y confeti, compartiendo un largo y cariñoso beso en medio de toda la euforia.

—Feliz Año Nuevo, Zoecita —dijo Noah, susurrando contra sus labios.

—Feliz Año Nuevo, Thorne —respondió ella con una sonrisa.

Mientras tanto, del otro lado de la sala, Timothy y Marc no perdieron el tiempo. En el momento en que el reloj marcó las doce, se besaron apasionadamente, sin ningún tipo de inhibición. Hazel, que justo estaba levantando su copa para brindar, presenció el beso directamente frente a sus ojos, dejando caer la copa al suelo. El estruendo hizo que todos regresaran a mirar, y al ver la cara de Hazel, lívida, en estado de shock, como si hubiera visto al mismísimo demonio, las risas volvieron a estallar en la sala.

Zoe, aún abrazada a Noah, alzó a mirarlo y, murmuró, sin dejar de reír:

—Bueno, esto sí que ha sido una entrada al Año Nuevo que nunca olvidaremos.

La fiesta continuó con música, risas y más brindis, pero Zoe y Noah, queriendo tener un poco más de tranquilidad e intimidad, prefirieron apartarse del bullicio. Salieron a la terraza, llevando consigo sus copas. Allí, abrazados bajo el calor de una suave manta, sus ojos se perdieron en la

oscuridad del cielo despejado, observando la infinidad de diminutas y parpadeantes estrellas que brillaban sobre las Rocky Mountains; una vista increíblemente hermosa.

—Parece que todo está alineado para este nuevo año —dijo Noah, mirando hacia el horizonte.

Zoe asintió, apoyando su cabeza en su hombro.

—Sí, y con una estrella fugaz de regalo —añadió, mientras una estrella cruzaba el cielo justo frente a sus ojos.

Ambos brindaron en silencio, disfrutando del apacible y bellísimo momento juntos, mientras la noche se cubría de estrellas y el eco lejano de la fiesta resonaba detrás de ellos.

Únicamente eran él y ella abrazados bajo el inmenso cielo de Aspen.

Y como todo llega a su fin, Noah y Zoe tenían su vuelo de regreso a Texas a las once de la mañana. El resto de la familia había salido temprano en sus respectivos autos.

—¡Date prisa, Noah! —gritó Zoe desde el descanso del pasillo, mientras miraba el reloj—. ¡No quiero perder el avión porque estás ahí debatiendo con la ducha!

—Dame cinco minutos, ya casi estoy listo —respondió Noah desde el baño.

Zoe se cruzó de brazos, impaciente, y murmuró:

—Cinco minutos con Noah significan al menos veinte...

—¡Te escuché, Sinclair! —gritó Noah desde la ducha—. ¡Y esos comentarios sarcásticos no ayudan!

Zoe rodó los ojos y caminó de regreso al cuarto.

—¿Sabes lo que tampoco ayuda? —replicó, acercándose a la puerta del baño—. Que lleguemos tarde y perdamos el vuelo porque alguien tiene un ritual de belleza que ni yo entiendo.

Cuando por fin salió, Noah lucía impecable. Zoe lo miró entre desesperada y divertida.

—¿Estás listo o necesitas que te prepare también una sesión de spa antes de volar?

—Muy graciosa. Ya vámonos —respondió Noah, tomando su equipaje y haciéndolo rodar hasta el parqueadero.

Mientras ponía marcha atrás, Zoe exhaló un suspiro, mirando de reojo a Noah, que observaba la casa con melancolía.

—¿De verdad piensas que te vas a perder de venir más veces? —le dijo, sonriendo—. Cualquiera día nos escapamos y regresamos aquí, los dos solitos, Thorne.

Noah, con una sonrisa traviesa, respondió:

—Lo vamos a disfrutar, tenlo por seguro. Pero lo que más disfruté fue la cara de tu madre cuando vio a Timothy y Marc entrar de la mano... ¡Y su disfraz! —Ambos se carcajearon—. Esa

escena no la supera nadie.

—¡Fue la cereza en el pastel! Mamá nunca se recuperará de eso, lo sé —se burló Zoe, manteniendo ambas manos en el volante y la vista fija en la carretera—. Solo faltó que Timothy y Marc sacaran palomas blancas de debajo de esas hojas de parra para que el espectáculo fuera completo, y todos hubiéramos disfrutado aún más del estado de shock de mamá.

Noah no paró de reír.



Una vez en el aeropuerto, aparcaron el Range Rover y corrieron hacia la sala de embarque.

—¡Nos van a cerrar la puerta en la cara! —gritó Zoe, ya sin aliento, mientras arrastraba su maleta.

—¡Ah, no! No hice este maratón para nada —respondió Noah, manteniendo el paso junto a Zoe.

Cuando finalmente llegaron al avión, la aeromoza les recibió con una sonrisa apresurada. Zoe se acomodó en su asiento de primera clase, pero Noah, con la boca entreabierta y la mirada fija en el fuselaje del avión, se quedó de pie en el pasillo con su rostro congelado en una mueca de terror.

—Noah, ¿todo bien? —preguntó Zoe, burlona.

—Estoy... perfecto... —dijo él, claramente mintiendo mientras se acomodaba en su asiento y se ajustaba su cinturón de seguridad con manos temblorosas.

Zoe no pudo evitar reírse.

—Ay, no... otra vez. ¡Mírate! ¡Eres un grandote y cobarde! ¿No pasamos ya por esto en el vuelo de ida?

Noah, con el rostro pálido, miraba fijamente por la ventana.

—No lo entiendes, Sinclair. No es natural estar atrapado en un tubo de metal a miles de metros en el aire. ¡No está bien!

—Sí, claro. Lo mismo que dijiste antes... ya me lo sé de memoria.

—¡Lo dices porque no sabes lo que se siente! —Noah hablaba más rápido—. ¿Y si... y si esta cosa no decide llegar?

Zoe se mordió el labio para no soltar una carcajada.

—Si sobreviviste a la cara de mi madre cuando vio a Timothy y Marc, puedes sobrevivir a esto, Noah.

—No es lo mismo. La mirada de tu madre no cae a treinta mil pies de altura.

Zoe se inclinó hacia él con una sonrisa juguetona.

—¿Quieres que te dé la mano, grandote y cobarde?

Noah la miró con resignación, tomando su mano de inmediato.

—Solo espero no arrepentirme de esto.

Zoe sonrió, sintiéndose triunfante.

—Ah, Noah... ni las turbulencias pueden con tu ego.

En ese momento, el avión empezó a moverse lentamente, y Noah cerró los ojos con fuerza, apretando tanto la mano de Zoe que ella soltó un suave grito.

—¡Ay, suéltame, bestia! ¡Me estás rompiendo la mano!

Noah abrió un ojo, mirándola paniqueado.

—Perdón, perdón... pero no prometo nada si empiezan las turbulencias.

—Sabes... nunca pensé que el chico que rodó colina abajo esquiando se acobardaría con un simple vuelo de dos horas.

—¡Exacto! Como si no hubiera tenido suficientes humillaciones ya. ¿Necesito más?

Zoe soltó una carcajada, mientras el avión comenzaba a descender.

—Grandote y cobarde. Definitivamente esa será la frase que le diré a todo el mundo cuando lleguemos.

Noah, todavía con los ojos cerrados y aferrado al reposabrazos, murmuró:

—Si llegamos... por favor, si llegamos...



En cuanto Zoe y Noah llegaron al apartamento, apenas habían abierto la puerta cuando Madison salió disparada desde el interior, lanzándose sobre Zoe de brazos abiertos.

—¡Al fin llegaron! —gritó, abrazándola tan fuerte que casi la derriba—. ¡Te extrañé tanto, amiga! ¡Tienes mucho para contarme!

Zoe rio, devolviendo el abrazo mientras Noah las observaba desde un lado, sonriendo.

—Calma, Maddie —dijo Zoe, riendo—. Déjame respirar primero... pero sí, hay mucho que contar.

Madison, sin dejar de sonreír, se giró hacia Noah.

—¡Noah, bienvenido! —dijo dándole un abrazo rápido—. ¡Qué alegría tenerte aquí! Pero lo que me sorprende de verdad es... —adoptó una expresión burlona—, ¿cómo has sobrevivido a estar con mi loca amiga todos estos días?

Noah, descarado como era, soltó un suspiro largo y exagerado, como si todo el peso de la situación hubiera caído sobre él.

—Ni hablar de ello, Madison —dijo, colocándose una mano en el pecho, fingiéndose una víctima—. Fue toda una odisea... Pero lo peor fue el vuelo. Estoy seguro de que el piloto aceleró solo para torturarme.

Zoe no perdió la oportunidad para burlarse.

—¡Ay no! ¿Otra vez con eso? ¡Si lo hubieras visto, Maddie! Sudando como si estuviera en pleno desierto. ¡Tan grandote y un cobarde total!

Madison estalló en carcajadas, mirando a Noah.

—¿Es en serio? —dijo, riendo—. ¡Te las das de tipo duro y resulta que te derrites en un avión!

Noah, entre risas, levantó las manos en señal de rendición.

—Bueno, bueno... ya basta de humillarme. Todos tenemos un punto débil, y el mío está a treinta mil pies de altura.

Zoe se cruzó de brazos, curvando los labios en una sonrisa maliciosa.

—Te salvé la vida. Imagina qué hubieras hecho sin mí. Seguro te lanzabas por la puerta de emergencia.

—O mejor aún... —respondió Noah, con una sonrisa traviesa—. Me habría acurrucado en los brazos de la azafata mientras intentaba calmarme como a un niño asustado e indefenso.

Zoe lo fulminó con la mirada.

—Cuida lo que dices, Thorne. Si fuera así, yo misma te habría lanzado por esa puerta.

Madison rio a carcajadas, pero cambió rápidamente el tema.

—Bueno, bueno, cuéntenme. ¿Cómo estuvo la fiesta de Año Nuevo? ¡Quiero detalles!

Zoe, abrazando a Noah por la cintura, no perdió tiempo en responder.

—Maddie, si hubieras visto la cara de mamá cuando Timothy y Marc llegaron de la mano... Pero lo más cómico fue que llegaron disfrazados de Adán y Eva, literal... ¿Puedes imaginar eso?!

Las carcajadas de los tres resonaron en todo el apartamento.

—¡No puede ser! —Madison se doblaba de la risa—. ¿Con hojas de parra y todo? ¡Eso no es posible!

—Te lo juro —añadió Noah, riendo—. ¡Su ingenio fue insuperable! Creían estar en el Edén. Y la cara de Hazel... fue como si hubiera visto un fantasma. No sabía si reír, llorar o salir corriendo.

—¿Y qué dijo Hazel? —preguntó Madison, aún recuperándose de la risa.

Zoe, imitando la postura de su madre, se paró erguida con las manos en las caderas.

—“¡Esto es inaudito, Zoe! ¡Una falta de respeto!” —burló, fingiendo la voz dramática de su madre—. Creo que estuvo a punto de desmayarse, pero aguantó el susto.

Madison y Noah rieron a carcajadas.

—Ay, Zoe, tu familia es un *reality* show —comentó Madison—. Pero ya están de vuelta en Texas. ¿Qué tal si salimos a celebrar esta noche?

—¡Me encanta la idea! —exclamó Zoe—. Al fin entre amigos de verdad. Vamos a llamar a Lucas para salir a algún bar. ¡Es hora de celebrar nuestra supervivencia!

Noah arqueó una ceja, sonriendo.

—¿Bar? ¿Van a burlarse de mí todo el tiempo o podré tener un respiro?

Zoe le revolvió el cabello con una sonrisa traviesa.

—Tranquilo, Thorne. Te damos diez minutos de tregua. Después vuelves a ser nuestro blanco favorito.

—¡Y si te portas bien —añadió Madison, riendo—, tal vez te compremos unas palomitas!

Y así, dejando atrás el estrés de los Sinclair, los tres disfrutaron de su regreso a Texas, mientras planeaban su salida nocturna.



El bar, en esa fría y despejada noche de Austin, desbordaba de vida y color, como un rincón caribeño en medio de la ciudad. Las paredes estaban pintadas en tonos turquesa y coral, decoradas con murales de palmeras, playas soleadas y aves tropicales. Farolillos de papel en colores vivos colgaban del techo, mientras las luces suaves y cálidas brillaban como estrellas diminutas sobre las mesas, y la alegre música latina invitaba a moverse. Zoe, Noah, Madison y Lucas reían a carcajadas alrededor de la mesa, donde las copas, decoradas con pequeños paraguas y rodajas de piña, chocaban una y otra vez en un brindis que parecía no tener fin.

—¡A nuestra supervivencia! —exclamó Zoe, alzando su copa—. Y a haber dejado a los Sinclair atrás... por ahora.

Todos brindaron entre risas, y Noah, con una sonrisa juguetona, se inclinó hacia Zoe.

—Yo diría que sobreviví a algo más —dijo, guiñándole un ojo—. A tus sarcasmos... y a tu madre.

Zoe le dio un codazo suave, riendo.

—Se te olvida que yo fui tu salvación en más de una ocasión, Thorne. Si no fuera por mí, estarías abrazado a la azafata, llorando como un niño.

—¡Hey! —protestó Noah con una sonrisa maliciosa dibujándose en su rostro—. Estás robando mi estrategia de supervivencia.

Madison, que ya estaba al borde de la risa, se inclinó sobre la mesa con una ceja levantada.

—¿Estrategia? Seguro que tenías un plan B por si te veías perdido en el aire, ¿no?

—Obvio —dijo Noah, dándole un sorbo a su trago—. Si las cosas se ponían feas, pensaba declararme al piloto. ¡A treinta mil pies de altura, todo se vale!

Zoe estalló en una carcajada, llevándose la mano a la frente.

—¡No puedo contigo!

—Bueno, ya que estamos hablando de planes —continuó Noah, deslizando una mano por la cintura de Zoe—, ¿qué te parece, Zoecita, si hablamos de algo más serio?

Zoe lo miró con curiosidad, mientras Madison y Lucas observaban divertidos.

—¿En serio, tú, serio? Esto lo tengo que escuchar... grabarlo, de ser posible.

—Verás... —Noah inhaló con una solemnidad tan exagerada, que Zoe, inquieta, lo asestó con la mirada—, estuve pensando en el dinero del contrato que no quisiste aceptar de vuelta... Y decidí usarlo para algo que nos beneficie a ambos.

Zoe arqueó una ceja, escondiendo una sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tienes en mente, Thorne?

—Una agencia de turismo —respondió él, mirándola directo a los ojos—. Algo que podamos construir juntos. Tú tienes toda la experiencia en logística y cómo tratar a la gente, y yo... bueno, aparte de ser un guía, tengo algo de encanto, ¿no?

Zoe lo miró como si estuviera evaluando la propuesta.

—Algo de encanto... podría decirse. Aunque no mucho.

Madison no pudo contenerse más y golpeó suavemente la mesa.

—¡Me encanta esa idea! ¡Una agencia de turismo de Zoe y Noah! —Se levantó de la silla y empezó a caminar como si estuviera en una pasarela, exagerando los movimientos de sus manos—: “Vengan a Sinclair-Thorne Travel, donde sus vacaciones serán tan desastrosas y dramáticas como nuestra historia de amor”.

Todos rieron a carcajadas, pero Noah levantó un dedo como si estuviera a punto de hacer un anuncio de consideración.

—Espera, espera... aún falta algo importante.

—¿Qué? —preguntó Zoe, curiosa.

—Necesitamos a alguien que se encargue del marketing. —Noah se giró hacia Madison con una amplia sonrisa—. Maddie, tú y tus ideas locas harán que cualquier destino suene como el lugar más exótico del mundo. ¿Qué dices?

Madison, con los ojos bien abiertos de la emoción, casi saltó de su silla.

—¿En serio me lo estás proponiendo?! ¡Por supuesto que sí! Ya me imagino los anuncios: “¡Viajando con estilo... o al menos intentándolo!”

Lucas, que había estado sonriendo en silencio, finalmente habló, fingiendo indignación.

—¿Y yo qué? ¿Dónde quedo en todo esto?

Madison lo abrazó con fuerza, apretándolo mientras reía.

—Tú, amor, serás nuestro primer cliente... ¡y el modelo oficial de nuestras campañas! Además, tendrás el privilegio de recibir una salida gratis, guiada por Noah, por supuesto. —Soltó una risotada, mirando a Noah, él solo se encogió de hombros, simulando resignación.

Lucas rio, asintiendo.

—Suenan... prometedor.

Mientras tanto, Zoe, divertida, tomó la mano de Noah y lo miró con una sonrisa traviesa.

—¿Entonces es oficial? ¿Vamos a poner nuestra agencia juntos?

Sus labios se torcieron en una mueca burlona, acompañada de un brillo juguetón en su mirada, mientras Noah asentía, acercándose un poco más hacia ella.

—Es oficial, Sinclair. Y esta vez no dejaré que tu madre me intimide.

Zoe soltó una carcajada y le plantó un beso rápido en los labios.

—Bueno, ya que estamos celebrando nuestro futuro negocio... ¡Es hora de bailar! —exclamó, levantándose al escuchar el son cubano y arrastrando a Noah con ella hacia la pista de baile.

Madison y Lucas los siguieron, riendo también.

En la pista, Noah trataba de seguir los pasos de salsa de Zoe, pero su torpeza era obvia desde el primer compás. Mientras Zoe se movía con la gracia de quien parecía haber nacido bailando salsa cubana, girando con soltura y marcando el ritmo sin esfuerzo, Noah... bueno, él parecía estar peleando con una jauría de hormigas invisibles. Cada paso suyo era más descoordinado que el anterior, y en lugar de seguir el ritmo, más bien parecía uno de esos muñecos inflables que ponen fuera de las farmacias, sacudiéndose sin control.

Zoe no podía parar de reír.

—¡Vamos, Thorne! —dijo entre carcajadas, casi ahogándose sin poder hablar—. ¡Esto es salsa, no una evacuación de emergencia!

Noah, entre risas, levantó las manos en señal de derrota, mientras daba un paso que honestamente no sabía si iba hacia adelante o hacia atrás.

—¡Te juro que mi cuerpo no entiende esto! ¡Mis pies están resbalando más que un pingüino en hielo!

Zoe, sin poder contener la risa, giró a su alrededor con una elegancia que solo hacía que él se viera más descoordinado.

—A ver, no es tan difícil. ¡Solo sigue el ritmo!

—¿El ritmo? —Noah miró sus pies como si estuvieran conspirando en su contra—. ¡Mis pies están bailando reguetón mientras todos están en salsa, Zoecita!

Zoe se reía tanto que apenas podía mantenerse en pie. Lo tomó de las manos, decidida a guiarlo en un simple giro, pero en lugar de seguirla, Noah se enredó con sus propios brazos, tropezó y terminó abrazándola para no irse de cara al suelo.

—¡No, definitivamente esto no es lo mío! —le murmuró al oído, aguantando la risa—. ¿Qué dices si mejor volvemos a la mesa antes de que me quede sin dignidad?

Zoe, llorando de la risa, asintió.

—Sí, sí... definitivamente necesitas clases, Thorne.

En ese momento, Madison y Lucas, que también estaban en la pista, llegaron justo a tiempo para presenciar el último y glorioso tropiezo de Noah. Lucas, con sus movimientos de experto, sacó a Zoe a bailar en un giro impecable, demostrando su origen latino con cada paso que daba, perfectamente sincronizado con la música.

—¡Mira y aprende, Noah! —dijo Lucas, riendo mientras hacía un complicado movimiento de cadera—. Esto es lo que llamamos *sabor y swing*, hermano.

Noah, aguantándose una carcajada, miró a Lucas mover las caderas como un maestro de la salsa.

—¡Eh, Lucas, si yo intento eso, acabo en el hospital!

Madison, moviéndose con gracia al lado de Lucas, también bromeó:

—¡No es nuestra culpa que hayas nacido con dos pies izquierdos!

La música cambió a un ritmo más suave, y todos regresaron a la mesa a recuperar el aliento entre carcajadas. Noah se dejó caer en la silla con una exagerada expresión de alivio.

—¡Santo cielo, sobreviví! —bromeó, tomando un largo trago de su vaso—. ¿Ven? ¡No morí, pero estuve cerca!

Zoe, todavía riendo, levantó su copa.

—¿Qué tal un brindis? —propuso, mirando a Noah y luego a sus amigos, con los ojos brillando de diversión—. Por nuestra nueva agencia, por los amigos de verdad... y por sobrevivir a todo esto juntos.

—¡Por Sinclair-Thorne Travel! —gritaron todos al unísono, levantando sus copas mientras el eco de sus risas llenaban el bar.

Y así, entre bromas, torpezas y risas, la noche fue apagándose, dejando la promesa de un futuro prometedor por delante.

Seis meses después...

La noche de la gran inauguración estaba en su apogeo. La agencia “Sinclair-Thorne Travel” había cobrado vida con más elegancia de la que Zoe había imaginado. Globos dorados y plateados colgaban del techo, las luces destellaban suavemente sobre los rostros felices, y la música animada llenaba el salón mientras todos celebraban el gran logro.

Noah, con una copa en la mano y abrazado a Zoe, irradiaban esa felicidad que solo podía darse después de haber superado todos los obstáculos.

Weston, con una sonrisa amplia, se acercó a ellos. Hazel, aunque más discreta, revelaba una expresión de aprobación que Zoe interpretó como un milagro de verano. Savannah, mostrando su lado amable por una vez, levantaba una copa mientras bromeaba con Madison y Lucas. Y Gertrude, la abuela divertida, no paraba de hacer comentarios elogiosos y risueños.

—¡Nunca pensé que mi nieta loca abriría al fin un negocio cuerdo! —dijo, dándole un codazo a Noah, quien soltó una carcajada—. Pero claro, lo que más me sorprende, es que tú, jovencito, te hayas quedado en la familia.

—Bueno, mi querida Gertrude, digamos que me gustan los retos —respondió Noah con una sonrisa traviesa, mirando de reojo a Zoe, que le devolvió una mirada juguetona.

Weston levantó una copa y, al tener la atención de todos, aclaró su garganta. Todos se agruparon, mientras él sonreía con orgullo.

—Quiero brindar por mi hija —dijo, mirando a Zoe—, quien siempre ha sido rebelde, decidida y, aunque en ocasiones me ha vuelto loco, ha demostrado que sabe seguir su propio camino. Y a

ti, Noah —Weston lo señaló con la copa—, que entraste en nuestras vidas de una manera... digamos, inesperada, y lograste conquistar a mi hija... que no es tarea fácil... —Sonrió burlonamente. Todos soltaron una carcajada, mientras Noah, fingiendo humildad, hizo una reverencia—. Les deseo todo lo mejor en este nuevo capítulo de sus vidas —continuó Weston—. Esta agencia no es solo un negocio, es el símbolo de que cuando dos personas unen sus fuerzas, pueden lograr cualquier cosa. Y aunque probablemente habrá desastres, caos y momentos de locura —Weston miró a Zoe con una sonrisa de padre orgulloso—, se que lo harán con la misma pasión y entrega que siempre han mostrado. ¡Salud por Sinclair-Thorne Travel y por el futuro brillante que tienen por delante!.

—¡Salud! —repitieron todos juntos, levantando las copas. El tintineo de los brindis resonó en el aire, acompañado por el eco de las risas y los murmullos que llenaban el salón.

Hazel, por su parte, mantuvo su porte siempre altivo, pero se acercó a Zoe cuando todos empezaron a dispersarse.

—No voy a mentir —dijo, mostrando un tono menos arrogante de lo normal—, pero para ser sincera, no pensé que todo esto fuera a salir tan bien. Estoy orgullosa de ti, Zoe. Has hecho algo digno de felicitación.

Zoe, sorprendida por el elogio, sonrió ampliamente y respondió con un guiño sarcástico:

—¿Estás diciendo que estabas equivocada, mamá? ¡Esto tiene que ser enmarcado para el recuerdo!

Hazel soltó un suspiro, pero esbozó una pequeña sonrisa.

—No exageres. Solo disfruta tu éxito.

Savannah, abrazando a Zoe con verdadero afecto por primera vez en mucho tiempo, agregó:

—Tengo que admitir que lo lograste, hermana. Me alegra que por fin estés haciendo lo que te hace feliz.

Zoe sonrió, contenta de ver el lado amable de su hermana menor.

Mientras tanto, Gertrude se paseaba entre los invitados, llevándose un bocadillo tras otro a la boca, mientras murmuraba:

—Noah, querido, nunca te olvides de alimentar bien a Zoe. Esta chica tiene el apetito de una tropa entera...

Noah no pudo evitar reírse y, acercándose a Zoe, la rodeó con el brazo mientras la música volvía a sonar.

—¿Sabes qué es lo más loco de todo esto? —le dijo en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Zoe, inclinándose hacia él.

—Que todo esto empezó con un contrato estúpido y una mentira ridícula.

Zoe rio, recordando cómo se conocieron.

—Sí, ¿quién diría que íbamos a terminar aquí, tú y yo, inaugurando una agencia de turismo y...?

—Enamorados —completó Noah, con esa sonrisa de medio lado que tanto le fastidiaba, pero que asimismo le fascinaba a Zoe.

Ambos se quedaron en silencio por un segundo, disfrutando de todo lo que habían logrado juntos, mientras la familia y amigos seguían festejando a su alrededor.

De repente, Noah dio un paso atrás y levantó una mano, como si fuera a hacer un gran anuncio, captando así la atención de todos. Se inclinó ligeramente hacia adelante y, haciendo una pausa exagerada, dijo en voz alta:

—¡Señoras y señores! Además de ser el brillante cofundador de Sinclair-Thorne Travel, estoy aquí para hacer un anuncio de suma importancia.

Zoe, con los ojos entrecerrados y una sonrisa tironeando de sus labios, sospechó el desastre que se avecinaba. Sabía que algo se las traía.

—Estoy oficialmente comprometido a... —continuó Noah, mirando a todos detenidamente. El silencio se apoderó del salón. Todos contenían la respiración, esperando con qué saldría esta vez —. No volver a esquiar ni aunque me paguen con una cena navideña de por vida. —El tono exageradamente solemne de Noah provocó una carcajada colectiva. Incluso Hazel no pudo contener una sonrisa mientras Zoe, sin poder evitarlo, se unió a las risas, negando con la cabeza.

—¡Eso es algo que yo puedo garantizar! —agregó ella, entre risas.

La música subió de volúmen, los brindis continuaron, y mientras todos seguían celebrando, Zoe y Noah se alejaron del bullicio, mirando la fiesta desde un extremo del salón.

—¿Sabes, Thorne? —dijo ella, apoyando la cabeza en su hombro—. Esto salió mejor de lo que imaginaba.

—Es que somos un buen equipo, Sinclair —respondió Noah, acariciándole el cabello—. Y ahora que lo pienso... ¿Qué dices si nos escapamos un par de semanas a probar algunos destinos para nuestra agencia?

Zoe sonrió con picardía, mirándolo a los ojos.

—Solo si no intentas bailar salsa en el avión.

Ambos rieron, y con el suave murmullo de las conversaciones, el sonido de las copas chocando en un brindis, la música suave de fondo y los cálidos abrazos que iban de mesa en mesa, Zoe y

Noah se besaron, sellando no solo el éxito de su agencia, sino también el inicio de una vida juntos llena de aventuras, caos y amor.